







MUJERES PARA MUJERES

TEATRO BREVE



Instituto Andaluz de la Mujer
CONSEJERÍA PARA LA IGUALDAD Y BIENESTAR SOCIAL





© de los textos: Désirée Ortega Cerpa, Mercedes León, María Jesús Bajo, Isabel Martín Salinas, Gracia Morales, Carmen Pombero

© de la edición: Instituto Andaluz de la Mujer. Consejería para la Igualdad y Bienestar Social.

Producción editorial y diseño: Editorial Jirones de Azul.

www.jironesdeazul.com

Idea original del proyecto: Editorial Jirones de Azul.

I.S.B.N.: 978-84-92868-00-1

Depósito Legal: SE-6564-2009

Impreso en España/Printed in Spain

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

La Editorial Jirones de Azul queda exenta de cualquier responsabilidad derivada de la falta de autoría u originalidad de las obras que aparecen en este libro, haciéndose responsable el autor del mismo.





MUJERES

GRACIA MORALES
MERCEDES LEÓN
ISABEL MARTÍN
CARMEN POMBERO
CONCHA ROMERO
MARÍA JESÚS BAJO

PARA MUJERES

TEATRO BREVE



Instituto Andaluz de la Mujer
CONSEJERÍA PARA LA IGUALDAD Y BIENESTAR SOCIAL

EDITORIAL
**JIRONES
DE AZUL**











DESPERTANDO A LA PRINCESA

DÉSIRÉE ORTEGA CERPA





DÉSIRÉE ORTEGA CERPA

Lcda. en Filosofía y Letras (UCA, 1991); Experta en Enseñanza del Español LE (Universidad Antonio de Nebrija, Madrid, 2003); Máster en Archivos y Gestión Documental (UCA, 2006). Actualmente ejerce como profesora de inglés en el Consorcio Escuela de Hostelería de Cádiz, actividad que combina con la crítica, la escritura y la investigación teatral. En este sentido ha publicado algunas piezas con la editorial Santillana y entre otros trabajos literarios se pueden citar la traducción de la pieza Europa del británico David Greig (ADE Teatro nº 80, 2000) o la edición del libro FIT de Cádiz, la ventana de América sobre los veinte años del Festival Iberoamericano de Teatro de Cádiz. Ha trabajado también en el ámbito de la gestión cultural para instituciones como la Empresa Pública de Gestión de Programas Culturales de la Consejería de Cultura (Junta de Andalucía), además de colaborar en algunos medios de comunicación, como Canal Cádiz TV o Canal Sur. En 2006 fue galardonada con el tercer premio de la II Convocatoria de Humanidades-Empresas de la Universidad de Cádiz con el proyecto Bit@cor@: comunicación-documentación-cultura.





DESPERTANDO A LA PRINCESA

PERSONAJES (por orden de aparición)¹:

ABUELA

PRINCESA

LACAYO/S (OPCIONAL)

HADA BUENA

AYUDANTES DE HADA BUENA: ELFOS, GNOMOS, HADAS
BECARIAS, ETC. (OPCIONAL)

CORO DE MUÑECAS NEUMÁTICAS

VOZ DE HERALDO

PRÍNCIPE ENCANTADO DE HABERSE CONOCIDO

SAPO (O EN SU DEFECTO HOMBRE-RANA)

HOMBRE ENCANTADOR

HADA MALA

¹ Dependiendo de las posibilidades de la compañía que represente la obra, se podrá prescindir de aquellos personajes señalados como “opcional”. A lo largo del texto se indica como proceder.





El espacio de representación es un vacío en negro que se construye, acota y cambia con cada escena mediante unos paneles rectangulares, fáciles de mover bien por los propios actores o por regidores de escena. En cada escena se indican los diversos elementos de mobiliario, atrezzo o utilería a emplear. Izquierda y derecha, las del espectador.

Oscuro inicial. Se oye muy suave la melodía de una canción de cuna. Poco a poco sube la música, aunque sin llegar a un volumen excesivo y también la luz, pero sólo sobre el ángulo inferior derecha, dejando ver un cojín gigante en color rosa de raso, muy adornado. Sobre él, duerme PRINCESA ataviada con un camisón de delicado encaje en rosa y una ostentosa corona sobre la cabeza de bisutería barata, con muchos adornos. Cuando la luz ha llegado a su gado máximo, baja la melodía de la canción de cuna hasta desaparecer.

ESCENA I

Suena la voz de ABUELA que canta:

VOZ DE ABUELA.- “Un capitán de marina/siete hijos le dio Dios/ y tuvo la mala suerte que ninguno fue varón”. (*Pausa.*)

PRINCESA.- (*Despertando, al sentir la voz.*) ¡Uf, qué mal he dormido! (*Se despereza.*) Había algo debajo... (*Mira debajo del colchón. Saca un guisante. Lo mira sorprendida.*) Un guisante. ¡Cómo he podido notar esto! (*Al agacharse, descubre un grueso hilo de lana. Decide averiguar cuál su origen.*) Mmmm... Por el hilo... se saca el ovillo.

(*Se descorre uno de los paneles que deja ver a ABUELA, tejiendo. PRINCESA, al tirar del hilo y acercarse a ABUELA, va destejiendo su labor.*)

ABUELA.- “Un día la más pequeña/ le cayó la inclinación./ Quería servir al rey vestidita de varón...”

PRINCESA.- ¿Por qué tuvo mala suerte el capitán?

ABUELA.- (*La mira.*) Siempre preguntas lo mismo.

Princesa.- Nunca respondes. (*Se sienta a su lado, sobre el suelo.*) ¿Por qué “vestidita de varón”? ¿Por qué a escondidas?

ABUELA.- Una verdadera princesa nunca hace preguntas.

PRINCESA.- (*Gratamente sorprendida.*) ¿Ya soy una verdadera princesa?



ABUELA.- Sentiste el guisante, por fin. (*Sigue cantando y tejiendo. PRINCESA destejiendo.*)

PRINCESA.- (*Canta.*) “Si el pelo lo tengo largo/ madre, córtemelo usted. / Que con el pelo cortado/ un varón pareceré”. ¿Cómo sigue?

ABUELA.- No hay tiempo. Tienes que despertar.

PRINCESA.- ¿Cómo?

ABUELA.- Encuentra al príncipe.

PRINCESA.- (*Insistente.*) Pero yo quiero servir al rey. O, en su defecto, a la Presidenta de la República.

Oscuro. Cambio de paneles. ABUELA desaparece.

ESCENA II

PRINCESA *en el centro del escenario.*

PRINCESA.- (*Habla por un móvil.*) Sí, ¿sección anuncios? Bien, le dicto: “Princesa que necesita despertar precisa Hada Madrina. Interesadas envíen curriculum vitae y foto. Se valorará experien-

cia. Las candidatas seleccionadas deberán acudir a una entrevista personal”. Gracias.

Caen unos papeles. Es el currículum vitae de HADA BUENA. (También pude traerlo el LACAYO, en una bandeja de plata.)

PRINCESA.- ¡Qué eficacia! (*Lee.*) “Hada Buena: Licenciada en Magia por la Universidad de Mor-doc, Doctora en Encantamiento por la de Camelot, etc., etc. Entre sus mejores trabajos figuran el madrinazgo de Bella Durmiente y Cenicienta. Garantizado matrimonio con Príncipe Azul o Encantado”. (*Reflexiona.*) ¡Seleccionada!

ESCENA III

Se mueven los paneles y aparece un tocador de dormitorio muy barroco en rosa. Le falta el espejo. El tocador debe estar colocado de perfil o cejado pero mirando hacia PRINCESA. Esta se sentará a un lado y el HADA candidata al otro lado como si el marco del espejo fuera una ventanilla administrativa. Esta última deberá ir ataviada a la manera clásica en que se representan las hadas, con tocado medieval de pico y varita incluida.

PRINCESA.- Sus referencias son excelentes...

HADA BUENA.- Le aseguro que quedará muy satisfecha.

PRINCESA.- ¿Puede incorporarse de inmediato?

HADA BUENA.- ¡Comencemos a trabajar! ¿Podría hablarme de su trayectoria como princesa?

PRINCESA.- Bueno, fue la carrera elegida por mi familia, yo en realidad quería ser “caballera” de la Tabla Redonda. Tenía hasta mi espada y mi armadura; practicaba a diario e iba a presentarme a las oposiciones, pero...

HADA BUENA.- Pero...

PRINCESA.- En casa dijeron un día que ya estaba bien de tonterías, me quitaron la armadura, la espada... y me colocaron un traje de princesa. Luego me pasearon en una carroza por todo el reino. Desde ella podía oír todos los halagos y piropos: “¡Princesa, guapa, Princesa, guapa, Princesa, guapa. Y bonita, bonita, bonita!”. (*Pausa. Un poco avergonzada replica.*) Tengo que reconocer que me gustó.

HADA BUENA.- (*Entusiasmada.*) ¡Pues claro! No hay nada mejor en la vida para una mujer que ser una hermosa princesa. Pero ¿cómo no ha encontrado príncipe aún?

PRINCESA.- Pues... creo que tiene que ver con lo del guisante... Me ha tomado mucho tiempo debilitarme hasta conseguir que me moleste con colchón y todo.

HADA BUENA.- Lo del guisante es fundamental, claro. Pero, además, creo que tenemos mucho por hacer todavía. (*Hace un gesto con su varita y se descorre un panel a la derecha. Detrás del panel hay un baúl.*)

ESCENA IV

HADA BUENA y PRINCESA delante del baúl abierto.

HADA BUENA.- (*Sacando una manzana del baúl, roja, grande, hermosa, y la vez inquietante como la de Blancanieves.*) A partir de ahora, dieta estricta, sólo una manzana al día. (*Se la da.*)

PRINCESA.- (*Recibiéndola compungida. La mira con desconfianza.*) No sé por qué, pero esto de la manzana me suena de algo... y nada bueno. (*Reaccionando.*) ¿Y ya no podré mojar pan en la salsita nunca más? (*Le da un mordisco sin ganas.*)

HADA BUENA.- ¡Qué vulgaridad! Una verdadera princesa se alimenta de aire, si no, ¿cómo va a sentir la molestia del guisante debajo del colchón? Ay, ay, esto no puede ser. (*Mientras habla empieza a sacar cosas del baúl, según va nombrando. Entran los ayudantes de HADA BUENA: elfos, gnomos, hadas becarias, etc. –El número dependerá del presupuesto y medios de que se disponga para la obra. En todo caso la transformación puede ser realizada sólo por HADA BUENA–. Se le va colocando todo lo que se va nombrando, como si fuera una muñeca, aunque Princesa mostrará resistencia a todo.*) Hay que llevar a un cambio radical. Pero no te preocupes que aquí tenemos todo eso que le gusta a los príncipes, ji, ji, ji. (*Le quita a PRINCESA, a pesar de sus protestas, la manzana, la corona, el camisón, etc. y queda en ropa interior, rosa por supuesto. Saca unas prótesis para el pecho y se las planta en el lugar correspondiente.*)

PRINCESA.- (*Molesta.*) ¡Ay, que incómodo! Pesan un montón.

HADA BUENA.- No digas tonterías, ¿no sabes que dos de estas tiran más que dos carretas?

PRINCESA.- Sí, si puedes con ellas. (*Se las sujeta con las manos.*)

HADA BUENA.- Cállate, ahora el corsé, para afinar la cintura y marcar las caderas. (*Se lo coloca y se lo aprieta que ya quisiera la señorita Escarlata.*)

PRINCESA.- ¡Que me ahogo! (*Angustiada.*) No puedo respirar.

HADA BUENA.- Mejor, así te desmayas y seguro que el príncipe viene a socorrerte. (*Le pone un vestido cortísimo y estrecho en color blanco; también, medias con ligero del mismo color.*)

PRINCESA.- (*Se mira.*) Pero ¿tú crees que esta ropa es la más adecuada? Me siento desnuda... y sobre, todo, incomodísima.

HADA BUENA.- Hay que enseñar la mercancía, si no, no puedes venderla. Y ahora, los zapatos. (*La sienta en la silla del tocador y le coloca unos taconazos casi imposibles de llevar, por altos y finos.*)

PRINCESA.- (*Casi llorando.*) No voy a poder andar, ni bailar, me van a doler mucho los pies.

HADA BUENA.- Pues te quedas sentadita que estás más mona. Si te pones a bailar, sudarás y te mancharás el vestido. Ahora, la peluca. (*Le pone una peluca de pelo rubio largo.*) Y el toque final (*Canta de forma muy cursi.*) “Blanca y radiante va la novia...”. (*Le coloca la misma corona de antes pero con un velo de novia.*)

PRINCESA.- (*Se rasca.*) Este velo pica un montón. Y, además, me gusta mi pelo natural. (*Se toca.*) Esto se me va a caer.

HADA BUENA.- (*Le golpea la mano.*) Eso no se toca. Y además he dicho que a callar. ¿No te han enseñado en casa que calladita estás más guapa? Si es que estamos perdiendo la buenas maneras... Vamos, en pie.

PRINCESA, transformada en cierta muñeca neumática muy conocida, intenta ponerse en pie. Lo consigue a duras penas, pero cuando trata de avanzar, entre los tacones y el peso de las prótesis, pierde el equilibrio y se cae de bruces sobre el suelo.

HADA BUENA.- (*Con tono de resignación.*) ¡Ay, Princesa! ¡Cuántas cosas tengo que enseñarte!

Oscuro.

HADA BUENA, junto con los posibles lacayos, retiran todos los elementos anteriores. Suena la melodía del “Príncipe Azul” de la película Blancanieves de W. Disney. Se mueven los paneles para preparar la sala del baile del palacio con su trono real en medio, cejado y en un nivel más alto al final de una escalinata con tres escalones, cubiertos con una alfombra roja.

ESCENA V

Salón del trono.

Entra PRINCESA. Desaparece música. Lleva un palo de equilibrista para no caerse con los tacones.

PRINCESA.- ¡14 horas! He estado 14 horas sometida a torturas varias. He conocido todo tipo de cremas. (*Muy rápido.*) Para el entrecejo, los ojos, las patas de gallo, las bolsas, las mejillas, el cuello, el mentón, el lóbulo de las orejas, los hombros, los codos las manos, el pecho, el culo, las pierna, la pantorrilla, el tobillo... Vamos, hasta para partes de mi cuerpo que yo no sabía ni que existían. Me han arrancado trozos de la piel con tenacillas, cera caliente y rayos láser. Me han quemado el pelo, me han dibujado otra cara que no reconozco; me han reducido el peso y luego me han cargado para este viaje con alforjas que pesan más. ¡Y encima, me han dicho que esto lo voy a tener que hacer todos los días! Entonces no queda tiempo ni para leer, ni para estudiar, ni para entrenar con la espada...

Entra HADA BUENA, muy enfadada. Ahora más que HADA BUENA, parece una bruja mala de las malas de verdad.

HADA BUENA.- *(Lleva un ramo de novia.)* ¿Pero para qué quieres tú todo eso? Teniendo al príncipe todo lo demás sobra... Y suelta ese palo, si no, no te vas a comer nada entre tus competidoras. Apóyate aquí. *(Le entrega el ramo.)*

Entra el coro de MUÑECAS NEUMÁTICAS. Todas están exactamente ataviadas como PRINCESA. (A ser posible que sean seis y con PRINCESA, siete.)

CORO DE MUÑECAS NEUMÁTICAS.- *(Hablan de manera cursi e insoportablemente empalagosa. Dan saltitos, nerviosas, como niñas pequeñas.):* Jí, jí, jí, el príncipe, el príncipe, ya viene, ya viene...

Suenan trompetas reales.

VOZ DE HERALDO.- Su Alteza Real, el Príncipe Encantado de Haberse Conocido.

CORO DE MUÑECAS NEUMÁTICAS.- *(Dando saltitos y palmaditas.)* ¡Ay, Qué guapo! ¡Qué guapo! ¡Qué guapo! *(Lo repiten una y otra vez.)*

PRINCESA.- *(Extrañada.)* ¿Ya lo conocéis?

CORO DE MUÑECAS NEUMÁTICAS.- ¡No! (*Siguen.*)
¡Qué guapo! ¡Qué guapo!

PRINCESA.- ¿Y cómo sabéis si es guapo o feo?

CORO DE MUÑECAS NEUMÁTICAS.- ¡Qué más da!
¡Es un príncipe! (*Siguen.*) ¡Qué guapo! ¡Qué guapo!
¡Qué guapo!

Entra PRÍNCIPE ENCANTADO DE HABERSE CONOCIDO, realmente guapo, pero altivo y despectivo. Podría estar ataviado a la usanza de la época de Felipe el Hermoso, pero la caracterización se deja al criterio y posibilidades de la compañía. Si no son muchas, puede bastar un traje de chaqueta, banda con broche y corona. Todas hacen reverencia y agachan la cabeza, menos PRINCESA. HADA BUENA le da una colleja en el cuello y PRINCESA no tiene más remedio, a regañadientes, que hacer lo mismo. PRINCESA se sienta en el trono y saluda al pueblo. Realmente está encantadísimo de haberse conocido. Una MUÑECA NEUMÁTICA se separa del coro y se planta delante de él, pero sin dar la espalda al público, cejada siguiendo la línea de la posición del trono.

MUÑECA NEUMÁTICA 1.- Hola. ¿Eres tú el Príncipe Azul que yo soñé? Yo soy la más bella del reino. Me lo ha dicho el espejito.

MUÑECA NEUMÁTICA 2.- (*Poniéndose delante de la primera.*) Hola. ¿Eres tú el Príncipe Azul que yo soñé? Yo soy la más bella del reino. Me lo ha dicho el espejito.

MUÑECA NEUMÁTICA 3.- (*Poniéndose delante de la anterior.*) Hola. ¿Eres tú el Príncipe Azul que yo soñé? Yo soy la más bella del reino. Me lo ha dicho el espejito.

Las seis repiten este juego de ponerse una delante de las otras una y otra vez; al principio, se dan leves empujoncitos, que gradualmente son cada vez más violentos, hasta que terminan, empujándose, arrancándose las pelucas, golpeándose con los ramos, etc. En plena pelea, ya sólo dirán “Yo soy la más bella, yo soy la más bella”. El PRÍNCIPE disfruta con el espectáculo, muriéndose “realmente” de la risa. La única que no sigue el juego es PRINCESA, aunque HADA BUENA la obligue. Al final es ésta última la que entre en la pelea, dando coscorriones a las rivales de su protegida con la varita mágica. Puede ayudar a dar más dinamismo y ritmo la canción “Hot ‘n’ Cold” de Katy Perry. PRINCESA aprovecha para ir quitándose los zapato, la peluca y la corona. Se quita el velo y se vuelve a poner la corona sobre su pelo natural. Se pone a bailar, descalza, a su aire. El PRÍNCIPE empieza a bostezar.

PRÍNCIPE ENCANTADO DE HABERSE CONOCIDO.- (*Se pone de pie.*) ¡Bastaaaaa! Cesa la pelea y la música de golpe. Todas le miran expectantes.

PRÍNCIPE ENCANTADO DE HABERSE CONOCIDO.- (*Señala a una por una.*) Tú eres muy fea, tú estás muy gorda, tú tienes pelos en las piernas, tú estás muy flaca, tú tienes mucho pecho, tú tienes poco... Se acabó. Hoy no despertaré a ninguna princesa. (*Se levanta para marcharse.*)

CORO DE MUÑECAS NEUMÁTICAS.- (*Todas llorando, por los suelos.*) ¡No! ¡No te vayas! ¡Queremos despertar! ¡Buaaaa! Queremos despertar!

PRINCESA.- (*Reaccionando.*) ¿Cómo, que después de esta tortura nada de nada? ¡Ven acá ahora mismo! (*Lo coge por cuello.*)

PRÍNCIPE ENCANTADO DE HABERSE CONOCIDO.- ¿Qué pasa? ¿Cómo te atreves!

CORO DE MUÑECAS NEUMÁTICAS.- (*Alucinando.*) Pero... ¿Será fresca?

HADA BUENA.- ¿Qué vas a hacer? ¡Insolente!

PRINCESA le obliga a darse la vuelta y le planta un beso en los labios. Se escucha un estruendo. Una nube de humo oculta a PRÍNCIPE ENCANTADO DE HABERSE CONOCIDO. Cuando se desvanece, éste se ha convertido

en un horrible SAPO. (Se le puede representar vestido de hombre-rana, en cuclillas, saltando como lo hacen estos animales y croando.)

PRINCESA.- *(Muerta de risa.)* Chicas, mirad. Nos estábamos peleando por un sapo, ja, ja,

CORO DE MUÑECAS NEUMÁTICAS.- ¿Eh?

Tras recuperarse de la sorpresa, las MUÑECAS empiezan reírse, a tirarle los ramos, las pelucas, etc. El SAPO se va dando saltos, completamente desesperado.

SAPO.- Croak, croak. *(Con voz batracia, saltando entre las MUÑECAS.)* Dame un besito, dame un besito. Croak, croak.

CORO DE MUÑECAS NEUMÁTICAS.- ¡Fuera , fuera!

HADA BUENA.- *(Huye despavorida.)* ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza! ¡Me van a echar del sindicato de hadas!

SAPO.- Croak, croak. Dame un besito, dame un besito. Croak, croak.

Empieza a sonar la canción “A los ojos” de El Canto del Loco. El sapo, por fin huye. Cuando sale de escena, se abrazan unas a otras. Se liberan de tacones, pelucas y prótesis. PRINCESA las mira sonriendo y se va. Sale del escenario (para prepararse para la siguiente escena).

Las MUÑECAS recogen y se llevan todo lo que está tirado. Disponen los paneles en forma de laberinto, colando unos paneles en forma vertical y otros en posición horizontal..

ESCENA VI

La canción sigue sonando. PRINCESA aparece ahora vestida con un pijama de corte masculino, con pantalón y camisa, en color rosa. La corona sigue en su cabeza, pero sin velo y sobre su pelo natural. Deambula perdida por el laberinto, buscando una salida. De repente, encuentra un hilo, conformado por hebras de muchos colores, tan grueso como una cuerda y lo sigue. Al final de la canción y del hilo, encuentra a HOMBRE ENCANTADOR enredado en la madeja, vestido con un pijama como el de ella pero en azul.

PRINCESA.- Hola ¿Eres tú el Príncipe Azul que yo soñé? ¿O el Príncipe Encantado, en su defecto?

HOMBRE ENCANTADOR.- No, pero... creo que soy encantador. Si te sirvo...

PRINCESA.- (*Se ríe.*) ¿Quién sabe? ¿Estás dormido?

HOMBRE ENCANTADOR.- Sí, me enredé intentando entender a las mujeres y caí... en un profundo sueño.

PRINCESA.- Claro, te has liado con los hilos de todos esos vestidos y telas con los que nos disfrazan y ocultan. (*Pausa.*) ¿Te la corto?

HOMBRE ENCANTADOR.- (*Asustado.*) ¿El qué?

PRINCESA.- (*Tocando los hilos.*) La madeja.

HOMBRE ENCANTADOR.- ¡Ay, que susto! Pues, sí... vale.

PRINCESA.- (*Como si fuera un cirujano, poniendo la mano.*) ¡Tijeras!

Unas tijeras bajan desde el techo del escenario o bien el lacayo se las entrega. PRINCESA corta la madeja para liberar a HOMBRE ENCANTADOR. Los hilos quedan en el suelo, delante de ellos.

HOMBRE ENCANTADOR.- ¿Puedes tener todo lo que deseas?

PRINCESA.- Casi. Soy la princesa de mi propio sueño, pero no puedo despertar. ¡Venga, te invito! Pide por esa boquita.

HOMBRE ENCANTADOR.- (*Dudando.*) Eh... pues... un columpio entre las nubes.

Se abre el laberinto. Se descorren dos paneles al fondo y aparece un columpio para dos, así como unos forillos

con nubes pintadas. Se sientan en el columpio, de perfil, mirándose el uno al otro.

PRINCESA.- *(Como si pintara con el dedo sobre el telón de fondo.) Ahora, una luna. (Baja un luna de papel de plata.) Un poco más alta... así. (Se va moviendo según indicación de PRINCESA.) Unas estrellitas por aquí, otras por allá. (Bajan estrellitas de papel de plata.)*

HOMBRE ENCANTADOR.- *Sólo falta el champagne. (Aparece el lacayo con una botella de champagne y dos copas, o bien se empuja un carrito con estos objetos que estará preparado entre cajas. HOMBRE ENCANTADOR se levanta y las llena. Le da las gracias al camarero y le ofrece una a PRINCESA, aunque de forma dubitativa, como si no se atreviera.)*

PRINCESA.- *(Tomando la copa con agrado.) ¡Qué gentil!*

HOMBRE ENCANTADOR.- *(Respira aliviado.) Gracias. Muchas gracias por decirlo.*

PRINCESA.- *(Se ríe.) ¿Por qué?*

HOMBRE ENCANTADOR.- *Porque cuando le cedo el paso a una mujer o la acompaño a su casa y espero a que encuentre la llave... se enfada conmigo.*

PRINCESA.- *¿La llave?*

HOMBRE ENCANTADOR.- *(Se ríe.) La mujer. Y si no lo hago, también.*

PRINCESA.- ¿Y tú qué querías...?

HOMBRE ENCANTADOR.- Que me quieran por mí mismo.

PRINCESA.- ¡Anda! ¡Qué casualidad! Yo también. Pero me han obligado a ser princesa. Y no encuentro al príncipe que me despierte.

HOMBRE ENCANTADOR.- ¿Y tú, qué quieres?

PRINCESA.- Servir al rey o, en su defecto, a la presidenta de la República. (*Canta el romance de la doncella guerrera.*) “Un capitán de marina/ siete hijas le dio Dios./ Y tuvo la mala suerte/ que ninguno fue varón./ Un día la más pequeña/ le cayó la inclinación./ Quería servir al rey vestidita de varón...”. (*Mirándolo a los ojos.*) Y por la noche que un Hombre Encantador me acompañe a casa y espere a que encuentre la llave.

HOMBRE ENCANTADOR.- (*Canta.*) “Siete años de servicio y nadie la conoció./ Sólo el hijo del rey que de ella se enamoró.”

PRINCESA.- (*Sorprendida.*) ¿Así termina la historia?

HOMBRE ENCANTADOR.- Creo que sí... pero como estoy dormido, no estoy seguro.

PRINCESA.- O sea, que no es incompatible.

HOMBRE ENCANTADOR.- ¿El qué?

PRINCESA.- Servir al rey, o en su defecto, a la presidenta de la República y que el príncipe se enamore de ti, vestidita de varón.

HOMBRE ENCANTADOR.- (*Confuso.*) No entiendo nada.

PRINCESA.- (*Mirando los hilos.*) Por el hilo... se saca el ovillo... (*Se agacha y toma algunos.*) ¡Ayúdame!

HOMBRE ENCANTADOR.- ¿A qué?

PRINCESA.- A tejer un tapiz nuevo, con hilos viejos. Podría hacerlo sola, pero dame un punto de apoyo y moveré el mundo.

HOMBRE ENCANTADOR la toma en brazos.

PRINCESA.- (*Se ríe.*) Así no, que te agotarás por el camino. Con un dedo basta.

HOMBRE ENCANTADOR la suelta. Ente los dos, empiezan a atar los hilos de diversas maneras, cada uno pone el dedo al otro para anudarlo.

PRINCESA.- Aquí van mis contradicciones.

HOMBRE ENCANTADOR.- Aquí las mías.

PRINCESA.- Que vayan juntas, para que podamos aceptarlas.



HOMBRE ENCANTADOR.- Aquí tengo miedo y debilidad.

PRINCESA.- Junto a mi valor y mi fuerza.

LOS DOS.- Y viceversa.

Sostienen la labor que han realizado. Se miran.

HOMBRE ENCANTADOR.- Me siento aún más confuso.

PRINCESA.- Porque aún tienes que despertar. (*Pausa valorativa.*) Quizás pueda ayudarte yo a ti.

HOMBRE ENCANTADOR.- ¿Tú crees? ¿Cómo?

PRINCESA.- (*Tirando del cabo.*) Ven aquí.

HOMBRE ENCANTADOR.- (*Sigue la inercia del tirón, ahora está muy cerca de PRINCESA. Temeroso.*) A lo mejor, ahora no quiero... y prefiero quedarme aquí... para seguir soñando.

PRINCESA.- No, tienes que despertar. Es justo y necesario... aunque desaparezcas. (*Le besa en los labios.*)

Oscuro. Vuelve la luz. El mismo escenario, pero PRINCESA está sola en el columpio.

PRINCESA.- (*Llora, pero no está triste.*) Funcionó.

Entra otra vez el SAPO, saltando desesperadamente.

SAPO.- Croak, croak. Dame un besito, dame un besito. Si lo haces, me convertiré en príncipe y podrás despertar. Croak, croak.

PRINCESA.- (*Bajándose del columpio.*) ¡Fuera de aquí! ¡Ya no me creo ningún cuento! Ni chino, ni de viejas, ni de hadas, ni de la buena pipa. Voy a escribir el mío propio.

Desparece todo el decorado anterior. Suben el columpio, la luna y las estrellas. Se descorren los paneles y desaparece el laberinto. PRINCESA sigue llorando, alegremente emocionada, en el centro del escenario.

ESCENA VII

Se descorre el panel del fondo. Aparece el marco dorado de un espejo de cuerpo entero. Al lado una mesita de noche antigua. Dentro del marco del espejo espera HADA MALA, vestida de ejecutiva. Aspecto elegante y atractivo, a un tiempo, además de una actitud que denota eficacia. Porta un maletín.

HADA MALA.- La princesa está triste, ¿qué le pasa a la princesa?

PRINCESA.- Nada, simplemente se me sale el amor por los ojillos. ¿Y tú, quien eres?

HADA MALA.- Aquí tiene mi tarjeta. (*Se la entrega.*)

PRINCESA.- “Hada Mala. Ofrece despertar directo sin intermediarios.” (*Extrañada.*) ¿Cómo espera que vaya a confiar en un Hada Mala?

HADA MALA.- Recuerda (*Canta.*) “La que parece mala, es la más buena, la que parece buena, es la más mala...”

PRINCESA.- Bueno, ¿y qué trucos va a utilizar?

HADA MALA.- Ninguno.

PRINCESA.- ¿Concede algún deseo?

HADA MALA.- Efectivamente. Uno sólo, pero muypreciado, aunque también peligroso.

PRINCESA.- ¿Por qué?

HADA MALA.- Si lo acepta, tendrá que despertar sola.

PRINCESA.- (*Gratamente sorprendida.*) ¿Se puede? ¿Con ese único deseo?

HADA MALA.- Sí, pero no se regala así como así. De hecho, estoy aquí porque usted se lo ha ganado.

PRINCESA.- (*Sorprendida.*) ¿ah, sí? Pero... Si despierto sola, ¿encontraré a Hombre Encantador?

HADA MALA.- Puede que sí, puede que no. Pero lo que es seguro es que podrás servir al rey o, en su defecto, a la presidenta de la República.

PRINCESA.- Si encuentro a Hombre Encantador, ¿se quedará conmigo?

HADA MALA.- Puede que sí, puede que no. Este don funciona así. Hay gente que piensa que es defecto de fábrica. ¿Le da miedo?

PRINCESA.- No, así todo parece más interesante. No hay que seguir ningún cuento escrito de antemano.

HADA MALA.- Eso es. (*Solemne.*) Princesa, se le ha concedido la libertad. (*Sale del espejo.*) Lamentándolo mucho, tendrá que entregar su corona.

Princesa duda por un momento, pero se quita la corona. Se la entrega a HADA MALA. Esta la deposita sobre la mesita de noche.

HADA MALA.- Por aquí, por favor. (*Le indica el camino del espejo.*)

PRINCESA se coloca en el marco del espejo, mirando al público.

PRINCESA.- Adiós.

HADA MALA.- Espere. (*Abre su maletín y saca una espada.*) Creo que esto te pertenece.



PRINCESA.- ¡Mi espada!

HADA MALA.- (*Se la entrega.*) Tome. La va necesitar. Por ahí fuera parece que no gustan las princesas que despiertan solas.

PRINCESA.- ¿Pues sabe lo que le digo? Que no tendrán más remedio que acostumbrarse. (*Alza el brazo y grita.*) ¡Despierta, Princesa!

Su silueta queda en contraluz. Se escucha un portazo. Oscuro final.

TELÓN

(*Para el saludo tema “Cruce de caminos” de El canto del loco.*)



notas

PROPUESTAS DE DEBATE

1. ¿Es importante el aspecto físico para el desarrollo profesional?



notas

PROPUESTAS DE DEBATE

2. ¿Influye más en las mujeres o en los hombres?





notas

PROPUESTAS DE DEBATE

3. ¿Necesita una mujer una pareja para desarrollarse plenamente?



LA NOCHE NO DUERME

MERCEDES LEÓN





MERCEDES LEÓN

Mercedes León García nace en Málaga. Cursa los estudios de arte dramático durante los años 1978 a 1982, en la Escuela Superior de Arte Dramático de Málaga.

Obtuvo la titulación de Arte Dramático con las calificaciones de final de carrera de "Matricula de Honor" y una "Mención Honorífica" en las asignaturas de Improvisación e Interpretación respectivamente. Es cofundadora y directora de la COMPAÑÍA BREA TEATRO, creada en 1985 en Málaga. Desde 1998 dirige la Agrupación Teatral de la O.N.C.E. de Málaga. Durante los años 1988 hasta 1993, realiza para el Teatro Cervantes de Málaga un Proyecto Educativo, dirigido a estudiantes de Enseñanza Media. La Dirección del Proyecto y la dramaturgia son efectuadas por Mercedes León. En Febrero-Marzo-Abril del año 2002 participa en la Campaña MUJER Y TEATRO: Las Dramaturgas Andaluzas desde 1500. Siendo seleccionadas seis autoras andaluzas desde el S. XVII hasta nuestros días, realizándose de las mismas un ciclo de Lecturas Dramatizadas precedidas por una Conferencia emitida por Fernando Doménech. Como muestra del Teatro Andaluz del S.XXI fueron elegidas Julia García Verdugo y su Obra CUARTO MENGUANTE, y Mercedes León





con la Obra CINCO CUBIERTOS. En Septiembre de 2004 la ESCUELA SUPERIOR DE ARTE DRAMÁTICO de Málaga, le concede un Diploma de Honor en Reconocimiento a su Brillante Trayectoria Profesional. El 18 de Mayo de 2006 Recibe la Medalla de oro del Ateneo de Málaga por su dedicación y divulgación del Teatro, y por su Trayectoria Teatral. En Noviembre de 2006 su Obra “La Noche no Duerme” es seleccionada y editada en la “Feria Internacional del Libro” de Guadalajara (México) junto a otros autores andaluces, bajo el título “Los andaluces, esos raros”.







LA NOCHE NO DUERME

PERSONAJES:

HOMBRE

MUJER







Cuando se abre el telón, aparece en un extremo del escenario un hombre amordazado en una silla. Tiene los pies y las manos atadas. En el otro extremo, de espaldas al hombre, una mujer ejecuta una acción. Mientras, de un termo, se escapa el calor del café. El hombre lucha desesperadamente por desatarse. Al fin lo consigue.

HOMBRE.- (*Acercándose muy despacio a la Mujer, le cubre los ojos con las manos*) ¿Quién soy?

MUJER.- (*Sobresaltada*) ¡No puede ser!

HOMBRE.- ¡Ah no? ¿Creías que nunca lo conseguiría, eh?

MUJER.- ¡Pero si te he hecho un nudo marinero!

HOMBRE.- No esperabas que me desatara.

MUJER.- Tan pronto no.

HOMBRE.- ¿Pronto? Llevo ahí mucho tiempo.

MUJER.- No el suficiente.

HOMBRE.- ¿Te he sorprendido eh?

MUJER.- Me has fastidiado.

HOMBRE.- (*La coge del cuello*) ¡Cuidado con lo que dices! Ahora tengo las manos libres y puedo usarlas.

MUJER.- ¿De veras? ¡No me digas!

HOMBRE.- (*Apretándole el cuello*) Te digo.

MUJER.- Me haces daño.

HOMBRE.- ¿Y qué crees que me has hecho tú...
cosquillas?

MUJER.- No será para tanto.

HOMBRE.- ¿No? ¡Mira! (*Le pone la muñeca delante
de los ojos*).

MUJER.- (*Cínica*) ¡Que pulsera más bonita! ¿Te
ha costado muy cara?

HOMBRE.- No te pases, no hay ninguna pulsera.
Es una llaga.

MUJER.- ¡Que perfección de llaga! Parece una
pulsera.

HOMBRE.- (*Apretando*) Pero no lo es.

MUJER.- (*Aguantando el dolor*) Pero lo parece.

HOMBRE.- (*Apretando más*) Pero no lo es. ¡Maldi-
ta sea! ¿Qué es?

MUJER.- Una pulsera.

HOMBRE.- Una llaga.

MUJER.- Yo veo una pulsera, muy fea... pero una
pulsera.

HOMBRE.- ¡Chupa! (*Le mete la muñeca en la boca*)
¿Sabe una pulsera a esto?

MUJER.- (*Escupiendo la sangre*) Depende del material.

HOMBRE.- ¡Chupa fuerte! (*Gime*) ¿Duele una pulsera?

MUJER.- Si te aprieta, sí.

HOMBRE.- Si te aprieta duele la muñeca, no la pulsera.

MUJER.- ¿Qué diferencia hay?

HOMBRE.- ¡Responde! ¿Qué es?

MUJER.- Una pulsera.

HOMBRE.- (*Se acerca la muñeca a la altura de los ojos*) ¿Será posible que me va a hacer hasta dudar! (*A punto de ahogarla*) ¡Una llaga! Repite conmigo “lo que tengo en la boca es una llaga”.

MUJER.- ¡Mentira! Yo tengo la boca sana.

HOMBRE.- ¡Sigue chupando! No te voy a soltar hasta que lo digas. (*Apretando al máximo*) ¿Qué es?

MUJER.- (*No puede más*) Una llaga.

HOMBRE.- No te he oído bien.

MUJER.- Una llaga.

HOMBRE.- ...¿Una qué?

MUJER.- Llagggaaa... una llaaaga.

HOMBRE.- Te entiendo vagamente. Deletréalo.

MUJER.- “Elle-a-ge-a”.

HOMBRE.- ¡Muy bien! Y ahora, dilo de corrido... pero nítido.

MUJER.- (*Con gran esfuerzo*) Es una llaga. (*Le muerde la muñeca*).

HOMBRE.- (*Grita de dolor*) ¡Suelta! (*Sigue mor-diendo*) ¡Suéltame!

MUJER.- (*Le suelta y escapa*) Será una llaga... pero con forma de pulsera.

HOMBRE.- (*Triunfador*) Pero una llaga al fin y al cabo.

MUJER.- Pero parece una pulsera. (*El Hombre la mira fijamente*) Está sangrando. ¿Te la curo? (*El Hombre asiente repetidas veces. La Mujer va hacia él y le pasa la mano por la herida, acariciándola*) “Sana sanita, culito de rana, si no sana hoy, sanará mañana”.

HOMBRE.- Me sigue doliendo.

MUJER.- Si no sana hoy... sanará mañana.

HOMBRE.- ¡UFFF! ¡Mañana!

MUJER.- Lo intentaré de nuevo.

HOMBRE.-No, déjalo. Queda bonito... ¿verdad?

MUJER.- Sí. Y además, te hace juego con el pañuelo.

HOMBRE.- ¿De veras? (*Va hacia un espejo*) Es cierto, es el mismo tono.

MUJER.- El pañuelo es un poco más oscuro.

HOMBRE.- ¡Claro, como que la sangre está aún fresca! Deja que se seque...

MUJER.- ¿Qué piensas hacer ahora?

HOMBRE.- ¿A qué te refieres?

MUJER.- Te has desatado.

HOMBRE.- (*Acercándose*) Sí.

MUJER.- (*Alejándose*) Ahora estamos en igualdad de condiciones.

HOMBRE.- No.

MUJER.- ¿No?

HOMBRE.- No. Llevo cincuenta y tres horas atado. Sin comer nada. Sentado. Sin dormir. Me tiemblan las piernas.

MUJER.- Eso es nervioso.

HOMBRE.-Eso es anemia. (*Se acerca más*)

MUJER.- ¡Exagerado!

HOMBRE.- Estoy pálido. Me he quedado sin hemoglobina.

MUJER.- ¿Quién es esa?

HOMBRE.- Olvídalo. (*Ya está junto a ella*)

MUJER.- Como quieras, no soy celosa.

HOMBRE.- (*Abrazándola*) Has sido muy cruel conmigo.

MUJER.- ¡Quien fue a hablar!

HOMBRE.- (*Abarcándola del culo y atrayéndola hacia él*) ¿Me odias?

MUJER.- Tienes un bulto.

HOMBRE.- Siempre lo he tenido.

MUJER.- Tan grande no.

HOMBRE.- (*Socarrón*) ¿No?

MUJER.- No. ¿Qué es?

HOMBRE.- La vejiga. Se me habrá hinchado.

MUJER.- (*Separándose*) Nunca estás solo. Siempre hay alguien.

HOMBRE.- (*Disculpándose*) No he podido deshacerme de ella.

MUJER.- ¿Por qué?

HOMBRE.- Estaba atado.

MUJER.- (*Fría*) Échala.

HOMBRE.- ¿Ahora?

MUJER.- Ahora.

HOMBRE.- Le he tomado cariño. ¡Tantas horas juntos!

MUJER.- O ella... o yo.

HOMBRE.- Está bien. (*Va a salir*)

MUJER.- ¡Aquí! Que yo te vea.

HOMBRE.- (*Coge un recipiente y orina*) ¡Ya está!

MUJER.- Échala del todo. (*El Hombre expulsa dos o tres chorritos más*) Muy bien, ahora sí. (*Pausa*) ¿Qué te ocurre? Te veo triste.

HOMBRE.- Me siento vacío.

MUJER.- ¿Comemos algo?

HOMBRE.- ¿Para qué?

MUJER.- Siempre dándome cortes. ¡No cambiarás nunca!

HOMBRE.- ¡Y tú siempre con ideas extravagantes!

MUJER.- ¿Comer es extravagante?

HOMBRE.- Como a ti te gusta hacerlo sí.

MUJER.- ¿Y cómo me gusta hacerlo a mí?

HOMBRE.- Comiéndotelo tú todo

MUJER.- ¡Cómo has cambiado!

HOMBRE.- ¿En qué quedamos? Me dices que no cambiaré nunca, y renglón seguido que cómo he cambiado.

MUJER.- ¿Ves? ¡Otro corte!

HOMBRE.- (*Después de una larga pausa*) ¿Te puedo hacer una pregunta?

MUJER.- Sí.

HOMBRE.- “¿Por qué?”.

MUJER.- Porque me gusta que me hagan preguntas.

HOMBRE.- (*Sonriendo*) Nooo... “¿por qué?”.

MUJER.- Porque preguntando se llegan a saber cosas que si no se preguntan nunca se saben.

HOMBRE.- ¡No te enteras! “Por qué”... es la pregunta.

MUJER.- ¿Por qué es la pregunta?... Tú sabrás. Tú has preguntado, no yo.

HOMBRE.- (*Nervioso*) La pregunta es “por qué”.

MUJER.- ¡Ah... “por qué”!

HOMBRE.- ¡Sí!... “¿por qué?”.

MUJER.- ¡UF! ¡Que pregunta! Pues... ¡Porque sí!

HOMBRE.- (*Desolado*) ¿Te puedo hacer otra?

MUJER.- Sí, pero no tan difícil.

HOMBRE.- (*Después de una pausa*) “¿Para qué?”

MUJER.- Para que pueda entenderla.

HOMBRE.- (*Da un fuerte golpe en la mesa con la mano*) ¡Esa era la pregunta! (*Doliéndose del golpe*)
¿Me vas a contestar o no?

MUJER.- (*Asustada*) Mejor... o no.

HOMBRE.- (*Pensativo*) ¿Qué hacemos aquí?

MUJER.- ¡Buena pregunta!

HOMBRE.- ¿Quién te ha dicho que eso sea una pregunta?

MUJER.- Como lo has interrogado...

HOMBRE.- A veces, se producen pensamientos en voz alta que no se pueden evitar, y claro... se confunden y confunden. “¿COMPRENDES PEDAZO DE ANIMAL?”... ¿Ves?. Un pensamiento que se me ha escapado.

MUJER.- Ya... ya lo he oído.

HOMBRE.- “RATA DE ALCANTARILLA”.

MUJER.- ¿Otro?

HOMBRE.- ¡Otro! “PERRA INMUNDA”... ¡Perdona! Se me escapan sin querer.

MUJER.- No te preocupes, me hago cargo. El pensamiento es libre y claro...

HOMBRE.- (*Gritando*) “ZORRA” (*Se tapa la boca*)

MUJER.- ¡Uy ese que alto!

HOMBRE.- (*Avergonzado*) Oye perdona, lo siento. Ya sabes... el pensamiento es así... libre como el viento.

MUJER.- No te disculpes, si te entiendo.

HOMBRE.- (*Gritando aún más*) “TU QUE VAS A ENTENDER ESTÚPIDA”.

MUJER.- ¡UHHH! ¡Que proyección! Otro así y te quedas ronco.

HOMBRE.- ¿A ti nunca te ha pasado?

MUJER.- Sí, pero cuando estoy a solas.

HOMBRE.- ¡Qué suerte!

MUJER.- No creo que sea cuestión de suerte. Probablemente ocurre que mis pensamientos son más tímidos.

HOMBRE.- “O QUE NO TIENES PORQUE NO PIENSAS, IMBÉCIL”.

MUJER.- ¡Otro!

HOMBRE.- Esto es como el hipo, te da... y para cuando quiere.



MUJER.- ¿Se te están escapando demasiados, no?

HOMBRE.- ¿Y qué hago?

MUJER.- Controla y cuídate, porque como se te escapen todos los pensamientos, te va a entrar amnesia.

HOMBRE.- (*Preocupado*) ¿Y eso duele?

MUJER.- Si te acuerdas... sí.

HOMBRE.- ¡Ayúdame por favor!... “GUARRA”.

MUJER.- Vamos a ver, procura dejar durante un ratito la mente en blanco. No creo que eso para ti resulte muy difícil.

HOMBRE.- Dicen que la mente nunca está en blanco.

MUJER.- ¿Quién dice eso?

HOMBRE.- Los científicos.

MUJER.- ¡Bah! Porque los científicos no han dado contigo... ¡pero si tu mente es una mina! La tienes sin estrenar. Como apenas la usas.

HOMBRE.- Eso es cierto.

MUJER.- Venga, relájate.

HOMBRE.- “COMO ME VOY A RELAJAR CONTIGO AL LADO CRETINA” (*Lloriqueando*) ¡Se me siguen escapando!



MUJER.- Tranquilízate. Te prometo que es el último que se te va a escapar. No pienses en nada. Saca la lengua. (*Él la saca. Ella apoya una mano sobre la cabeza de él, y la otra bajo la barbilla*) Así, ahora, ya sabes, deja la mente en su estado natural, en el tuyo, es decir en blanco. Cuando te venga un pensamiento, antes de que te salga por esa boca, me haces una señal con las manos, y ya verás como te quito esos pensamientos de la cabeza.

HOMBRE.- (*Hablando con la lengua fuera*) ¡Que buena eres, no sé que haría sin ti!

MUJER.- Estate pendiente, y si te viene uno, ya sabes, levanta la mano.

HOMBRE.- (*Pasan unos segundos. El Hombre alza una mano moviéndola en el aire, avisando de que un pensamiento va a salir. La Mujer aprieta sus manos presionando la cabeza de él y le pilla la lengua entre sus propios dientes*) ¡¡¡AHHH!!!

MUJER.- ¡Lo conseguimos! Un pensamiento que ha muerto en el intento.

HOMBRE.- (*Vuelve a levantar la mano, y la Mujer vuelve a presionar*) ¡¡¡AHHH!!!

MUJER.- ¡Otro menos!

HOMBRE.- (*Lo mismo*) ¡¡¡AHHH!!!

MUJER.- ¡Otro!

HOMBRE.- (*Cada vez levanta la mano con menos fuerza*) ¡¡¡AHHH!!!

MUJER.- ¡Esto funciona! ¡Muy bien cariño, sigue así! (*El Hombre levanta las manos un par de veces más y queda desfallecido. Pausa.*) ¡Bueno... esto ya está! Llevamos un tiempo prudencial esperando y parece que ya no sale ninguno.

HOMBRE.- (*Con la lengua dolorida*) “Y que ziga azí”.

MUJER.- ¡Que asco! Estás sangrando por la boca.

HOMBRE.- “¡Busho?”.

MUJER.- Mucho. Seguro que ese era un pensamiento muy gordo.

HOMBRE.- (*Con tristeza*) Pobrecito... “¿eztá muezto?”.

MUJER.- Totalmente. ¿Por qué lloras?

HOMBRE.- “Me da pena penzá que nunca más volvedé a tenezle”.

MUJER.- Yo sólo quería ayudarte. Es más, tú me lo pediste.

HOMBRE.- Y te lo agradezco. “No me hagaz cazo, eztoy muy zenzible”.

MUJER.- Ya sé porqué estás así. ¿Tienes la regla verdad?

HOMBRE.- “Que yo zepa no. La tienes tú, aunque por interferencia biológica la sufro yo”.

MUJER.- ¡Pobrecito! Me ayudas en todo, hasta en eso. (*Le observa la boca*) Ya ha dejado de sangrar. ¿Quieres una pastilla?

HOMBRE.- “Zi, pero te la tomaz tú para que a mí me haga efecto”.

MUJER.- (*Se toma la pastilla*) Cariño, yo agradezco ese compañerismo con el que compartimos enfermedades y dolencias. Pero me parece que deberíamos hacer algo al respecto. Estoy cansada de tomar medicamentos para curarte a ti.

HOMBRE.- Cuando tu enfermas, soy yo el que anda tomando potingues todo el tiempo.

MUJER.- ¿Y quién te manda? ¡Tú y tu manía de unir energías, de fusionar las mentes, de buscar la eclosión psicológica de los sentidos!

HOMBRE.- Yo sólo quería que estuviésemos más unidos. Quedamos en eso, ¿no?

MUJER.- Tienes un sentido de la unidad muy extraño, no crees? Una cosa es intentar comprendernos, acercarnos, entendernos... y otra muy distinta es esta rara solidaridad que estamos manteniendo y que nos está destrozando. Lo de antes al menos tenía un pase. Yo me encontraba mal... tú

también, yo mejoraba... tú mejorabas, yo padecía un resfriado... tú otro. Hasta ahí todo bien. Pero es que ahora, si el que se resfría o enferma eres tú, soy yo la que se tiene que medicar porque a ti los medicamentos no te hacen efecto.

HOMBRE.- ¿Y crees que a mí me gusta la situación? ¿Crees que me hace gracia que un día por ejemplo, te dé por tomar algo que a mí me siente mal? Si lo piensas detenidamente me tienes en tus manos.

MUJER.- En mi estómago es donde te tengo. Nunca debimos perder nuestra identidad. Y todo por la maldita regla. Todo empezó por ahí. (*Imitándole*) “¿Te duele mucho mi vida? ¿Qué puedo hacer por ti? ¡Ojalá la tuviera yo para evitarte sufrimientos!”. Tenía que haberme dado cuenta, se te veía venir.

HOMBRE.- Yo sólo quería ayudar.

MUJER.- Es que así no me ayudas. Tus ayudas me anulan.

HOMBRE.- Cuando te daban esos retortijones se me partía el alma.

MUJER.- Son mis retortijones. Me dan una vez al mes y no siempre.

HOMBRE.- Sólo quería ayudar.

MUJER.- Pues me ayudas de otra manera. Me das un masaje, me arropas, me haces tisanas calentitas...

HOMBRE.- ¡Te las hacía!

MUJER.- ¡Sí! ¡Y también te las bebías tú!

HOMBRE.- Para que no te quemaras. ¡Tardaban tanto en enfriarse!

MUJER.- También me podrías ayudar preparándome un baño, poniéndome cojines en los riñones... ¡qué sé yo!... pero no usando mis compresas.

HOMBRE.- Lo hacía para evitarte un engorro, por eso me las ponía.

MUJER.- ¡Claro! Tú te las ponías y yo me calaba hasta los pies. Además, nunca me han gustado las compresas.

HOMBRE.- Es que los tampones no me los puedo poner.

MUJER.- ¡Pero yo sí! ¡Te das cuenta de como eres? Deberías ir practicando y dejarme en paz con mis cosas, porque cuando me venga la menopausia te vas a aburrir como una ostra.

HOMBRE.- Aún queda mucho.

MUJER.- (*Repite con soniquete*) “Aún queda mucho”. Hay que hacer algo con esta situación. No



quiero ni pensar que un día por ejemplo, te tengan que operar de la próstata... ¡Conmigo no irás a contar!

HOMBRE.- No te pongas así, yo no tengo la culpa. ¡Mira lo que dijo el doctor, y el psiquiatra le apoyaba!... “Estamos ante un caso de absoluta comunión. Están tan unidos que él acusa todo lo que a ella le ocurre, tanto física como psíquicamente”.

MUJER.- ¿Eso dijo el doctor?

HOMBRE.- Los doctores.

MUJER.- ¿Qué doctores?

HOMBRE.- Ellos.

MUJER.- ¿Todos los doctores?

HOMBRE.- Eran dos.

MUJER.- ¿Qué dos?

HOMBRE.- Te lo he dicho antes. El doctor y el psiquiatra.

MUJER.- Antes dijiste dos doctores. Y ahora has dicho un doctor y un psiquiatra.

HOMBRE.- El psiquiatra también es doctor.

MUJER.- Entonces... ya van tres doctores.

HOMBRE.- Van dos.

MUJER.- Tres: el doctor, el psiquiatra y el psiquiatra doctor.

HOMBRE.- Dos: un doctor y un psiquiatra. El psiquiatra es un doctor, y un doctor también puede ser un psiquiatra.

MUJER.- Ya van cuatro: el doctor, el psiquiatra, el psiquiatra doctor, y el doctor psiquiatra.

HOMBRE.- Un doctor no tiene por qué ser psiquiatra forzosamente.

MUJER.- Ni un psiquiatra por qué ser doctor.

HOMBRE.- La psiquiatría es una especialidad. Vamos a ver si nos entendemos... yo, fui a visitar al... al galeno.

MUJER.- ¡Otro! Ya van cinco.

HOMBRE.- Es lo mismo.

MUJER.- ¿Es lo mismo ocho que ochenta? ¡Pero bueno, vamos a ver una cosa! ¿Por qué en vez de ir a tanta gente, no fuiste al médico como todo el mundo?

HOMBRE.- ¡Al médico fui!

MUJER.- ¿También? ¡Seis, ya van seis! No sigas, no sigas por favor. Por favor no sigas. Vas por ahí, contando mis intimidades a un montón de extraños. Contando cosas que sólo a mí me incumben,



y yo sin enterarme. ¡Eres un cotilla, siempre lo has sido y siempre lo serás!

HOMBRE.- ¡Un momento, un momento! Yo sería un cotilla si se lo hubiera contado todo, por ejemplo, a tu hermana en vez de al médico. ¿Le he contado yo algo a tu hermana? (Silencio) ¿Te he dejado sin argumentos, eh? ¡Llamarme cotilla! Yo no soy como tú, que te abres a cualquiera, está en tu naturaleza. ¡Tú, si que se lo hubieras contado todo a tu hermana!... ¡Si no se lo has contado ya! Pero yo no. ¿Le he contado yo algo a tu hermana?

MUJER.- ¡Pero si yo no tengo hermana!

HOMBRE.- ¡Más a mi favor!... ¿Ves como no he podido contarle nada a tu hermana? ¿Te das cuenta de que no soy un cotilla?

MUJER.- A... medias.

HOMBRE.- ¿Cómo que a medias? ¿Le he contado algo a tu hermana?

MUJER.- ¡Y dale con mi hermana!

HOMBRE.- ¡Contesta! ¿Le he contado algo?

MUJER.- ¿Pero a quién?

HOMBRE.- Evasivas no, ¿eh? ¡Evasivas no!

MUJER.- ¿Quién se evade?

HOMBRE.- Tú te evades.

MUJER.- ¿Yo me evado?

HOMBRE.- ¡Tú y tu hermana! Y contéstame de una vez, ¿le he contado yo algo?

MUJER.- ¿Pero... a quién?

HOMBRE.- ¡A tu hermana!

MUJER.- No... a ella no, como le vas a contar nada si...

HOMBRE.- (*Cortándola*) ¡Ah, Ah, Ah!

MUJER.- ...Si no tengo.

HOMBRE.- Eso es secundario.

MUJER.- (*Dolida*) ¡Que frío eres! ¿Es secundario no tener hermana?

HOMBRE.- En tu caso sí.

MUJER.- ¿Como que en mi caso sí?

HOMBRE.- Eres tan orgullosa que ni a tu propia hermana le perdonarías que se enterase de algo que yo le contase.

MUJER.- Por supuesto que no se lo perdonaría, ni a tí tampoco. Una cosa es una hermana, y otra la intimidad y los secretos.

HOMBRE.- ¿Qué clase de hermana es esa en la cual no confías? ¿No será que ella sí que es una cotilla y por eso no merece tu confianza?

MUJER.- ¡Mira ya está bien! Me vas a volver loca. Basta de hablar sobre hipótesis. Y te advierto: “Con mi hermana no te metas”.

HOMBRE.- ¡Pero si dices que no tienes!

MUJER.- ¡Por si acaso! La sangre es sagrada, y por ahí no paso.

HOMBRE.- Está bien, como quieras. Tengo la boca rota de frenar los pensamientos y de discutir contigo. ¡No puedo más!... ¿Nos tomamos una tregua?

MUJER.- Sí, pero con una condición.

HOMBRE.- ¿Cuál?

MUJER.- No hablar más de mi hermana.

HOMBRE.- ¡Prometido!

MUJER.- De acuerdo. ¡Venga esa tregua!

HOMBRE.- ¡Muy bien! *(El Hombre prepara un lugar, lo acomoda, y se acomoda. Le señala el sitio, ella acude y se sienta junto a él. Él la abraza y permanecen un rato en silencio)*

MUJER.- ¿Y bien?

HOMBRE.- ¿Y bien qué?

MUJER.- ¿Y la tregua?

HOMBRE.- Esto es la tregua. *(Silencio)*

MUJER.- ¿Esto es la tregua? (*Pausa*) ¿Un poco aburrida la tregua no?

HOMBRE.- Las treguas son así... tranquilas, descansadas, pausadas...

MUJER.- Incómodas... me estás clavando el codo.

HOMBRE.- Silenciosas...

MUJER.- (*Suena música*) ¡Otra vez!

HOMBRE.- ¿Ummm?

MUJER.- ...Como un zumbido.

HOMBRE.- Relájate. Todo está en calma.

MUJER.- ¿Es que no oyes?

HOMBRE.- Será el silencio, el ruido del silencio. De todas formas yo no oigo nada.

MUJER.- ¿Nunca te ha pasado que a veces los sonidos, los ruidos... parece que te quieran decir algo?

HOMBRE.- Si claro... que están robando, que algo se ha estropeado, que hay goteras...

MUJER.- ...Que eres imbécil.

HOMBRE.- La tregua, ¿recuerdas?. ¿Por qué no te estás quietecita aquí, junto a mí y te relajas, eh?



Vamos, venga... ¡relájate! (*Ella se abandona sobre él*)
No tanto.

MUJER.- ¿En qué quedamos?

HOMBRE.- ¡Como sigamos así, nos quedamos sin tregua!

MUJER.- ¿Tú crees?

HOMBRE.- ¡A ver! Se va, seguro que se va.

MUJER.- ¡No, que no se vaya! No podría soportarlo. Estoy agotada.

HOMBRE.- Las treguas son muy listas. Como no ten que no nos las tomamos en serio se enfadan, y cada vez se hacen más cortas... más efímeras, hasta desaparecer.

MUJER.- ¿Y a dónde iban a ir?

HOMBRE.- A las grandes peleas, a las grandes guerras... a esos sitios. Aunque allí tampoco se quedan por mucho tiempo... como nadie les hace caso. No las respetan.

MUJER.- ¡Pobrecillas! Con lo necesarias que son.

HOMBRE.- ¡Y que lo digas!

MUJER.- ¡Y digo yo... la nuestra no tiene por qué irse a esos sitios! ¡Como nosotros siempre tenemos grandes peleas, se podría quedar aquí!

HOMBRE.- No confundas. Nosotros tenemos peleas grandes, pero no grandes peleas. ¡Existe una gran diferencia!

MUJER.- ¿Y no es lo mismo?

HOMBRE.- ¿Cómo va a ser lo mismo? ¿Es lo mismo un Hombre grande, que un gran Hombre?

MUJER.- ¿No?

HOMBRE.- No. Un gran Hombre puede ser un enano. Y un Hombre grande... un cagón. ¿Qué miras?

MUJER.- Tú... ¿cuanto mides?

HOMBRE.- ¡Y yo que sé! ¿A dónde vas?

MUJER.- A buscar un metro.

HOMBRE.- ¡A ver si podemos mosquear a la tregua!

MUJER.- ¿Por buscar un metro se puede enfadar?

HOMBRE.- Por cosas más insignificantes lo ha hecho.

MUJER.- (*Retrocediendo*) ¡Uy la tregua que delicada!

HOMBRE.- ¡No lo sabes tú bien! (*A escondidas de ella se intenta medir a "cuartas". Pausa. Contento.*) ¡Parece que todavía está aquí!



MUJER.- Sí, eso parece. Resulta extraño, pero aún está aquí.

HOMBRE.- ¡Qué alivio! (*Bajando la voz*) Para que no se marche, podemos intentar no discutir, ¿de acuerdo?

MUJER.- ¿Sólo eso?

HOMBRE.- Eso sólo.

MUJER.- Oye... ¿y si por casualidad no volviéramos a discutir nunca más, la tregua qué... aquí siempre?

HOMBRE.- ¡Y yo que sé!

MUJER.- ¿Cómo que tú qué sabes? ¡Tú la has traído!

HOMBRE.- Tú también te la estás tomando, ¿no?

Mujer.- Pero porque tú la has traído.

HOMBRE.- Pero te la estás tomando. ¿O no?

MUJER.- ¿Ves como no podemos dejar de discutir? A estas alturas la tregua no se ha ido... ¡Se ha despedido!

HOMBRE.- ¿Por qué no intentamos hablar de cosas agradables sin discutir, de cosas que hayamos compartido de mutuo acuerdo en un momento determinado?

MUJER.- ¿Nos acordaremos?

HOMBRE.- No hace tanto.

MUJER.- ¿Para ti pasa muy rápido un siglo, no?

HOMBRE.- ¡Exagerada!

MUJER.- ¿Tú crees?

HOMBRE.- Ven aquí. (*Ella se acerca*) ¿Seguimos con la tregua?

MUJER.- ¡Sigamos!

HOMBRE.- (*Muy tierno*) ¿Recuerdas la primera vez que nos besamos?

MUJER.- (*Tierna también*) Perfectamente. Fue en una fiesta, junto al mar. Yo estaba sola, absorta. La gente bailaba, bebía, se divertía. Allí te besé.

HOMBRE.- No estábamos en ninguna fiesta junto al mar. Estábamos en un parque, cerca del cementerio. Hacía mucho frío y llovía a cántaros. Tenías el pelo y la cara mojados por la lluvia. Saqué un pañuelo, te sequé las mejillas, la frente, y cuando llegué a los labios, me detuve, los dejé mojados. Te alcé la barbilla, me incliné y te besé.

MUJER.- Fue en una fiesta, y era verano. Hacía calor. Tú estabas en un rincón, frente a mí. Charlabas con una Mujer rubia y no dejabas de mirarme.

La Mujer reía a carcajadas, tú sonreías apenas, pero no la escuchabas.

HOMBRE.- Fue en un parque, y era invierno. Yo nunca he estado en una fiesta charlando con una Mujer rubia mientras tú estabas sola. Además, no me gustan las fiestas.

MUJER.- A mí tampoco.

HOMBRE.- Entonces... ¿qué hacíamos allí?

MUJER.- Hay situaciones que no se pueden dominar. Una extraña fuerza me empujó hacia aquel lugar. Y a él acudí como una sonámbula.

HOMBRE.- Yo nunca he estado allí. ¡Oye... un momento! Si yo no estaba, entonces... ¿a quién besabas?

MUJER.- Llevabas una camisa lila preciosa. Te hacía juego con algo, pero no recuerdo con qué.

HOMBRE.- Yo no tengo nada de lila.

MUJER.- (*Mirándole fijamente*) Sí que lo tienes.

HOMBRE.- ¡Esto es el colmo! ¿Estás segura de que estamos hablando de la misma persona?

MUJER.- No cesabas de mirarme. Yo tampoco. Tu mirada me quemaba, me abrasaba por dentro. De repente, sentí como si me quedase sorda. No oía nada ni a nadie. Sólo mi corazón latiendo con

fuerza, y mi respiración entrecortada y jadeante. En ese preciso momento, supe que me estaba enamorando.

HOMBRE.- ¡Me has engañado, me estás confundiendo con otro!

MUJER.- De pronto sentí como si una mano invisible me alzara del asiento. Me vi de pie sin saber cómo, y sin saber cómo también, me dirigí hacia ti. Caminaba entre la gente apartando parejas, separando mesas, esquivando miradas. Sólo me interesaba la tuya.

HOMBRE.- Te perdonaría todo, tú lo sabes... cualquier cosa, menos que me confundas con otro. (*Pausa*) ¿Dónde estaba yo?

MUJER.- Tú estabas echado sobre la pared. Al verme venir te incorporaste. ¡Me esperabas!

HOMBRE.- Yo te conocí en invierno. ¿Dónde estaba?

MUJER.- La Mujer seguía hablando sola. Tampoco tú escuchabas. Éramos dos sordos que se comunicaban mirándose.

HOMBRE.- Yo nunca estuve allí. ¿A quién besabas?

MUJER.- La pobre se debió dar cuenta. Siguió la dirección de tus ojos, y se giró en el justo momen-

to en que yo llegaba a tu altura. La aparté enérgicamente de un manotazo. Resbaló... y se mató. Nadie le hizo caso. Todos estaban pendientes de nosotros. Te abarqué la cara con ambas manos y te besé en la boca. (Le besa)

HOMBRE.- (*Separándose*) ¡Asesina!

MUJER.- Fue un accidente.

HOMBRE.- Debería llamar a la policía.

MUJER.- No te creerían. El cadáver desapareció.

HOMBRE.- ¿Cómo que desapareció?

MUJER.- Creo que un coleccionista se la llevó. ¡Era muy hermosa!

HOMBRE.- ¡Qué barbaridad!

MUJER.- Cierro los ojos y aún siento tu boca, tu lengua, tu sabor, mezcla de alcohol y tabaco rubio.

HOMBRE.- Pero si yo no fumo... ni bebo.

MUJER.- En la fiesta sí.

HOMBRE.- A veces me das miedo.

MUJER.- ¡Que suerte tienes! “A veces”... Yo lo tengo siempre. Continuamente.

HOMBRE.- ¡Por favor, dime la verdad aunque me duela! Si yo no estaba en esa fiesta... ¿cómo es posible que me besaras?

MUJER.- Estabas en mi imaginación. Fue en verano cuando te vi la primera vez. Pensaba en ti a diario. Tú no sabías ni que yo existía. Imaginé mi propia fiesta, y en ella te besé por vez primera. ¿Nunca has besado a nadie con la imaginación?

HOMBRE.- Con la imaginación se desea besar, se desea la felicidad... se desea incluso la muerte. Pero ni se besa, ni se logra la felicidad ni se mata. *(Se oye un gran portazo)* ¿Qué ha sido eso?

MUJER.- La tregua. Se ha marchado.

HOMBRE.- ¡Lo que nos faltaba! *(Se miran. Un fuerte viento invade la estancia. Unas cortinas se elevan, vuelan algunos papeles. El HOMBRE no se inmuta, queda pensativo. La MUJER acude hacia el lugar de donde viene el viento. Éste, le revuelve el cabello. A duras penas consigue cerrar la abertura por la cual entra.)*

MUJER.- ¡Otra vez! ¿Oyes ahora? *(El HOMBRE deniega)* ¿Cómo es posible que no oigas nada? ¡Escucha bien! *(El HOMBRE se aparta haciendo un ademán de desgana)* Presta atención... ¡Alguien canta!

HOMBRE.- ¡Tus tripas cantan!

MUJER.- Tu aliento sí que canta. *(Pausa)* ¿A dónde vas?

HOMBRE.- A traer algo de comer. Y a lavarme los dientes. *(Sale)*

MUJER OFF.- Te tendrías que lavar el cerebro, y ni aún así, habría jabón suficiente para borrar toda la mierda que en él anida. (*Suspira*) Vivimos en un continuo eclipse, donde la penumbra se alarga interminablemente. ¿Qué he hecho de mi vida? ¿Qué has hecho con mi vida? (*Suspira. Entra el HOMBRE, trae una botella de vino y dulces*)

HOMBRE OFF.- Cuando decidimos unir nuestras vidas, nos prometimos quitarnos el miedo mutuamente. Yo, el tuyo. Y tú, el mío. Lo engordamos como se ceba a un cerdo, con el fin de aniquilarlo. Pero nos falta el arma que lo extermina. No hay cuchillo en el mundo lo suficientemente afilado para desgarrar sus entrañas. ¡Demasiado tarde! Todo inútil. Inútil como tú. (*Suspira*)

MUJER OFF.- Me llamas inútil constantemente, y siempre olvidas que incluso un reloj parado marca la hora exacta dos veces al día. ¿Por qué siempre ando equivocándome? ¿Por qué nunca acierto?

NIÑA OFF.- (*Cantando*) “RICOTÍN-RICOTÁN-DE LA VERA, VERA VAN-EL PALACIO LA COCINA-¿CUÁNTOS DEDOS TENGO ENCIMA?-”

MUJER.- ¡Cinco!

NIÑA OFF.- “TRES”

HOMBRE.- ¿Cómo has adivinado que hay cinco?

MUJER.- (*Alegre*) ¿Hay cinco?

HOMBRE.- Sí. (*Le muestra los dulces*).

MUJER.- (*Triste*) ¡Casualidad!

HOMBRE.- (*Le acerca la bandeja*) Dos para ti, y dos para mí.

MUJER.- ¿Y el otro?

HOMBRE.- A medias. (*Le da la mitad*)

MUJER.- ¿Queda algo más?

HOMBRE.- No.

MUJER.- Siempre andamos con lo justo de comida. Si tuviésemos hijos, no sé que íbamos a hacer.

HOMBRE.- Por eso no te preocupes. Ya sabes que “donde comen dos, comen tres”.

MUJER.- Pues vete preparando porque... “no hay dos sin tres”.

HOMBRE.- ¡Lo que nos faltaba! “Éramos pocos y parió la abuela”.

MUJER.- ¡Me siento tan sola!

HOMBRE.- Los dos estamos igual de solos.

MUJER.- Yo más. Recuerda: “Más vale solo que mal acompañado”.

HOMBRE.- ¿Sufres verdad?

MUJER.- Sí. Sufro una crisis de identidad.

HOMBRE.- ¡Pobrecita! Yo te ayudaré. “Dime con quién andas, y te diré quién eres”.

MUJER.- “Sólo sé, que no sé nada”.

HOMBRE.- Sí sabes.

MUJER.- No sé.

HOMBRE.- “El que sabe que sabe, y hace alarde de que no sabe, aún sabiendo que sabe, es un sabio, síguele”.

MUJER.- “Y el sabe que no sabe, y hace alarde de que sabe, aún sabiendo que no sabe, es un necio, húyele”.

HOMBRE.- Me voy a dormir, mañana hay que madrugar.

MUJER.- “No por mucho madrugar, amanece más temprano”.

HOMBRE.- Puede. Pero “a quien madruga, Dios le ayuda”.

MUJER.- Además, “dormir no es vivir, sino apariencia de morir”.

HOMBRE.- Tengo sed. (*Coge la botella de vino e intenta abrirla*)

MUJER.- Hace frío, va a llover.

HOMBRE.- (*Lucha por abrir la botella*) “Al mal tiempo, buena cara”.

MUJER.- (*Se le acerca, le quita la botella y la abre sin esfuerzo*) “Más vale maña que fuerza”. (*Se la da*)

HOMBRE.- “Tonterías, las precisas”.

MUJER.- Lo que ocurre, es que “yo pienso, luego existo”.

HOMBRE.- “Piensa el ladrón que todos son de su misma condición”.

MUJER.- No es eso, pero... “El que más sabe, más vale”.

HOMBRE.- “Del lince tengo la vista. Y ni sabiendo ni valiendo, sino mirando me convertí en artista”.

MUJER.- “Con gente de teatro, no tengas trato”.

HOMBRE.- “A palabras necias, oído sordo”.

MUJER.- “Te voy a dar, y no van a ser besos”

HOMBRE.- “Perro ladrador, poco mordedor”.

MUJER.- “El que la sigue, la consigue”.

HOMBRE.- “El que la busca, la encuentra”. (*Se toca los genitales groseramente*).

MUJER.- ¡JA! ¡Impotente!

HOMBRE.- “Lo bueno, si breve, dos veces bueno”.

MUJER.- “Mal de muchos, consuelo de tontos”.

HOMBRE.- “Cuando mandan las armas, (*Repíte el movimiento grosero anterior*) no hay ley que valga”.

MUJER.- “Por la ley de Mahoma, tan maricón es el que da, como el que toma”.

HOMBRE.- “Pero por la de Cristo, el que da, es más listo”.

MUJER.- “Compañía no engañosa: Yo y mi sombra”.

HOMBRE.- “Contra lo mal aprendido, el remedio es el olvido”.

MUJER.- “El ausente... como se fue de la tierra, se va de la mente”.

HOMBRE.- (*Señalándola con sorna*) “El profeta Chirivía, que adivinaba lo que ya sabía”. (*Come un bocado de dulce*).

MUJER.- “Cuando masques, no chasques”.

HOMBRE.- “Cuanto más vieja, más pelleja”.

MUJER.- “De cintura abajo, no hay Mujer que pase de los treinta años”.

HOMBRE.- “Lámala puta aunque no lo sea, pero ni vieja ni fea”.

MUJER.- “Eres como la manzana, de dentro podrida, de fuera sana”.

HOMBRE.- Y tú “eres un animal de pelo largo e ideas cortas”.

MUJER.- “¡Cabeza grande! Muchos mocos y talento poco”.

HOMBRE.- (*Coge un palo*) “La nuez y la Mujer, a palos se han de vencer”.

MUJER.- (*Se abre la blusa y se saca los pechos*) “Dos tetas pueden más que dos carretas”.

HOMBRE.- (*Se le cae el palo y las babas*) “Dame gordura y te daré hermosura”.

MUJER.- ¡Shsss! “Dos orejas y una sola boca tenemos, para que oigamos más que hablemos”. (*Le ordena suavemente con la mano que se siente. Él obedece y toma asiento*) “Quien calla y obedece, es cabrón dos veces”. (*Se abrocha la blusa y ríe a carcajadas*)

HOMBRE.- (*Encolerizado, va hacia ella y la coge del pelo*) “Cuando la alegría a la sala llega, va subiendo el pesar por la escalera”.

MUJER.- (*Soltándose*) Te advierto que “ira de Mujer, trueno y rayo es”.

HOMBRE.- (*La sigue, amenazándola con el dedo*) “Impedir lo que ha de ser, no puede ser”.

MUJER.- (*Sujetándole el dedo*) “Con cada miembro, el oficio que convenga. No hables con el dedo, pues no coses con la lengua”.

HOMBRE.- (*Tira de su dedo y la alcanza*) “Ir contra la corriente, casi nunca es conveniente”.

MUJER.- “Al pan, pan. Y al vino, vino”.

HOMBRE.- (*Le agarra los labios en un pellizco*) “En boca cerrada, no entran moscas”.

MUJER.- (*Con sorna*) “Carta cerrada, si no la abres, no dice nada”.

HOMBRE.- “Bromeando, bromeando... amargas verdades se van soltando”.

MUJER.- “La verdad, cuando no ofende, duele”.

HOMBRE.- (*La tumba en el suelo*) “Sin tacha ninguna, no hay Mujer ni mula”.

MUJER.- (*Soportando su peso*) “Cuando la mierda se sube a lo alto, más apesta y da más asco”.

HOMBRE.- ¡JA! “El Hombre y el oso, cuanto más feo, más hermoso”.

MUJER.- (*Ríe*). “Dime de que alardeas, y te diré de que careces”.

HOMBRE.- “El tonto nace, y el sabio se hace”. (*Se levanta orgulloso*)

MUJER.- (*Desde el suelo*) “Si sabio no te hiciste, tonto naciste”.

HOMBRE.- “Explicáte bien que te quiero entender”.

MUJER.- (*Incorporándose*) “A buen entendedor, pocas palabras bastan”. (*Él hace ademán de agredirla, se arrepiente y se aleja. La MUJER se sienta y llora en silencio*).

HOMBRE.- “Lo que la Mujer no consigue hablando, lo logra llorando”. (*Saca la botella de vino y dos copas*)

MUJER.- (*Observando*) “Hombre demasiado cortés, falso es”.

HOMBRE.- (*Se llena su copa y la bebe de un trago*) “Si el vino viene, viene la vida”. (*Vuelve a llenarla hasta arriba y a la de ella, le echa apenas un chorrito. Se la ofrece*)

MUJER.- (*Comparando su copa con la de él*) “Quien parte y reparte, se lleva la mejor parte”. (*Se bebe el vino, e intenta coger la copa de él*)

HOMBRE.- (*Sujetándole la mano con fuerza*) “Llá-mame perro judío, pero no te lleves nada mío”.

MUJER.- “¿Cómo habiéndonos tanto amado, a este extremo hemos llegado? (*Suspira*)

HOMBRE.- “Alma triste, ¿suspirste o te peiste?”.



MUJER.- “Esta es la gota que rebosa el vaso”. (*Busca una vieja maleta, mete dentro algunas cosas, coge su chaqueta y va a ponérsela, pero él se lo impide*)

HOMBRE.- (*Disculpándose*) “Humano es el errar y divino el perdonar”.

MUJER.- (*Vuelve a intentar ponerse la chaqueta*) “La paciencia tiene un límite”.

HOMBRE.- (*Se la vuelve a quitar*) “Contigo pan y cebolla”.

MUJER.- (*Recupera la chaqueta*) “Contigo, ni a la esquina”.

HOMBRE.- ¡No te vayas! “La noche para pensar y el día para obrar”.

MUJER.- “Más vale tarde que nunca”.

HOMBRE.- (*Impidiéndole el paso*) “Cuando digo no, es no”.

MUJER.- “Peludo y cabezón... ¡Menudo bombón!”.

HOMBRE.- “Más vale malo conocido que bueno por conocer”.

MUJER.- “Una y no más Santo Tomás”.

HOMBRE.- “Más vale pájaro en mano, que ciento volando”.

MUJER.- Más vale que te calles.

HOMBRE.- (*Ofreciéndole su copa*) “Lo tuyo mío, y lo mío de los dos”.

MUJER.- (*Da un manotazo y tira la copa al suelo*) “Para que el vino sepa a vino, se ha de beber con buen amigo”.

HOMBRE.- (*Llorando*) “Donde no andan manos de Mujer, ¿qué cosa delicada puede haber?”.

MUJER.- “No sé lo que me pasa, no se me tienen los piés en casa”. (*el HOMBRE llora exageradamente*) “Llora como Mujer, lo que como Hombre no supiste defender”.

HOMBRE.- “La Mujer en el hogar, su limpieza, su cocina y su labrar”.

MUJER.- “No te enrolles Charles Boyer”.

HOMBRE.- “Dios, que como Dios, pudo escoger, quiso hacerse Hombre y no Mujer”.

MUJER.- “Según esa afirmación, o Dios no existe, o se equivocó”. (*EL HOMBRE patatea y chilla desde el suelo*) “Genio y figura hasta la sepultura”. (*LA MUJER se enternece, se le acerca y le acaricia la cabeza*) “Agua que no has de beber, déjala correr”.

HOMBRE.- (*Se incorpora, le besa las manos, y habla con ímpetu*) “Pídeme la luna y te la traeré”.

MUJER.- ¡Traémela!

HOMBRE.- (*Cortado*) ¿Ahora?

MUJER.- Sí, ahora. (*EL HOMBRE baja la cabeza derrotado*) “La cagaste, Burt Lancaster”.

HOMBRE.- (*Va hacia ella, le besa el pelo, el cuello, la oreja...*) “El amor y la luna se parecen, menguan cuando no crecen”. (*LA MUJER deja caer la maleta. EL HOMBRE le quita la chaqueta y la arroja lejos. La abraza, le acaricia todo el cuerpo, mete la cabeza entre sus senos, gime, suspira. LA MUJER se deja hacer*).

MUJER.- (*Con voz mecánica, entre absorta y triste*) “La novedad es flor de un día, hoy ya no luce lo que ayer lucía”.

La música lo invade todo. EL HOMBRE, sin dejar de acariciarla, la lleva hasta una silla, la sienta, se arrodilla ante ella, le abre las piernas, le besa los muslos, las ingles, el vientre... LA MUJER queda presa de la música. Él, parece no oír nada. Saca una cuerda, y sin dejar de besarla y acariciarla, la va atando. Se quita el pañuelo del cuello y la amordaza. Se aleja de ella y se sienta en el otro extremo de la estancia. La imagen, es la misma que la del principio de la obra aunque sus posiciones estén invertidas.

NIÑA OFF.- (*Cantando a “capela”*)

“La noche no duerme,
que grande es mi cama,
tengo los pies frios,
y tú no me tapas.

siete lunas blancas,
sobre un cielo negro,
todas en mi casa,
y yo no me duermo”.

(Mientras se oye la canción, la luz va bajando hasta el oscuro total)

TELÓN



notas

PROPUESTAS DE DEBATE

1. ¿Crees que es maltrato los insultos que se le escapan al hombre involuntariamente?





notas

PROPUESTAS DE DEBATE

2. ¿Puede ayudar la mujer a la recuperación del maltratador?



notas

PROPUESTAS DE DEBATE

3. ¿Crees que la mujer tiene una actitud defensiva u
ofensiva?







EL DÍA QUE MI HIJA ME LLAMÓ PUTA

MARÍA JESÚS BAJO





MARÍA JESÚS BAJO

María Jesús Bajo Martínez nació en Arenillas de Valde-
raduey (León), aunque vive en Sevilla desde los dos años.
Es licenciada en Filología Hispánica por la Universidad
de Sevilla. Ha escrito varios artículos de investigación tea-
tral y es coautora en publicaciones colectivas relacionadas
también con este tema. Ha impartido conferencias y par-
ticipado en mesas redondas sobre el teatro del siglo XX,
y especialmente sobre las artes escénicas en Andalucía.
Ha colaborado en diferentes proyectos de investigación
teatral. También ha realizado estudios sobre autores dra-
máticos andaluces contemporáneos. Ha escrito guiones
para televisión y es autora de obras de teatro, la mayoría
dedicadas a un público infantil y juvenil.





EL DÍA QUE MI HIJA ME LLAMÓ PUTA

PERSONAJES (por orden de aparición):

MUJER

VIAJERO 1

VIAJERO 2

VIAJERO 3

VIAJERO 4

VIAJERA 1

VIAJERA 2

VIAJERA 3



En el autobús, que acaba de parar, hay un indeterminado número de Viajeros, de sexo y edades varios, sentados y también de pie. Varias personas suben al vehículo, entre ellas la MUJER, de edad indefinida y aspecto cansado, que busca un asiento con la mirada. Lleva una bolsa de plástico en cuyo interior se adivina una caja de zapatos. La MUJER puede expresar sus pensamientos y sus observaciones –entrecomillados en el texto– en voz alta, aunque también cabe el recurso de la voz en off.

MUJER.- (*Pide paso a otra Viajera*) Perdón.

«Cuánto ha tardado, creí que habían quitado la línea ¡Qué de gente! (*Uno de los recién llegados, un hombre de mediana edad, intenta adelantarse.*) El que faltaba. ¡A que se cuele y se sienta el primero! ¡No lo soporto! (*Con alivio.*) ¡Uy, un asiento vacío!»

MUJER.- (*Se dirige al Viajero 1, que está ante el asiento.*) ¿Se va a sentar?

VIAJERO 1.- No, no.

MUJER.- Gracias.

«¡Qué suerte! Menos mal que me he sentado pronto. Si tengo que ir como ayer, de pie hasta el barrio, me da algo. Y es que no puedo con las piernas. Cada vez las tengo peor. Voy a bajar-

me la falda para que no se me vean las arañitas. ¿Arañitas? Principios de varices... Bueno tampoco están tan mal. El compañero de en frente bien que me las mira. Como el día que la encargada le llamó la atención de ensimismado que estaba. Es verdad, así con las medias... ¡Pero ya no son lo que eran! Y es que el trabajo me está matando. No puedo más. Debería hacer un poco de ejercicio. ¿Más todavía? Levantada desde las seis y cuarto y todo el día de pie, corriendo de un lado para otro. Y cuando llegue a casa... ¡Ésa es otra! Otra vez a correr. Todo por hacer... Y nadie me echa una mano, ¡qué algo podían hacer! ¡Y la niña! Por lo menos podía recoger sus cosas. El cuarto parece una leonera. La ropa interior tirada por el suelo... No sé cómo no le da vergüenza que vengan sus amigas. Por más que le digo. ¡Como el sábado se lo arreglo yo! Todo el tiempo con el ordenador, o con el móvil. ¡En la hora que le compramos el móvil! No, está bien para cuando sale, así puedo saber dónde está, si me lo coge, claro»

Suena el móvil de un pasajero. Va de pie, agarrado a la barra, y lee un libro.

«A ver con qué mano lo saca. Siempre está leyendo. Hasta de pie, no sé cómo lo hace. A ver si puedo ver el título... No hay manera. A mí tam-

bién me gustaría leer, aunque dicen que no es bueno, que produce desprendimiento de retina... Pero un ratito todos los días... sí podría leer algo, porque por las noches estoy muerta y deseando acostarme. No leo un libro desde las vacaciones. Siempre me gustó, de pequeña leía a escondidas durante la siesta en verano, con la habitación llena de sol. Tengo que pedirle algún libro a Marga, pero que sea bonito, no quiero más penas. Podría leer... y, por qué no, volver a estudiar, acabar el bachillerato... y después quién sabe. La vecina de abajo, y es mayor que yo, estudia psicología en la UNED; pero con el horario que tengo, la casa, y la niña... Le hago falta. Mejor la ayudo a ella, y cuando acabe, y ya no me necesite, puedo intentarlo. Lo primero es ella... Yo ya tengo la vida hecha. *(Pausa. El autobús frena bruscamente.)* Otra parada.»

VIAJERO 2.- *(Sentado al lado de la Mujer. Se levanta para bajar.)* ¿Me permite?

MUJER.- Sí, pase.

VIAJERO 2.- ¡Qué horror cómo está el tráfico con las obras!

MUJER.- Hoy no llegamos... Menos mal que ya vamos de vuelta.

VIAJERO 2.- La ciudad quedará muy bonita cuando las acaben, pero mientras tanto...

MUJER.- Sí, es verdad.

(Suben nuevos pasajeros.)

«Debería sacarme el carnet, pero qué pereza. Total, estaría en el mismo atasco. Miguel dice que yo no sirvo para conducir. Será porque lo dice él. Que soy muy despistada, que siempre estoy en Babia. Ya me concentraría. ¡Ay! ¡Quién está ahí! Espero que no me vea. Voy a mirar por la ventanilla. ¡Qué vergüenza si me reconoce! Y es que no es muy normal echarse a llorar porque llueve y abran un paraguas para que no te mojes. No, no es normal, pero tampoco lo es, en estos tiempos, ser tan amable con una desconocida. Parecía una escena de película en blanco y negro. Yo mojándome bajo la lluvia y él resguardándome en su paraguas... Me ha visto ¡qué vergüenza! ¡Seguro que me he puesto como un tomate! No está mal..., con la barba sin afeitar... Es alto... Pero qué digo, si es un mocoso. Bueno, no tan mocoso... La verdad es que fue un detalle, todo un detalle. ¡Y es que estoy tan falta de detalles! Todo el mundo me pide, con exigencias, con prisas. En el trabajo, Miguel, mi madre..., hasta la niña. ¡Que a veces me entran ganas de...!

Ya estamos en el cruce. ¿Y si el autobús tomara por la otra calle? ¿Y si se saliera de la ruta y fuésemos a parar yo qué sé a dónde, a un sitio desconocido? ¿Y si no se detuviera nunca? Si saliéramos a la carretera ahora de noche, adelante, adelante, viendo sólo la línea blanca iluminada por los faros... Siempre pienso lo mismo...».

(Nuevo frenazo del autobús.)

VIAJERO 3.- *(Cayendo sobre la Mujer.)* Perdone.

MUJER.- *(Casi sin darse cuenta.)* No ha sido nada, no se preocupe.

Mientras el autobús está parado, la Mujer mira por la ventanilla.

«Qué traje más bonito. Es de los que se llevan este año, como el que me probé en la tienda del centro. Pero éste es más apropiado para la comunión. Nunca hago eso. ¿Para qué me voy a probar un vestido que no voy a comprar? Pero sabía que me quedaba bien, que estaba hecho para mí... Era como una segunda piel: el color, el escote, la espalda... Como antes, cuando era joven. Me sentí tan bien por un momento... Pero está fuera del presupuesto. ¿Y dónde voy a ir con ese vestido? Me lo pondría como mucho una o dos veces.

Ese otro me quedaría bien, aunque es más feo, a ver si mañana también se para el autobús en el semáforo y lo veo mejor. El traje de chaqueta está ya más visto, y más antiguo... ¡Me tengo que comprar algo! ¡Qué preciosidad de vestido! En ese color a la niña le quedaría estupendo. Pero esa boutique es cara... y tiene el blanco... (*El autobús arranca.*) Miguel se iba a poner... (*Imitando al marido.*) “¡Otro vestido! ¡No haces más que gastar!” ¿Gastar yo?... Cuando estaba soltera sí que vivía como una reina. Todos los meses me compraba algo, y hasta ahorra un poco. Salía con mis amigas... Hasta las nueve ¡igual que ahora! Nunca podía ir al cine, porque me tenía que marchar antes de que acabara la película... Y antes de salir tenía que dejarle toda la casa limpia a mi madre, y las habitaciones de mis hermanas recogidas. Nunca pude ir de viaje, ni a una excursión... ¡Desengáñate! Tú nunca has vivido como una reina... Con unos zapatos rojos como los de esa chica, le quedaría ideal. Mañana, no, el jueves, que salgo antes, me paro y pregunto... Porque total, yo cambiándole los botones al traje de chaqueta... Y puedo intentar cambiarle el cuello también. Los zapatos negros no están mal, y el bolso, le pido uno a mi cuñada. Eso, me pongo encima una pasmina... o pasmira..., o como se llame. Vamos, un chal de toda la vida. Disi-

mula y queda moderno. Nadie se dará cuenta de que es el traje de siempre... Total, si yo no voy a ningún sitio... Prefiero que todo el mundo vea a mi niña guapa y con traje nuevo.

Marga dice que la estoy malcriando, que ya es mayor. Me riñe porque yo no me compro nada y todo es para la niña. Me quiere mucho, pero ella no lo entiende. Como no tiene hijos... Dice que la estoy convirtiendo en una déspota. ¡Qué exageración! Pero un poquito de razón lleva, porque la niña tiene su carácter, sí. Aunque no me gusta reconocerlo. Eso dice también, que siempre la estoy disculpando. Es verdad, ¿pero qué voy a hacer? Aunque últimamente hasta mi suegro, que el hombre no se mete en nada, lo dice. Nunca debí quedarme con una hija sola. Pero cualquiera convencía a mi marido y a su madre: “que si uno sólo es mejor”, “que si todo para ella”. ¡Los hombres! Antes porque no se preocupaban de nada, y venga hijos, y ahora porque se meten en todo. Quizás un hermano le habría venido bien, y de mayor no estaría tan sola. Puede que fuera más generosa, y menos rebelde. ¡Porque qué rebelde está! Y vaya vocabulario. ¡Con lo que yo me reprimo para no decir ni un taco! Se ha vuelto tan caprichosa... Y como se le lleve la contraria... A veces pienso que no hemos sabido educarla,

que no he sabido educarla, porque su padre poco se ha preocupado. Pero ella es buena... Son esas amigas que tiene. ¡Muy adelantadas me parecen a mí! ¡Con esas ropas y esas pintas! Cualquiera día de estos van a dar un disgusto a sus padres.»

MUJER.- (*Reparando en el Viajero 3, un hombre bastante mayor que guarda el equilibrio a duras penas. Se levanta.*) Siéntese aquí.

VIAJERO 3.- No gracias, no se moleste.

MUJER.- Yo ya me bajo. No se preocupe.

VIAJERO 3.- Me da apuro que se tenga que levantar usted habiendo tanta gente joven sentada.

VIAJERA 1.- Si esta juventud de hoy no se mueve, no tiene educación.

VIAJERO 3.- No tienen respeto por nada.

VIAJERA 1.- Tiene usted razón.

VIAJERO 3.- No sé qué educación les dan los padres en su casa.

MUJER.- «¡Otra vez de pie! Podías ser un poco menos cívica. ¡Qué más da!... Es de noche ya. Lo prefiero, no se nota tanto lo pálida y lo cansada que estoy. ¡Qué bonita está la ciudad! Las luces, los escaparates iluminados. La realidad parece otra. Me acuerdo que de pequeña, en un *Estudio*



1 decían que a los que les gustan las luces y los objetos brillantes son seres primitivos. Pues yo debo ser muy primitiva, porque me gustan. No me acuerdo del título, ni del autor, pero los protagonistas eran Carlos Larrañaga y María Luisa Merlo. Todavía estaban casados ¡Lo que ha llovido!... Me gustan, me gustan desde el primer día que llegué del pueblo y vi cómo se reflejaban las luces de la calle en la cristalera del rellano de la escalera. Me entraron unas ganas de vivir enormes... Todavía me pasa de vez en cuando... Como en Madrid, y las ciudades grandes, que se oye el murmullo de la ciudad, y parece que te llama a zambullirte dentro...

De Madrid es la tutora de la niña. ¡Qué vergüenza pasé cuando me llamó el otro día! No puedo creer que tenga esa actitud en clase... Aunque si se porta como en casa... ¡Cómo me gustaría que estudiase una carrera! ¡Que tuviera un trabajo mejor que el mío y que no se le reventaran las piernas como a mí! No tendría que aguantar a un jefe baboso, porque se podría ir a otro sitio, ni a una encargada amargada, ni a las pelotas de las compañeras. ¡Pandilla de trepas! Pero... ¿cómo lo consigo? De pequeña era tan aplicada y sacaba tan buenas notas... No sé qué

le ha pasado. No coge un libro, todo el día tirada en la cama, y con las amigas, y los amigos, sí los amigos... ¿Cómo serán? Apenas los conozco.»

(Una Mujer joven se levanta y se acerca a la salida.)

VIAJERA 2.- *(En tono confidencial.)* ¿Ha visto como lleva el ojo?

MUJER.- Sí, menudo moratón.

VIAJERA 3.- Cada día es una cosa.

VIAJERA 2.- Y en verano va siempre con una rebeca...

VIAJERA 3.- ... porque tiene los brazos llenos de cardenales.

VIAJERA 2.- ¡Tan joven y tan guapa!

VIAJERA 3.- ¿Y esa madre, no lo verá? Porque a mí me hacen algo así a una hija...

MUJER.- Hacen algo así a mi hija y no sé...

VIAJERA 2.- Porque mi Paco tendrá sus cosas, pero a mí nunca me ha puesto una mano encima.

VIAJERA 3.- Buena soy yo para consentirlo.

MUJER.- No, ni a mí tampoco.

«Bueno, ni encima ni debajo, porque desde hace tiempo es como si no existiera para él, aun-

que, en el fondo, ya no sé si me importa. (*Una Viajera la empuja.*) ¡Que se me cae la bolsa! Podía tener más cuidado la señora, menos mal que no es una cosa que se parta. ¡A ver qué le parecen las zapatillas! Son muy graciosas, a Toñi le han gustado mucho y me ha preguntado que dónde se las había comprado. Le han parecido caras. Un poco caras sí que son, pero lo tenía ahorrado de los desayunos, y le hacen falta. Bueno, mucha falta no. Espero que le gusten, porque el otro día me tiró los pendientes de su cumpleaños a la cara, casi me da en un ojo. ¡Con lo bonitos que eran! Con su perlita... Es posible que fueran un poco clásicos, aunque a mí me parecían muy finos. No era para ponerse así. Se pueden decir las cosas de otra manera. ¡Cuando se pone nerviosa! Me entraron ganas de darle un guantazo. Dicen que una bofetada a tiempo... Pero creo que ya se me pasó el momento. Le dije que no iba a comprarle nada en una temporada, pero no puedo evitarlo. Ésas son cosas de la edad. La verdad es que desde que nació no vivo más que para ella, con sólo verle la cara se me quita todo, hasta el dolor del alma. Cuando la miro dormida me parece un ángel. ¡Tan mayor! ¿Cuándo ha crecido? Si hace nada corría por la cama a gatas para que no le pusiera el pañal. ¡Con esos ojitos que tenía! ¡Qué de prisa pasa el tiempo! Me he quedado sin

niña. (*Mira por la ventanilla.*) Bueno, ésta es. A ver si me voy a pasar de parada como el otro día, que me dormí y tuve que volverme casi desde el final de la línea.

MUJER.- (*Se levanta.*) Hasta mañana.

VIAJERO 4.- ¿Qué, para casa?

MUJER.- Sí, que ya es hora. (*A otro Viajero.*) ¿Se va a bajar?

«¿Llevo la bolsa? Sí. No se me vaya a olvidar. Estoy deseando llegar a casa y ver qué me dice».

Sale.

TELÓN

PROPUESTAS DE DEBATE

1. ¿Crees que la protagonista es una mujer maltratada por su hija?



notas

PROPUESTAS DE DEBATE

2. ¿Es culpa de ella por ser demasiado permisiva?



notas

PROPUESTAS DE DEBATE

3. ¿Qué crees que pasará con la vida de la protagonista cuando su hija se marche de su casa?







RITA

ISABEL MARTÍN SALINAS





ISABEL MARTÍN SALINAS

Isabel Martín Salinas (Adra -Almería- 1957) es profesora de Lengua y Literatura Españolas; compatibiliza la enseñanza con la creación literaria, la dirección escénica y la interpretación. Pertenece a la Asociación Cultural y Literaria La Avellaneda, participa en recitales poéticos y colabora con publicaciones digitales. En su trayectoria literaria ha abordado diversos temas y géneros. Colabora como guionista en el Magazín “A pleno sur”, de Canal Sur Radio, Almería (1989-1992); escribe textos narrativos: El orden sentimental (1986-90); Las tribulaciones de Joaquín (1992), Sombra mía, finalista del IX Certamen de Declaraciones de amor. Ayuntamiento de Málaga (2009); y artículos: En torno a Saint-Simon, La Utopía de Tomás Moro, La democratización de la lengua, Corruptelas, entre otros. Pero es en el teatro donde centra principalmente su labor creativa. Es autora de los siguientes textos dramáticos, muchos de ellos estrenados: Un día en el parque (1995); Un soplo de viento (1995); El carrito (1996); Los excursionistas (1996); El sótano (1997); Río abajo (2000); Terapia (2001); Verano del membrillo (2001); Parábola del chorizo (2003); Collar de cerezas (2004); No eran mis hijos (2004); Voces de Las





Letanías (2005); El hoyo 18 (2008); Luis Braille in memoriam. (2009). Segundas partes (2009); El pozo. La noche de Diógenes. ¡Menos cuento! Instituto de Estudios Almerienses (2007). En 2000 funda en Sevilla la compañía independiente Céfitro Teatro, para la que escribe, dirige e interpreta en la actualidad.







RITA

PERSONAJES:

RITA, VÍCTIMA DEL CONTUBERNIO MACHISTA DE SU TIEMPO.
SU MARIDO, ESPÉCIMEN TÍPICO DE SU ÉPOCA Y DE TODAS LAS
ÉPOCAS.

EL FRANCÉS, SU AMANTE.

LA AUTORA QUE ESCRIBE SU HISTORIA.

*La acción, en la actualidad, y en los años sesenta y setenta
del siglo XX. En cualquier lugar de España.*





Época actual. Despacho: una mesa, una silla giratoria, un ordenador, una lámpara encendida. Sentada frente al ordenador, la AUTORA trata de repescar alguna idea. Fuma, piensa. Bajo una luz onírica aparece RITA.

AUTORA.- Te estaba esperando, Rita.

RITA.- Lo sé. Te he llamado sin voz.

AUTORA.- ¿Qué quieres que escriba?

RITA.- Mi vida.

AUTORA.- Me faltan datos; ese es el problema.

RITA.- Sabes lo suficiente.

AUTORA.- Sí. Es verdad. Pero me faltan los detalles. Los detalles son fundamentales.

RITA.- ¿Tienes una fregona?

AUTORA.- Claro. Espera.

Sale y vuelve con la fregona. Rita empieza a barrer el suelo.

AUTORA.- Yo nunca fui a reírme de ti, Rita.

RITA.- Lo sé.

AUTORA.- Cuando alguna vecina me decía: “Vamos a reírnos de Rita, mientras barre el suelo con

la fregona”, yo la acompañaba, y me daba tristeza verte. Eras una ingenua, Rita.

RITA.- Nadie me quiso.

AUTORA.- Lo sé; ni tu madre, ni tu marido, ni el Francés siquiera.

RITA.- Pedro me llevó con él, me disfrutó unos días y luego quiso devolverme con mi madre.

AUTORA.- No eras más que un desahogo fácil; en un momento te tomó y se sació.

RITA.- Yo casi no me ofendí. Después, como me había preñado, se casó conmigo a regañadientes y me hizo tres barrigas más.

AUTORA.- Estabas acostumbrada a los palos. Pensabas que tú no merecías otro trato.

RITA.- Estaba acostumbrada, sí. En mi casa todo eran gritos y golpes: mi padre a mi madre, mi madre a nosotros, los hijos. Luego, mi marido a mí...

OSCURO

Noche de finales de los sesenta. En oscuro, a lo lejos, una radio vecina retransmite “el parte”, las noticias de Radio Nacional de España. Después de la sintonía, se

escucha la voz del locutor: “Su excelencia el Generalísimo Franco pasa unas jornadas de descanso en Asturias donde practica una de sus aficiones favorita: la pesca del salmón. A pesar de la lluvia, el Jefe del Estado, con envidiable ánimo deportivo, da ejemplo de vigor físico y entusiasmo...”. Se pierde la voz del locutor en la noche. Luz triste de una bombilla que ilumina la sala-cocina de una casa pobre. Mesa rústica y dos sillas de anea. Sobre la mesa, una botella de vino, un vaso, un espejo y un peine. Sobre una silla, un montón de ropa que RITA, embarazada, va doblando torpemente y poniéndola en la otra silla. El MARIDO, en calzoncillos, amplios, se pone la camiseta interior. RITA le pasa una camisa.

MARIDO.- *(Por la camisa.)* Esta mancha, Rita. ¿Quieres que salga así, con una mancha en la pechera de la camisa? *(Irritado, tira al suelo la camisa.)* Anda, mira a ver si tienes por ahí una camisa limpia. ¡Es que no sabes ni lavar!

RITA.- *(Coge del montón de la ropa otra camisa y trata de alisarla.)* ¡No salgas hoy, Pedro, anda! ¡Por un sábado que no salgas, hombre!

MARIDO.- *(Por la nueva camisa. Con gesto contenido amenaza con pegarle.)* ¡Y esta, sin planchar!

RITA.- Pero si casi no se nota; es de tergal y no se arruga, ¿ves? Es la que te compró tu hermana por tu santo.

MARIDO.- (*Mirándola fijamente. Riendo.*) Anda, trae la camisa, ¡pato, que pareces un pato con ese bombo!

RITA.- (*Recoge la camisa tirada.*) No sé qué me pasa... Estoy rara esta noche, Pedro. ¿Qué voy a hacer si me pongo de parto y no estás?

MARIDO.- ¿Y tiene que ser esta noche, eh?

RITA.- Es que me da miedo el parto... Como es el primero, no sé...

MARIDO.- (*Interrumpe.*) Todas las mujeres paren. A ver si te crees que eres tú la única. Y vas a cumplir veinte años. Ya eres grande, digo yo. Para qué valéis las mujeres si no es para parir. Dame un pantalón.

RITA.- (*Le pasa un pantalón del montón de la ropa.*) ¿Y qué? Ya sé que todas las mujeres paren... Es que esta noche, no sé; me siento... rara... A ver si va a venir el niño y me va a pillar sola.

MARIDO.- No me jodas, Rita, que bastante que he cargado contigo. Lo mismo que te acostaste conmigo podías haberte acostado con otros, ¿o no?

RITA.- ¡No me digas eso! ¡Sabes que era virgen cuando me fui contigo! ¡Yo soy decente!

MARIDO.- Anda, anda, que estabas deseando abrirte de patas. ¿Quién me asegura a mí que no

te has acostado después con otros, eh? ¡Una calentona, eso es lo que eres!

RITA.- ¡Te juro que no he estado con ningún hombre más que contigo, Pedro!

MARIDO.- (*A lo suyo.*) ¡Y mira, mírame dónde estoy! ¡Aquí, convertido en tu marido! ¿Qué más quieres, eh? ¿Que encima me esté contigo a todas horas sorbiéndote los mocos? En esta casa no se puede estar. Busca la correa.

RITA.- (*Entre el montón de ropa, buscando.*) Pero hoy no sé, es que no me encuentro bien... (*Se le acerca, le da la correa y lo coge del brazo. Rogando.*) Pedro...

MARIDO.- (*Sacudiéndosela de encima.*) Me voy a donde me alegren la vista, guapa. Tengo que irme a que me dé el aire. Un hombre tiene que salir por ahí de vez en cuando. ¿Qué de malo hay en eso, eh?

RITA.- ¡Pero hoy no te vayas! ¡Hoy no!

MARIDO.- ¡Que me dejes, que me dejes ya, mujer! ¡Me tienes harto, harto! ¡Maldito el día en que se me ocurrió llevarte conmigo! No sirves ni para limpiar tu casa. ¡Mira! ¡Todo lleno de mierda! ¿Qué clase de mujer eres? ¿Es que no te enseñó tu madre tus obligaciones?

RITA.- Es que con la barriga me cuesta mucho trabajo.

MARIDO.- ¿Y antes de la barriga, eh? Antes no estabas tan gorda. Vengo a casa harto de trabajar, de deslomarme en la obra para que tú comas, ¿y cómo te encuentro? ¡Siempre pegajosa, oliendo a vino, siempre queriéndome tener aquí, en tus faldas, y todo sucio! ¡Demasiado bueno soy! (*Coge el peine y le quita unos pelos adheridos.*) Sostenme el espejo.

RITA.- (*Con el espejo frente a él.*) Tú también bebes.

MARIDO.- (*Peinándose.*) Pero yo soy un hombre. No te vas a comparar conmigo. ¿Qué te has creído?

RITA.- (*Vuelve a acercarse y rogar.*) No quiero quedarme sola esta noche.

MARIDO.- ¡Que me dejes te digo! Mira que te doy. (*Contenido.*) ¡Ah!, te daba así... ¡Pato, que pareces un pato! Que voy a llegar tarde por tu culpa. Y van a empezar la partida sin mí. Y tengo que desquitarme del sábado pasado. Además, viene también el Julián esta noche. Ese siempre me da suerte.

Coge el espejo, se mira y se atusa el bigote.

RITA.- Pedro, por lo menos no te juegues el poco dinero que nos queda.

MARIDO.- Pero, bueno, ¿también me quieres dejar sin mis partidas de cartas?

RITA.- Que casi no tengo ropa para lo que venga. Que va a nacer y no tengo casi qué ponerle.

MARIDO.- Anda, calla, que esta noche sé que estoy en buena racha. Les voy a ganar a todos. ¡Por la gloria de mi madre! (*Condescendiente.*) Venga, no te quejes más, que vendré con muchos billetes. Me da el pálpito que voy a ganar.

RITA.- Eso decías el otro día y mira. Lo perdiste todo. Que un día me vas a jugar a mí a las cartas. Pedro, ¿no ves que vamos a tener un niño?

MARIDO.- Demasiado lo sé. Si no, a buenas horas me iba yo a casar contigo, ya lo sabes.

RITA.- Si yo lo entiendo, que tienes que salir; si de eso no me quejo. Es que esta noche...

MARIDO.- ¡Anda, ponte a limpiar esto! ¡Mira el suelo! ¡Se queda uno pegado aquí de la mugre que tiene! (*Conciliador.*) Oye, en cuanto acabe la partida, me vengo.

RITA.- Hazlo por el niño. ¡Por lo menos, no juegues más a las cartas!

MARIDO.- ¡Cállate, que pareces una chicharra, todo el día dando la murga! Me voy.

Sale el MARIDO. RITA bebe un trago de vino. Se pone a barrer con la fregona. Solloza y se limpia las lágrimas con la manga del vestido.

OSCURO

Luz de ensueño. Despacho de la AUTORA. RITA, con la misma ropa de la escena anterior, y embarazada, como si se llevara el pasado puesto encima, sigue barriendo con la fregona.

AUTORA.- (Señala su barriga.) ¿Y tu niña? ¿Se llamaba Isabelita, no?

RITA.- Sí.

AUTORA.- ¿No está contigo?

RITA.- No. No he podido encontrarla.

AUTORA.- Debió de perderse en el camino; era tan pequeña...

RITA.- Cuatro años tenía cuando se me murió.

AUTORA.- La cara redondita y llena de pecas.

RITA.- Como yo.

AUTORA.- No te he olvidado, Rita.

RITA.- Eres casi la única que me recuerda.

AUTORA.- Fuiste nada para todos los que te conocieron; sin embargo, eras buena. Te recuerdo riendo, en medio de la miseria y de la mugre de tu casa, con tus niños sucios, llenos de piojos, y, sin embargo, contenta.

RITA.- Casi no me daba cuenta de mi miseria. (*Sonríe.*) Además, me alegraba como podía... Bebiendo.

AUTORA.- Parecías tan feliz con el Francés...

RITA.- Otro que tal...

AUTORA.- A mí me parecía que estabas más contenta en este tiempo.

RITA.- Sí, en ese tiempo fui feliz.

AUTORA.- ¿No tenías miedo de que Pedro te pillara?

RITA.- (*Sonríe.*) El vino me daba fuerzas para vencer el miedo. Además, el Francés venía siempre por las mañanas, cuando no estaba mi marido.

AUTORA.- Menos aquella vez que apareció de repente, sin previo aviso.

RITA.- (*Sonríe.*) Sí. Sentimos la moto y el Francés se escapó corriendo por la puerta de atrás. Aquella vez casi nos pilla. Es verdad.

AUTORA.- Lo vieron correr por el secano; mi abuela lo vio. Iba abrochándose los pantalones y poniéndose la camisa por medio de la calle.

RITA.- No me importaba nada lo que dijeran los vecinos. El Francés fue la única felicidad que me dejaron tener.

AUTORA.- ¿Quiénes?

RITA.- Los que dictan el destino de cada criatura que nace.

AUTORA.- No quiero entrar en ese terreno.

RITA.- ¿Por qué?

AUTORA.- No creo en el destino. Además, esos temas me dan miedo. No quiero saber nada.

RITA.- No te preocupes; no te diré nada de lo que sé.

AUTORA.- Así está mejor. (*Luego.*) Mi abuela decía que las verrugas se quitaban untándolas con tierra que hubiera pisado un cabrón.

RITA.- ¡Ah!

AUTORA.- Me mandaba a mí a coger un poco de tierra que hubiera pisado tu marido.

RITA.- ¿Y se te quitó la verruga?

AUTORA.- Ya no me acuerdo. Acabó quitándose; quizás fue por la tierra que había pisado tu marido.

RITA.- Me alegro.

AUTORA.- ¿Por qué llevaba siempre gafas de sol el Francés? ¿Era miope?

RITA.- No.

AUTORA.- ¿Entonces?

RITA.- Se veía más interesante, más moderno que los otros hombres.

AUTORA.- ¿Pero era francés de verdad?

RITA.- No; qué va. Estuvo trabajando unos años en Francia y, luego, cuando volvió de ver mundo, se creía por encima de todos los del pueblo. (*Nostálgica.*) Se sentaba en mi casa, se ponía en camiseta y yo estaba feliz. Como si él fuera mi verdadero marido.

AUTORA.- Lo vi una vez, cuando te hacía una de esas visitas.

RITA.- También me dejó.

AUTORA.- Todos te fallaron, Rita. Tu marido también te engañaba con todas las que podía.

RITA.- Desde el principio se buscaba entretenimientos. Pero eso lo hacían todos entonces. Era lo normal.

AUTORA.- Bueno, eso también se hace hoy, no te creas que han cambiado tanto las cosas. Lo que

pasa es que hoy tenemos más posibilidades que en tu época. Podemos divorciarnos y todo, ¡fíjate! ¡E incluso denunciar a los maridos si nos pegan!

RITA.- ¡Ojalá yo hubiera podido hacer algo entonces! No me cabía hacer nada, más que aguantar... y beber. Borracha sentía menos los golpes que me daba mi marido.

AUTORA.- No hemos erradicado esta dolencia, no te creas. Te parecerá increíble, pero todavía en este nuevo siglo hay hombres que pegan y matan a las mujeres. Algo hemos avanzado, claro, pero no ha sido suficiente; no.

OSCURO

Son las 12 del mediodía, la hora del Ángelus, y en una radio vecina, tras el repique de campanas, la locutora va rezando un Ave María: “Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús”. Progresivamente la luz diurna ilumina la sala -cocina de RITA unos años después. Sentado a la mesa, en camiseta interior, termina de comer el FRANCÉS. Lleva puestas unas gafas de sol. Su camisa está en el respaldo de la silla. RITA, ya sin barriga, a sus espaldas,

lo abraza. Tiene algunas señales de golpes en los brazos y un ojo morado.

RITA.- ¿Está bueno?

FRANCÉS.- (*Con la boca llena.*) ¡Riquísimo!

RITA.- Te lo he hecho como a ti te gusta.

FRANCÉS.- (*Limpiándose con una servilleta y agarrándola.*) Ven, que te tiente. ¿Me vas a hacer lo que tú sabes? ¿Eh?

RITA.- (*Pícaro.*) Bueno, pero solo un poquito.

FRANCÉS.- (*Haciéndole carantoñas.*) ¿Solo un poquito? No seas mala, que ya sabes hacerlo; estás aprendiendo muy deprisa. El otro día me lo hacías muy bien... Hoy te vas a esmerar, que, mira, me he largado del trabajo sólo para estar contigo. No te quejarás de mí, ¿eh?

RITA.- Pero no seas bruto; no me hagas daño.

FRANCÉS.- (*Sensual. Acariciándola, mordiéndole el cuello.*) Seré bueno. ¡Pero es que estás tan rica que pierdo la cabeza, Rita...! Tú y yo lo pasamos muy bien juntos, ¿verdad? ¡Ah, lo que me gustas tú a mí!

RITA.- (*Ríe.*) No me dejes señales que luego no puedo taparlas bien y mi marido se va a dar cuenta.

FRANCÉS.- No se dará ni cuenta. Con las señales que tienes ya de los porrazos que te da... *(Ríe.)* Se creerá que son moratones de sus golpes. ¡Tonta! Y con las borracheras que agarra, no sabe ni dónde te pega. *(Ríe.)* Ese no se entera de nada y tiene una cornamenta como una catedral de grande. *(Empieza a desabrocharse la correa y, luego, los pantalones.)*
¡Vamos al lío!

RITA.- Si se entera, me mata.

FRANCÉS.- Ya será menos; por cuatro palos que te dé no te vas a morir. Ese no tiene lo que hay que tener. Se pasa el día jugando a las cartas o borracho revolcándose con todas las golfas que se le acercan.

RITA.- No me cuentes las cosas que hace mi Marido. ¡No quiero oírlas!, ¡no quiero saberlas!
¡Dime que me quieres!

FRANCÉS.- Mujer, claro que te quiero. Ya lo sabes. Si no, ¿iba yo a venir aquí a verte si no te quisiera? ¡Tontita!

RITA.- ¡Pues llévame contigo!

FRANCÉS.- ¿Arrejuntarnos? ¿Y qué hago yo con mi mujer y mis hijos? Anda, anda, que se te ha subido el vino a la cabeza.

RITA.- (*Soñadora.*) Me gustaría que tú y yo viéramos juntos... Me gustaría tanto que tú fueras mi marido...

FRANCÉS.- Si te hubiera conocido antes... (*Be-sándola, apasionado, la va empujando hacia el dormitorio.*) Vamos, no vayan a venir tus hijos del colegio. Un casquete rápido.

RITA.- Pero prométeme que vas a venir mañana siquiera un ratito.

FRANCÉS.- Si tú me prometes que me vas a hacer lo que me gusta y como me gusta... me tienes aquí rendido a tus pies, maciza.

Empieza a desnudarla y se oye una moto. El Francés la suelta, coge su camisa y sale corriendo. Ella quita de prisa el plato, el tenedor y la servilleta. Sobre la mesa queda la botella de vino y el vaso. Rápida, empieza a barrer con la fregona. Se apaga el ruido de la moto. Entra tambaleándose el MARIDO. Tiene un poco de sangre seca en la cara y algunos cardenales.

RITA.- ¡Madre mía!, pero ¿qué te ha pasado?

MARIDO.- El Julián, que le he dicho que se espere, que ya le pagaré y hemos acabado a hostias.

RITA.- ¿El Julián? ¿Pero es que le debías dinero?

MARIDO.- Tres mil duros que me ganó la otra noche, el muy cabrón.

RITA.- ¿Tres mil duros? ¿Tanto dinero has perdido a las cartas? ¿Hay días que no tenemos ni para comer y te juegas tres mil duros...!

MARIDO.- ¡Cállate, que tú no entiendes de estas cosas! (*Sentándose.*) Que tuve una mala racha la otra noche... Pero, vamos, que ya me desquitaré yo en la próxima partida. ¡Se van a enterar todos!

RITA.- ¿Y de dónde vas a sacar los tres mil duros?

MARIDO.- Eso a ti ni te va ni te viene. (*Luego.*) Estábamos tomándonos unos chatos de vino y se ha llegado al bar a que le pagara los tres mil duros. ¿Es que yo me he negado a pagarte?, le he dicho. Y él, que las deudas de juego no tienen espera. Y me dice que se va a cobrar como sea o me voy a acordar de él. Yo también le he pegado una buena, no te creas; ahora que él también me ha dado a mí lo mío. (*Por el vaso y la botella de vino.*) Ya estabas empinando el codo ¿eh? ¡Tendría que matarte a palos para que aprendas a obedecerme!

RITA.- Solo me he bebido un poco, porque me he levantado con dolor de barriga... Que me irá a venir la regla.

MARIDO.- ¡Regla te daba yo a ti! ¡Te vas a librar hoy por lo que me ha pasado! Pero prepárate tú... (*Se sirve en el mismo vaso. Bebe. Luego, por la herida.*) Anda, a ver si tienes por ahí el alcohol, que mira



lo que me ha hecho este hijo puta... ¡Ahora que ese se va a enterar! ¡Porque nos han separado, que si no, me lo cargo!

Sigue bebiendo. Sale Rita.

OSCURO

Despacho de la AUTORA. Luz onírica. RITA, con la misma ropa que en la escena anterior y los mismos golpes, vuelve a coger la fregona para barrer.

AUTORA.- No supe más de ti; me fui del pueblo.

RITA.- (*Orgullosa.*) Yo me cambié a la casa nueva. Esta era mucho más grande; ¡tenía dos plantas! Nos la dio el ayuntamiento. (*Luego.*) Cuando me mudé, me puse tan contenta. Como si con la casa nueva mi vida fuera a cambiar para mejor. Pero no cambió. No.

AUTORA.- También estaría sucia.

RITA.- Claro. Ya sabes que me gustaba barrer y fregar con la fregona.

AUTORA.- ¿Por qué?

RITA.- Para abreviar; no me agradaban las faenas de la casa. Y eso era lo único que me encon-

traba todos los días: faenas de la casa. Y golpes de mi marido. Barriendo con la fregona, al menos, mataba dos pájaros de un tiro. Me iba llevando la basura del suelo y fregándolo a la vez. Terminaba antes... Quería arañar un poco de felicidad de donde fuera... Todo era miseria.

AUTORA.- Se te fue la vida buscando la felicidad.

RITA.- Pero no era lo mío. Estaba haciendo la comida. No me di cuenta de que se había prendido fuego hasta que vi las llamas en la entrada.

AUTORA.- Estabas...

RITA.- (*Sonríe.*) ¿Borracha? Un poco, sí. (*Luego, apesadumbrada.*) Me quemé en la casa nueva.

AUTORA.- Pero pudiste salvar a tus hijos.

RITA.- Los tiré por la ventana y la gente los recogió con unas mantas. Nos habíamos refugiado arriba, en la segunda planta de la casa. Se salvaron mis hijos. Yo los salvé.

AUTORA.- ¿Por qué no te tiraste tú?

RITA.- Mi marido me decía que saltara... “Tírate tú, tírate tú”. Estaba abajo, en la calle, con todos los vecinos. Y yo, “No, yo no me tiro; yo no”. El humo... Luego fue demasiado tarde.

AUTORA.- Me dijeron que no pudieron salvarte.

RITA.- (*Como si se quemara.*) Me tiré al suelo para apagar las llamas. ¡Está ardiendo mi ropa! ¡Yo también estoy ardiendo! ¡Dios mío! (*Grita.*) ¡Me quemo, me quemo! ¡Por Dios, echadme una manta! ¡Que me quemo! ¡Por Dios!

AUTORA.- Ya ha pasado todo, Rita... Ya ha pasado.

RITA.- (*Más tranquila.*) Estaba en la habitación y dentro de la casa todo ardía; yo también ardía...

AUTORA.- Nadie pudo ayudarte.

RITA.- Yo quería morir. Hacía mucho tiempo que quería morir... Pero no de esa manera... Así no; quemada, no.

AUTORA.- Dijeron que tú estabas borracha y se prendió el fuego en la cocina y no supiste o no pudiste apagarlo a tiempo.

RITA.- También dijeron que se prendió la moto que teníamos en el descansillo. Dijeron muchas cosas. (*Después.*) Mi marido había perdido la casa jugando a las cartas. Se apostó la casa en una partida y la perdió.

AUTORA.- También dijeron que fue tu marido el que metió fuego para no pagar la deuda.

RITA.- No, no fue él. Además, estaban sus hijos dentro, conmigo. No. Pedro no fue.

AUTORA.- ¿Quién metió fuego a tu casa?

RITA.- El Julián. Le había ganado a las cartas la casa y se la reclamó. Viendo que no podía cobrarla, roció con gasolina la entrada y las cortinas de las ventanas de abajo, prendió fuego y se fue. Yo no pude hacer nada.

AUTORA.- Salvaste a tus hijos.

RITA.- (*Orgullosa.*) Sí. Los tiré por la ventana de arriba y los vecinos los recogieron con unas mantas. Salvé a mis hijos. (*Después.*) Al menos mis hijos viven...

AUTORA.- No se me ha borrado tu cara de la memoria a pesar del tiempo que ha pasado. Ni tu sonrisa, ni tus pecas.

RITA.- Qué tristeza todo. Y aquí, donde estoy, ni siquiera puedo volver a ver a mi niña...

AUTORA.- ¿Dónde estás?

RITA.- Sola.

AUTORA.- ¿Por qué estás sola?

Rita.- Nadie me recuerda. He pasado por la vida como si nada.

AUTORA.- Yo te recuerdo.

RITA.- ¿Crees que mi Isabelita estará en algún sitio? A lo mejor, como tuvo una vida tan corta...



llegó a un lugar diferente... Tenía cuatro años cuando murió.

AUTORA.- Yo no sé nada, Rita... Siempre pensé que en la muerte reencontramos a los que hemos amado.

RITA.- ¿Piensas que no quise a mi niña bastante y por eso no la encuentro?

AUTORA.- Sí la quisiste; estoy segura.

RITA.- Pero me resigné muy pronto. El médico me dijo que era mejor así; que la tosferina la había dejado tan mal que era mejor para ella morir que vivir...

AUTORA.- ¿Y tú te lo creíste?

RITA.- Yo quise creer cualquier cosa para soportar el dolor, para no pensar que la vida era una cadena de sufrimiento; especialmente, mi vida. Y bebía, siempre bebía a escondidas.

AUTORA.- No todas las vidas son un infierno.

RITA.- Ahora tengo que irme. Te he dejado barrido y fregado el cuarto. Ya sabes; con la fregona, para abreviar. Estas faenas hay que hacerlas cuanto antes y lo más rápido posible para tener el tiempo de hacer lo que nos gusta.

AUTORA.- No era necesario que barrieras.

RITA.- Me gusta hacerlo así. Barrer con la fregona. (*Luego.*) ¿Escribirás sobre mí?

AUTORA.- Escribiré.

RITA.- Escribe que me llamé Rita.

AUTORA.- Sí.

RITA.- Que me casé embarazada.

AUTORA.- Sí.

RITA.- Que mi marido no me quería.

AUTORA.- Sí.

RITA.- Que mi única hija, mi Isabelita, se me murió de tosferina con cuatro años.

AUTORA.- Lo escribiré.

RITA.- Que mi marido me pegaba. ¡Ah!, y que una vez, de una paliza me rompió dos costillas y un brazo. Y que yo nunca dije nada. Que cuando me preguntaban los vecinos, les decía que me había dado un golpe con una puerta o me había caído por las escaleras.

AUTORA.- Lo escribiré.

RITA.- Que tuve una muerte muy mala... Que me quemé en el incendio de mi casa.

AUTORA.- Lo diré también.

RITA.- Que al menos alguien me recuerde y que sepa la gente que pasé por la vida.

AUTORA.- Te recordarán muchos y sabrán muchos tu vida, Rita.

RITA.- Si nadie te recuerda es como si murieras dos veces. (*Pensando.*) Quizás ahora encuentre a mi niña...

AUTORA.-Seguro que la encuentras.

RITA.- (*Feliz.*) ¡Sí! ¡Creo que sí! ¿Sabes? Me ha parecido oír su voz que me llamaba: ¡Mamá, mamá! (*Luego.*) Ya tengo que irme. No me olvides.

AUTORA.- No te olvidaré.

RITA deja la fregona y sale. La luz se hace más cálida gradualmente para indicar un amanecer. La AUTORA se pone a teclear en el ordenador la historia de Rita. El ruido de las teclas va aumentando cada vez más hasta formar un mar de letras.

TELÓN



notas

PROPUESTAS DE DEBATE

1. ¿Es lógico que el marido de Rita se enfade por que la casa está sucia?



notas

PROPUESTAS DE DEBATE

2. ¿Hace bien Rita en tener relaciones con el francés?





notas

PROPUESTAS DE DEBATE

3. ¿Hizo bien Rita en no escapar por la ventana del incendio?



COMO SI FUERA ESTA NOCHE

GRACIA MORALES





GRACIA MORALES

Nace en Motril (Granada) en 1973. Es doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Granada. Ha trabajado como profesora en la Universidad de Jaén y actualmente en la Universidad de Granada.

Es cofundadora de la compañía granadina Remiendo Teatro (creada en 2000) que, hasta ahora, ha llevado a escena ocho espectáculos a partir de textos suyos y donde, en ocasiones, ejerce también como actriz y ayudante de dirección.

Es autora, entre otras, de las siguientes obras que han sido publicadas y estrenadas: *Vistas a la luna* (1998), *Interrupciones en el suministro eléctrico* (1999), *Formulario quinientos veintidós* (1999), *Prolegómenos* (2000), *Quince peldaños* (2000), *9.15: Martínez Ruiz* (2001), *Como si fuera esta noche* (2002), *Un lugar estratégico* (2003), *Un horizonte amarillo en los ojos* (2003), *Y a ti, ¿qué te da miedo?* (2006) (teatro para niños), *A paso lento* (2007) y *NN 12* (2008).

Gracia Morales también escribe poesía; en este ámbito, ha dado a conocer el cuaderno *Ocho poemas para andar por casa* (2000) y los libros *Manual de corte y confección* (2001) y *De puertas para dentro* (2004).





Como autora teatral, en 2000 obtuvo el Primer Premio en el Certamen Internacional de Teatro Breve Fundación Ciudad de Requena (con Formulario quinientos veintidós) y el Premio Marqués de Bradomín (con Quince peldaños); en 2003 consigue el Premio Miguel Romero Esteo (con Un lugar estratégico); en 2008 obtiene el Premio SGAE de Teatro con NN 12. Además, en 2004 su libro de poemas De puertas para dentro es galardonado con el Premio de Poesía del Zaidín Javier Egea.







COMO SI FUERA ESTA NOCHE

PERSONAJES:

MERCEDES.

CLARA.





(El escenario debería simular un espacio un tanto ecléctico, donde se mezclan las reminiscencias de distintos lugares posibles.- el comedor de una casa de una familia de clase media de los años 80, un taller de costura, un apartamento moderno...

Allí se encuentra MERCEDES.- menos de treinta años, aunque aparenta más, vestida con mucha sencillez, como quien ya no piensa salir a la calle. Su aspecto es el de una “mujer casada” de la década de 1980.

Está gateando por el suelo y se nota claramente que busca algo.)

MERCEDES.- Siempre lo mismo... ¡Y cuando más prisa tengo! ¡Clara, ¿puedes venir a ayudarme?!... Nada... Nunca aparecen cuando se les necesita...

(Entra CLARA. Veintitantos años. Viene algo maquillada, pero no mucho. Su imagen se corresponde con la de una joven de comienzos del siglo XXI. Llega con evidente cansancio. Se sienta en la mecedora. Saca un cigarro, lo enciende y le da unas caladas. Después lo deja sobre el cenicero.

Durante toda la obra las dos mujeres compartirán el mismo espacio físico, pero, salvo cuando se indique, cada una habitará en una realidad diferente, donde además hay otras personas que el público no ve.)

MERCEDES.- *(Levanta el rostro, como si mirara hacia una pared.)*- ¡Las diez y media...! ¡Clara! ¡Clarita, ¿dónde estás?! Ven a ayudarme, anda, que tu padre va a llegar y yo tengo que acabar con todo esto... Siempre lo mismo, ¡nada, que voy a tener que atármelo a la mano...!

(Mientras, CLARA deja el cigarro en un cenicero, se quita el calzado, se masajea un poco los pies. Busca algo a su alrededor hasta que encuentra el mando a distancia de una televisión. Mima el gesto de encenderla, se escucha de fondo un noticiario cualquiera, típico del telediario de la noche. Poco después sale.

MERCEDES sigue con su búsqueda infructuosa. De pronto levanta la cabeza como atraída por un sonido que no escuchamos.)

MERCEDES.- ¿Sí? Sí, Matilde, estoy aquí, pasa... Sí, aquí, al fondo... *(Se levanta y se sacude la falda.)* Me pillas por los suelos... Buscando el dedal, que se me pierde cada dos por tres.... ¿Un dedal? Pues es una cosa pequeña, que se pone en... Pero, ¿no sabes cómo es un dedal?... Bueno, alguna vez habrás cosido algo, digo yo... ¿No? ¿Ni siquiera poner un botón?...

(Entra Clara. Se ha desmaquillado y se ha recogido el pelo. Trae un teléfono inalámbrico. Apaga el televisor. Marca. Espera.)

MERCEDES.- Pues sí que es raro... ¡Ah, sí, tu encargo! Pues no, no he terminado todavía, (*Busca entre las cestas con ropa y saca una camisa.*) mira, a falta de hacerle dos ojales...

CLARA.- ¿Raúl?

MERCEDES.- Mañana la tienes lista...

CLARA.- Hola, sí, soy yo. Acabo de llegar...

MERCEDES.- Pásate, no sé, a eso de las once...

CLARA.- Bueno, regular... Un día extraño... ¿Y tú?

MERCEDES.- La acabaré siempre que encuentre el dedal, porque sin él no sé dar ni una puntada. ¿Tú lo ves por algún sitio?

CLARA.- ¿Un ocho? ¡Estupendo!, me alegro un montón...

MERCEDES.- Pues ya te lo he explicado... Como un capuchoncito para el dedo...

CLARA.- Sí, sí, claro que lo celebraremos... Oye... te llamaba porque...

MERCEDES.- De metal... Seguro que lo tengo delante de mis narices y no consigo verlo...

CLARA.- ¿Podrías venir un rato?

MERCEDES.- Bueno, da igual, no te preocupes...

CLARA.- Sí, ahora.

MERCEDES.- Siempre termina apareciendo. (*Pausa.*) ¿A Fernando? ¿Dónde?

CLARA.- Claro..., ya sé que tienes que estudiar y que es un poco tarde... Pero...

MERCEDES.- Iría al “Casa Paco”... Los viernes se ve allí con los amigos...

CLARA.- (*Alzando un poco el tono de voz.*) Es importante, Raúl... Si no, no te lo pediría...

MERCEDES.- ¿Y qué te ha dicho?

CLARA.- No, no pasa nada... Bueno, sí..., pero no es algo para hablarlo por teléfono...

MERCEDES.- Ah,... eso... Ya he hablado con él... Nada, Agustín, que le va a ayudar con un trabajo que tiene para mañana...

CLARA.- Está bien. Te espero... Otro.

(*Cuelga y sale. Poco después volverá a entrar sin el teléfono. Trae una grabadora en una mano y una copa con bebida en la otra.*)

MERCEDES.- Sí, algo rápido, para la hora de comer habrán acabado... Oye, y..., ¿no te dijo si pensaba volver pronto?... Pues Fernando, mujer... No, da igual, ya no tardará... Sobre todo sabiendo que mañana tiene que madrugar... Para esas cosas Fernando es muy responsable, ya le conoces tú...

CLARA.- *(Hablando a la grabadora.)* Un dos, probando probando. *(La detiene y rebobina.)*

MERCEDES.- Bueno, pues a eso de las once te espero... Venga sí, que todavía tengo que acabar todo esto. Hasta luego...

CLARA.- *(Le da de nuevo al play, se escucha en off su "Un dos, probando probando". La para y la vuelve al principio.)* Bien... *(Carraspea, toma un trago, se prepara para empezar.)*

(Mientras MERCEDES comienza de nuevo su búsqueda del dedal. De vez en cuando dirá expresiones como "¡nada!", "¡aquí no!" o "pero, ¿dónde lo habré puesto...?", suspira, silba "Bésame mucho" muy fugazmente..., a la vez que va vaciando cajitas de distintos tamaños y colores, lo vuelca todo en el suelo y lo vuelve a guardar. Está nerviosa, pero no mucho.)

CLARA.- *(A la grabadora.)* Hola Raúl, ¿qué tal? Siéntate... Mira, te he pedido que vinieras porque... aún sabiendo que es tarde y que estás en época de exámenes y todo eso, pues no podía dejar pasar más tiempo... y por eso te he llamado y... por eso... *(La detiene.)* No, no, no, no... Se me nota muy nerviosa... Más relajada, más relajada... *(Pasa la cinta al comienzo, toma otro trago.)*

MERCEDES.- (*Sacando unas tenazas.*) ¡Anda! ¡Mira dónde estaban las tenazas! Fernando lleva tres meses revolviendo toda la casa...

CLARA.- (*A la grabadora.*) Raúl, ¡qué bien que hayas podido venir! ¿Te apetece un copa? (*Le da al stop. Reflexiona. Toma otro trago.*)

MERCEDES.- ¡Pero qué tarde es! Mira, pues sin dedal, ya está, ya no puedo esperar más. (*Muy decidida se pone a coser una prenda que tiene a medias.*)

CLARA.- ¡Vamos allá! (*Conecta la grabadora.*) Mira Raúl... ya sabes que llevo una semana un poco inquieta, y yo te dije que no era nada, que el trabajo y verte a ti tan agobiado con los exámenes... No, no, no es eso... ¡Déjame hablar, Raúl! No, no pasa nada, sólo un poco nerviosa y si no me dejas hablarte con tranquilidad... Porque no es fácil, ¿sabes?, tengo que buscar las palabras y hasta los gestos con los que voy a contarte lo que tengo que contarte... Porque yo no tenía prevista esta conversación, y no sé por dónde voy a empezar ni en dónde acabar... ¡Que no me interrumpas, joder! No, no estoy histérica, ¡no estoy histérica! (*Detiene la grabadora, enfadada.*) Sí que estoy histérica... (*Le da otro trago a la copa. Se la acaba.*)

MERCEDES.- ¡Mierda! (*Se lleva el dedo a la boca.*) ¡Nada, que sin dedal no sé!... ¿Y qué hago aho-

ra?... (*Piensa un momento y después busca un trozo de tela pequeño y se lo enrolla en el dedo corazón.*)

CLARA.- Como siga a este ritmo, me voy a emborrachar... (*Deja el vaso y la grabadora. Coge una servilleta y se limpia la boca, luego las manos, luego la mesa, el suelo..., todo ello mientras habla, riéndose.*) Estaría bueno, que llegara Raúl y me encontrara como una cuba... ¡Celebrándolo!

MERCEDES.- (*Riéndose también, al observarse el dedo con la tela.*) ¡Menudo invento! Podría patentarlo...

CLARA.- (*Sigue sus tareas de limpieza, todavía entre risas.*) Y ahora a limpiar... Y, ¿por qué no? Es como... un acto reflejo... Te ayuda a no desesperarte, a no dejarte llevar por el nerviosismo. Sería un buen tema para un estudio psicológico. Primero le quitas el polvo a los muebles, luego bares, (*Seguirá haciendo su enumeración, en voz más baja, a la vez que MERCEDES dice su monólogo.*), friegas los platos, los secas, los colocas, riegas las plantas, apartas los sillones, las estanterías, la mesa, la cama y limpias todo el suelo a conciencia, luego le toca a los cristales, al frigorífico, las persianas, la bañera, las cortinas, el lavabo, el váter, el bidé, la baranda de la escalera, el horno, las lámparas, los azulejos del baño, los azulejos de la cocina, pones sábanas limpias, sacudes la alfombra, descuelgas los cua-

dros, los vuelves a colgar, pones una lavadora, la tiendes, haces comida para toda la semana, vacías los armarios, planchas los vaqueros, las braguitas, las camisetas, ordenas los cubiertos, haces la lista de la compra, te lavas la cabeza, te pones mechas, te depilas, y si te queda tiempo revisas los cristales, los azulejos, limpiando sobre limpio, el horno, las taquillas, las lámparas, el váter, el frigorífico, te pintas las uñas, vuelves a fregar el suelo, te maquilas, ordenas los libros, los periódicos, te inventas un peinado diferente...

MERCEDES.- ¡Esto no sirve! (*Se quita el vendaje.*)
Mira que soy desastre... Todos los días se me pierde algo, el dedal, la canilla, la bobina negra o el alfiletero... Ya me lo decía mi madre.- Mercedes, hay que poner más atención. Mercedes, sí, aunque todo el mundo me llama Merceditas. Como mi tía abuela, por vía materna. Pero igual podría llamarme Ramona, que Pepa, que Milagros o que Nieves. Sería lo mismo... Los nombres y las fechas terminan siendo lo de menos... Hoy, por ejemplo, es viernes, 25 de julio, diez y media de la noche,... viernes, un viernes cualquiera, un viernes cualquiera a las diez y media de la noche... Fernando siempre se recoge tarde los viernes; es su noche libre, porque normalmente no madruga al día siguiente. Yo me preocupo de todas formas

cuando veo que anochece y no llega, casi por costumbre... Nieves es un nombre bonito, sí señor, pero mi tía abuela se llamaba Mercedes y ese me tocó... ¡Qué se le va hacer! *(Descubre el dedal en un bolsillo.)* Anda, aquí estaba el puñetero... Si cuando yo digo que las cosas las esconde el diablo... *(Se siente y se pone a coser.)*

CLARA.-... Cuando te convences de que ya no te quedan más fuerzas, te sientas en cualquier sitio y te fumas un cigarro, casi tranquila... Quienes me conocen ya saben que cuando el apartamento está desordenado y hay un poco de polvo sobre la tele, es que todo va bien en mi interior. *(MERCEDÉS comienza a tararear una tonadilla.- la de "Bésame mucho". Canta para ella, sin la pretensión de hacerlo bien, para distraerse mientras cose. CLARA deja de limpiar.- por primera vez parece percatarse de la presencia de la otra, pero sin verla. Sólo parece escucharla.)* Mi madre, cuando estaba nerviosa, solía cantar...

MERCEDÉS.- Bésame/ bésame mucho.../ como si fuera esta noche la última vez/ bésame/ bésame mucho/

AMBAS.- que tengo miedo a perderte/ perderte después. /Quiero sentirte muy cerca,/ mirarme en tus ojos,/ verte junto a mí./ Piensa que tal vez mañana/ yo estaré lejos/ muy lejos de ti. *(MERCEDÉS sigue cantando retomando el tema desde el comienzo.)*

CLARA.- La recuerdo sentada y cosiendo, con el delantal como una segunda piel, recuerdo sus manos oliendo a lejía y sus dedos manchados de azafrán... Siempre preocupada, con la sensación de que el día duraba muy poco para todas las cosas de las que había que encargarse... Menos cuando esperaba a que mi padre llegara de la calle. Entonces el tiempo parecía detenerse... Algunos viernes y sábados también, a veces... Yo regresaba de la calle y la escuchaba canturrear desde la puerta...

MERCEDES.- *(Deja de cantar en ese momento.)* ¡Clara!, ¡Clara!, ¿eres tú?

CLARA.- Casi siempre se enfadaba al verme llegar sudando.

MERCEDES (A CLARA.)- Mira cómo vienes... Sin aliento y colorada como un tomate.

CLARA.- Mi madre murió cuando tenía la misma edad que yo tengo ahora.

MERCEDES.- *(Se dirige a unas sábanas que están colgadas detrás.)* Anda, ayúdame a doblar esto, que ya está seco.

CLARA.- *(Se ponen a doblar las sábanas, como en una especie de danza, cruzándose, pasando la una bajo la otra, mientras hablan en un tono normal.)* Yo era una niña de nueve años a la que le encantaba

estar en la placeta, jugando a la comba, a la rayuela, al pilla pilla.

MERCEDES.- No es bueno cansarse tanto... El día menos pensado te va a dar algo...

CLARA.- Fue un viernes, día 25 de julio, igual que hoy.

MERCEDES.- Un soponcio en mitad de la calle... No es la primera vez que pasa.

CLARA.- Veinticinco de julio... Recuerdo que esa noche me dijo las mismas cosas de cada noche...

MERCEDES.- A un primo de tu abuela le faltó la respiración, y ¡hala!, se quedó en el sitio... O al menos eso me contaron.

CLARA.- Era una mujer joven, pero a veces parecía mayor, como si repitiera frases oídas hace mucho tiempo, aprendidas de memoria...

AMBAS.- Ojalá te gustara más el colegio y menos andar en la placeta con los niños...

CLARA.- Si hubiera sabido que esa era la última vez que iba a hablar con ella, le hubiera dicho otras cosas... más importantes.

MERCEDES.- Y ahora te pones el pijama y te acuestas, que ya sabes que a tu padre no le gusta que andes levantada a esta hora.

CLARA.- Ya entonces se me quedaron muchas cosas por decirle.

MERCEDES.- Sí, ya sé que mañana es sábado...

CLARA.- Pero la mayoría han ido llegando después cuando ella era sólo un recuerdo con el que conversar.

MERCEDES.- Bueno, vale. Pero sólo un ratito, ¿eh?

(Han acabado de doblar las sábanas. MERCEDES se sienta.)

MERCEDES.- Anda, coge papel y lápiz que me vas a anotar lo que tengo que comprar mañana.

(CLARA empieza a anotar palabras en una pizarra, mientras habla. Ahora escribe “quince” y “papá”.)

CLARA.- A los quince años... Mamá, papá ha salido de la cárcel... De todos modos, Pablo y yo vamos a seguir viviendo con la tía Encarna. Creo que papá quiere mudarse a otra ciudad.

MERCEDES.- Pero haz la letra despacito, que si no luego no la entiendo.

(CLARA escribe: “dieciséis”, “concierto de Mecano”.)

CLARA.- A los dieciséis... Mamá, hoy me ha besado un chico de la clase. En un concierto. Me

ha dado un poco de asco porque metía su lengua dentro y la movía... ¿Siempre es así? Yo no quiero que los besos me den asco...

MERCEDES.- A ver... leche. Cuatro litros... a cincuenta pesetas cada uno... ¿Cuánto es?

(*CLARA escribe "diecisiete", "Trabajo clínica".*)

CLARA.- Mamá... creo que voy a dejar los estudios. Me han ofrecido un trabajo, recibiendo a los pacientes en una clínica dental...

MERCEDES.- Fruta... A ver si los plátanos están baratos, que es lo que más le gusta a tu padre. Pon que me gaste unas... setenta pesetas.

CLARA.- Ya sé que tú querías que hiciera una carrera y todo eso..., pero es un trabajo bien pagado... Y me deja tiempo libre...

Mercedes.- Café descafeinado... Doscientas ochenta...

(*CLARA escribe "diecinueve", "Ernesto".*)

CLARA.- Mamá... estoy saliendo con un chico... Llevo ya cinco meses y creo que es importante... Pero es un chico muy débil, ¿sabes?, todo le hace daño y debo tener mucho cuidado con él. Se llama Ernesto.

MERCEDES.- *(Empieza a inquietarse: parece estar pensando en otra cosa.)*- Leche... ¡Ah, no!, eso ya lo he dicho... Cola-caó.

CLARA.- Ayer... ayer... hicimos el amor por primera vez... No sé si me gustó...

MERCEDES.- Doscientas veinticinco.

(CLARA escribe "veintitrés" y borra el nombre de "Ernesto".)

CLARA.- Mamá, Ernesto ha dejado la relación... Dice que es demasiado joven para comprometerse.

MERCEDES.- ¿Estás anotando bien? A ver... danones, pero pon que de fresa no, que a tu hermano no le gustan y siempre me olvido.

(CLARA escribe "veintiséis", "Raúl".)

CLARA.- ¡Adivina!, creo que he vuelto a enamorarme... Se llama Raúl, estudia Ciencias Políticas... Es inteligente, maduro y ¡hace el amor como los ángeles!

MERCEDES.- Cuatro danones a dieciocho pesetas cada uno.

CLARA.- *(Picarona.)* ¡O como un demonio, según se mire!

MERCEDES.- ¡No estás atenta a lo que te digo y te vas a equivocar!



CLARA.- ¡Ah, y he cambiado de trabajo! Ahora estoy en (*Escribe “despacho”.*) el despacho de un abogado. Ese abogado es el padre de Raúl.

MERCEDES.- ¿Qué hora será ya?

(*CLARA escribe “veintisiete”, después deja la tiza, se acerca a MERCEDES, se sienta en el suelo, junto a sus pies, apoya la cabeza en su regazo. MERCEDES parece no percatarse.*)

CLARA.- Hoy... Bueno hoy es un día extraño... Hoy es veinticinco de julio, como hace dieciocho años...

MERCEDES.- (*Más nerviosa.*) Patatas... cincuenta pesetas.

CLARA.- Es curiosa la vida... Precisamente hoy...

MERCEDES.- Arroz... No, arroz compré antes-deayer. (*Levantándose, resolutiva.*) Bueno, hemos acabado... Súmalo todo y me anotas cuánto es al final...

CLARA.- Mamá, esta tarde he estado en el hospital...

MERCEDES.- Yo voy a salir un momento...

CLARA.- No, mamá, ahora no,... déjame hablar.

MERCEDES.- Seguro que tu padre no se acuerda de que mañana tiene que ir a trabajar.

CLARA.- ¡He de hablar contigo ahora, antes de que llegue Raúl!

MERCEDES.- Me cambio de ropa y bajo... Es a la vuelta de la esquina.

CLARA.- Escúchame, por favor, ¿no ves que estoy aquí?

MERCEDES.- Pongo alguna excusa... Que Pablito está pachucho o algo así...

CLARA.- A lo mejor podríamos cambiar esta noche, juntas, si me escucharas...

MERCEDES.- O voy así mismo. Me quito el delantal y me pongo los zapatos.

CLARA.- Tal vez estemos a tiempo, ¿me oyes?...

MERCEDES.- Es temprano y no ha podido beber mucho. Algunas cervezas, quizá, pero todavía se podrá hablar con él... ¿Cómo tengo el pelo? ¿Estoy bien?

CLARA.- Si te acostaras en vez de esperarlo despierta...

MERCEDES.- Le digo que Pablito ha preguntado por él... que... que la cena se enfrió hace mucho rato... (A CLARA.) Y tú acuéstate ya, anda.

CLARA.- Mamá...

MERCEDES.- No tardaré. *(Sale.)*

CLARA.- *(Alejándose del radio de acción de la escena anterior.)* Una sabe que pasa... Que ha pasado otras veces, que seguirá pasando. Mientras es posible, toda la familia acuerda tácitamente guardarlo escondido, la ropa sucia no se lava en la calle, se lava en la casa de uno, o se la deja bien metida en el fondo de los cajones, escondida detrás de falsas sonrisas que regalar a las vecinas, al panadero, a los amigos de los hijos cuando un día son invitados a almorzar. Además, ¿en qué pareja no hay desencuentros? *(Se dirige a un montón de periódicos que hay sobre una mesa, coge las tijeras de costura de su madre y, a la vez que habla, irá hojeando y recortando noticias que va pegando sobre la pizarra en la que antes escribía.)* La convivencia es difícil, ya se sabe, realice usted una encuesta y entenderá lo que le digo, el que esté libre de pecado que tire la primera piedra. Y sí, qué se le va a hacer, hay momentos en que se pierden los estribos, no es culpa de nadie, ella comienza a alzar el tono de voz, él la manda callar, ella grita más aún, él arroja una silla al suelo, ella amenaza con marcharse, él pega un puñetazo en la pared, puede ser ella quien dé la primera bofetada y después se aleje, andando hacia atrás, consciente ahora de que él es el más

fuerte, de que empezarán los golpes, de que habrá que meterse debajo de la mesa o correr hacia el baño y echar el cerrojo y esperar a que se agote aporreando la puerta... Yo los escuchaba acurrucada en la cama queriendo dormirme pronto para que fuera ya el día siguiente. (*MERCEDES vuelve a entrar y se sienta en el mismo sitio que ocupaba antes. De nuevo hay un muro invisible entre las dos. La primera se descalza, se pone las zapatillas de andar por casa y el delantal.*) Hasta que una noche, un veinticinco de julio u otra fecha cualquiera, puede ocurrir que la discusión llegue más lejos y que en la décima de segundo que unas tijeras tardan en hundirse en la carne, el cuerpo de la mujer haya quedado en el suelo, muy quieto mientras la sangre corre a borbotones...

MERCEDES.- (*Toma un trozo de tela y empieza a cortarla, utilizando una señal indicada, como un patrón.*) Un viernes de cada tres hago esto mismo... Me calzo, me meto las llaves en el bolsillo y bajo al bar que está en el fondo de la calle.

CLARA.- Es entonces cuando la prensa se conmueve ante “este nuevo caso de violencia doméstica”.

MERCEDES.- Busco la figura de Fernando entre el humo, entre otras figuras tan parecidas a él, todas con la misma forma de estar apoyados en la barra,

de reírse con ese sonido que sólo he escuchado en los hombres cuando se reúnen y creen que no hay mujeres cerca.

CLARA.- Durante el juicio, el agresor declaró.- “No recuerdo nada, no recuerdo... Sólo sé que fue un accidente.”

MERCEDES.- Finalmente le encuentro, y vuelvo a percatarme de cómo se parece a mi padre cuando tenía su misma edad. Voy hacia él tratando de no sentir las miradas de los otros hombres, “Fernando, aquí vienen a buscarte”.

CLARA.- Y los vecinos contestan.- “No señor, nosotros no sabíamos nada, él era un hombre muy trabajador, muy tranquilo”.

MERCEDES.- y yo no me vuelvo para saber quién ha hablado, porque me siento pequeñita aquí, insignificante y pequeñita ahora que mi mirada se ha gastado y que mis piernas no saben llevarme erguida.

CLARA.- “Bueno, sí... De vez en cuando se le veía bebido... Pero como todos alguna vez, ¿no?”

MERCEDES.- En los ojos de Fernando veo que se avergüenza de que haya venido hasta aquí, como si él fuera un niño a quien hay que llevar a casa tirándole del brazo, como si fuera un pelele, como si fuera un perro que se escapó a la calle sin bozal.

Y su vergüenza viene a unirse a la mía, porque ya sé que no va a acompañarme a casa, ahora sí que no puede dejar a sus compañeros, tiene que demostrarles que a él nadie puede colocarle un bozal ni una correa... Un viernes de cada tres hago esto mismo, y yo me calzo y bajo al bar y cuando vuelvo a subir la calle sola, la calle más larga que nunca, siempre me digo a mí misma que esta noche ha sido la última vez...

CLARA.- Todos los hombres de mi barrio llegaban alguna vez borrachos a casa.

MERCEDES.- Lo oiré subir las escaleras lento, inseguro, agarrado con fuerza al pasamanos para no caer...

CLARA.- Y las vecinas observaban escondidas tras la persiana cuánto tarda el marido de otra en encontrar la llave y abrir la puerta.

MERCEDES.- Y dudaré si levantarme a ayudarlo o quedarme sentada, ajena.

CLARA.- La semana después de cada borrache-
ra ocurría siempre lo mismo, como si se repitiera un ciclo inevitable. El sábado mi padre se pasaba todo el día acostado.

MERCEDES.- Mañana y pasado no nos dirigiremos la palabra. Luego, durante tres días, sólo nos diremos lo imprescindible...

CLARA.- A media tarde, mi madre le preparaba caldo o zumo y me decía que se lo llevara. Recuerdo la habitación oscura a pleno día...

MERCEDES.- como si fuéramos dos extraños compartiendo el pasillo, el comedor, el dormitorio...

CLARA.- Recuerdo el aire oliendo a alcohol y la respiración desacompasada de mi padre.

MERCEDES.- Dos noches dormiré en el salón y la tercera dormiremos juntos, muy quietos, cada uno en su filo de la cama,

CLARA.- Durante siete días la casa se llenaba de paredes invisibles y mi padre se movía entre ellas rehuendo nuestros ojos.

MERCEDES.- muy quietos, fingiendo estar dormidos.

CLARA.- Después, poco a poco, todo volvía a la tranquilidad...

MERCEDES.- Hasta que una noche los pies se rozan por debajo de las sábanas y la costumbre del sueño nos acerca y me despierto abrazada a él y sé que no es un extraño, que es él, y ya han pasado ocho o diez días y no soporto la frialdad de la casa, el silencio, las miradas llenas de reproches...

CLARA.- Eso siempre me sorprendía, que todo pudiera volver a estar como antes...

MERCEDES.- Ese día hablábamos, por fin, sobre todo yo, desahogándome, diciendo todo lo que había callado durante siete días,

CLARA.- No sé si yo podría soportar tanto como mi madre,

MERCEDES.- dispuesta ya a perdonar, porque Fernando lo lamenta, lo lamenta de verdad,

CLARA.- no sé si merecería la pena soportar tanto como soportaba ella...

MERCEDES.- lo veo en sus ojos, en su voz, en sus manos, lo lamenta de veras, no sabe cómo evitarlo, pero lo va a intentar, y termina llorando, lo va a intentar por mi bien, con todas sus fuerzas, por Clara y Pablo, y lo dice de verdad, yo sé que lo dice de verdad, pero no, él no necesita ayuda, él lo va a lograr solo, y lo dice de verdad..., “de verdad, Mercedes, de verdad...” (*CLARA se dirige hacia la grabadora, la pasa hacia atrás y la conecta. Su voz en off empieza a sonar antes de que acabe el monólogo de MERCEDES.*) Por eso, a los nueve o diez días, me obligo a creer que ya no va a suceder más...

VOZ EN OFF DE CLARA.- Raúl, ¡qué bien que hayas podido venir! ¿Te apetece un copa? (*Un pequeño corte. Después continúa su voz en un tono más bajo. Sobre ella se superpone el resto de la escena.*) Mira Raúl... ya sabes que llevo una semana un poco



inquieta, y yo te dije que no era nada, que el trabajo y verte a ti tan agobiado con los exámenes... No, no, no es eso... ¡Déjame hablar, Raúl! No, no pasa nada, sólo un poco nerviosa y si no me dejas hablarte con tranquilidad... Porque no es fácil, ¿sabes?, tengo que buscar las palabras y hasta los gestos con los que voy a contarte lo que tengo que contarte... Porque yo no tenía prevista esta conversación, y no sé por dónde voy a empezar ni en dónde acabar... ¡Que no me interrumpas, joder! No, no estoy histérica, ¡no estoy histérica!

MERCEDES.- y me lo digo así, en voz alta, “¡no va a suceder más!”, para hacerme más fuerte, para convencerme, “¡confía en él!” y aprendo a quererle de nuevo y a abrazarme a él por las noches, “¿y qué hago si vuelve a pasar?”... A los tres meses, otro viernes u otro sábado, Fernando se retrasa, y yo vuelvo a calzarme y bajo al bar, y cuando subo la calle sola, la calle más larga que nunca, siempre me digo a mí misma que esta noche ha sido la última vez... La última vez... Pero son sólo palabras...

CLARA.- Palabras...

MERCEDES.- Palabras aprendidas

CLARA.- palabras grabadas

MERCEDES.- palabras oídas mil veces

CLARA.- palabras dichas mil veces

MERCEDES.- palabras susurradas

CLARA.- palabras a gritos.

MERCEDES.- Coja usted una palabra, dóblele cuidadosamente las esquinas

CLARA.- guárdela en un cajón, preferiblemente de madera.

MERCEDES.- Si lo abre a los tres días descubrirá que

CLARA.- insospechadamente

MERCEDES.- y por arte de magia

CLARA.- su palabra inocente

MERCEDES.- pequeñita

CLARA.- de las esquinas dobladas

MERCEDES.- ha abierto un agujero terrible

CLARA.- en su precioso mueble de caoba.

MERCEDES.- Palabras como grietas

CLARA.- como ecos

MERCEDES.- como filtros

CLARA.- como piedras

MERCEDES.- palabras para alejar a los fantasmas

CLARA.- para apagar la soledad

MERCEDES.- para apagar el silencio. El silencio...
(*Se dirige hacia la radio y la conecta.*)

VOZ DEL LOCUTOR.- Y ahora este tema que Ramón le dedica a Conchita, para demostrarle su amor y porque sabe que le gusta mucho.

(*Comienza a sonar “Bésame mucho” de The Beatles. Las dos mujeres lo escucharán primero quietas, luego irán progresivamente despertando su cuerpo y acabarán bailando cada una a su lado, con la libertad de quien no está siendo visto por nadie. Durante el baile, llega un momento en el que ambas se encuentran y comienzan a danzar juntas, felices.*)

CLARA.- ¿Te acuerdas de cuando jugábamos a la rayuela?

MERCEDES.- Sí, claro...

CLARA.- Tú hacías el dibujo en el suelo.

MERCEDES.- Y tú buscabas una piedra adecuada.

CLARA.- Ni muy grande ni muy pequeña... Mis amigas se extrañaban de ver a una madre saltando...

MERCEDES.- (*Comienza a jugar.*) Abajo la tierra.

CLARA.- Arriba el cielo.

MERCEDES.- Y para llegar arriba hay que ir despacio, pasito a pasito, sin impacientarse, golpeando con suavidad porque si no la piedra se sale del dibujo y ya has perdido.

CLARA.- Pasito a pasito.

MERCEDES.- Hasta llegar al cielo... ¿Sabes cuándo llegaba yo al cielo?

CLARA.- ¿Cuándo?

MERCEDES.- *(Se va hacia la zona de CLARA y se acomoda allí, como si estuviera en la habitación de una amiga.)* Los martes por la tarde...

CLARA.- ¿Los martes?

MERCEDES.- Sí... era nuestro día...

CLARA.- ¿El día de quién?

MERCEDES *(Picarona.)-* Pues de quién va a ser, boba, de tu padre y mío... Ya sabes..., “el día”... No te pongas colorada, mujer, que ya no eres una chiquilla...

CLARA.- ¿Teníais un día?

MERCEDES.- Pues claro... Bueno, no, al principio no... Pero luego, pues no sé cómo llegó la cosa, pero tocaba el martes, quizá porque era el día que Pablito y tú os ibais con la abuela...

CLARA.- ¿Así que mientras la abuela nos preparaba churros con chocolate, vosotros...?

MERCEDES.- Pues sí... ¿No me digas que te sorprende?

CLARA.- No, claro... Pero es que me cuesta imaginaros...

MERCEDES.- ¿Y cómo te crees que vinisteis Pablito y tú al mundo? Yo me pasaba toda la semana deseando que llegara el martes...

CLARA.- Podríais haber elegido dos días en vez de uno...

MERCEDES.- No..., si estaba bien esa sensación de espera... Tu tía Encarna se escandalizaba un poco, porque ella decía que sólo lo hacía por obligación, porque Javier la reclamaba... En cambio yo me lo pasaba muy bien... me reía mucho...

CLARA.- ¿Te reías?

MERCEDES.- Sí... Tu padre era un hombre muy gracioso en esas situaciones...

CLARA.- No me lo imagino...

MERCEDES.- Normalmente era cariñoso, ¿sabes? Por eso me enamoré de él... Tú lo veías de otra manera...

CLARA.- A mí lo que más me gustaba de papá eran su brazos... Sus brazos fuertes, su espalda ancha, su manera de levantarme en volandas y llevarme corriendo por toda la casa. Fiiiuhhhh... Fiiiuuuuhhh... Alto y rápido... Fiiiuuuuhhhh... Y yo me sentía protegida, sujeta por sus músculos de Popeye. La primera vez que le vi pegarte yo tenía seis años. Era de noche. Recuerdo que había tenido una pesadilla y me había levantado para que me dejarais dormir con vosotros, como otras veces. Pero al entrar a vuestro cuarto vi que la cama estaba sin deshacer, y entonces os escuché en la cocina. Discutíais, sentí un golpe, como una silla muy pesada que volcara y cayera.

MERCEDES.- Cuando te descubrí en la puerta, quieta, medio dormida en tu pequeño pijama de ositos, ese pijama rosa lleno de ositos que jugaban...

CLARA.- “¡Clara, regresa a la cama! ¡Quién te ha dicho que te levantarás!”

MERCEDES.- ¡No me gusta que andes descalza!

CLARA.- No me gusta que andes descalza... Menudo comentario... A mí me parecía que todo se había quedado parado, como cuando se pulsa el *pause* en una película de vídeo..., y yo miraba muy fijo los brazos de papá, esos brazos anchos



y fuertes de Popeye el marino soy... esos brazos que ya nunca más volvieron a llevarme en volandas...

MERCEDES.- Tenía un lunar aquí, ¿recuerdas?, en el hombro derecho.

CLARA.- Dicen que dejó de beber en la cárcel... Cuando salió de allí, la tía Encarna lo mantuvo alejado... No sé si él hubiera querido seguir viviendo con Pablo y conmigo... Nunca le pregunté.

MERCEDES.- Y otro en la oreja, pequeñito, casi invisible...

CLARA.- Ha envejecido muy rápido, ¿sabes? En este último año nos hemos vistos dos veces, y a mí me parecía que se iba desgastando, minuto a minuto.

MERCEDES.- (*Mirando hacia su lado del escenario.*)
¿Has oído?

CLARA.- Mañana voy a llamarle... Hace mucho que no hablamos...

MERCEDES.- (*Se levanta.*) Es Pablo, ¿verdad? Creo que está llorando...

CLARA.- Yo no he escuchado nada.

MERCEDES.- Debo irme... Llevo mucho rato aquí y... me queda mucha costura. Y Pablo... no debo

dejarle solo... *(Se dirige hacia su lado. Es de nuevo la ama de casa de las escenas anteriores.)*

CLARA.- ¿Lo vas a esperar despierta?

MERCEDES.- Sí..., ya no tardará mucho. *(Va a marcharse, pero se arrepiente y se dirige a CLARA.)* Ojalá supiera explicarte... *(Se calla. La abraza brevemente y se separa de ella.)*

CLARA.- ¿Sabes?, es una lástima que las madres y las hijas se lleven tantos años... *(MERCEDES asiente sin hablar.)* Mamá. *(MERCEDES se vuelve.)* No, nada...

(MERCEDES regresa a su sitio y retoma la costura. Mientras CLARA coge la grabadora. La pone a funcionar. La deja durante un rato registrando el silencio, sin saber que decir. Luego comienza.)

CLARA.- No es sólo cuestión de que no encuentre las palabras precisas... Es que ni siquiera sé cómo pensarlo. "Raúl, estoy embarazada." Esa sería la forma más directa y precisa... No, no entiendo cómo ha pasado... Yo tampoco lo esperaba... Algún fallo de cálculo..., imagino... ¡No lo sé Raúl, no lo sé! No sé de quién es la culpa..., pero ya todo eso da igual, ¿entiendes?, porque ahora hay algo aquí dentro... Algo tan pequeño que casi no existe... Sería muy fácil decir que no; no dejaría ni una huella, apenas una mañana en

el hospital y todo seguiría igual que antes... Y es lo que debería hacer, seguramente, es lo que le recomendaría a cualquiera en mi caso..., es lo que yo misma hubiera hecho ayer, antes de escuchar al médico decirme que sí, que hay algo de tres semanas ocupándome por dentro... ¿Imaginas? Algo chiquito que crece aquí dentro...

MERCEDES.- Anoche soñé que era abuela. Clara me traía un bebé precioso, no sé si niño o niña, y me lo colocaba en el regazo... Se parecía tanto a ella recién nacida... Fue delicioso descubrir la forma perfecta y diminuta de sus deditos, sentirlos aquí, abrazando con fuerza mi pulgar... Clara me traía su bebé y yo la enseñaba a acunarlo, a vestirlo, a hacerle botitas y gorros de punto... Después cantábamos juntas con esa voz que ponemos las madres cuando mecemos a nuestro hijo,... con esa voz..., muy bajito, para se quede dormido y tenga dulces sueños...

(Las dos comienzan a tararear “Bésame mucho”, muy lento, como una nana, MERCEDES cosiendo y la otra meciéndose con suavidad, abrazada a su vientre.)

TELÓN



notas

PROPUESTAS DE DEBATE

1. ¿Crees que Mercedes amaba a su marido, o tenía un problema de dependencia?



notas

PROPUESTAS DE DEBATE

2. ¿El alcohol era el culpable de la situación o sólo el detonante?





notas

PROPUESTAS DE DEBATE

3. ¿Influyó en Clara la muerte de su madre?



notas

PROPUESTAS DE DEBATE

4. ¿Perdonó a su padre?





MAS ALLÁ DE LA LÍNEA AZUL

CARMEN POMBERO





CARMEN POMBERO

Carmen Pombero nace en Sevilla en 1973. La quinta de siete hermanos, se cría en el seno de una familia rodeada de inquietudes artísticas (su hermano, Tomás Pombero, es una de los fundadores de la premiada compañía de Títeres Desguace Teatro). A los catorce años comienza su carrera como actriz en la compañía La Piña. Pero en 1997, tras un periodo de formación en New York, regresa a Sevilla para dedicarse a la dirección y dramaturgia y se hace cargo del grupo de teatro universitario de la Facultad de Medicina, ganando en 1999 el Primer Premio del Certamen de Teatro Joven. En el 2000 decide montar su propia compañía y crea el espectáculo musical “Vanidades”, que le reporta muy buenas críticas. En el 2001, tras estudiar en Cuba, comienza a escribir para televisión y empieza su reconocimiento como dramaturga. Obtiene por su obra “Pater, Matris”, el Accésit de los Premios María Teresa León y el Segundo Accésit de los Premios Romero Esteo. En el 2003 gana el Premio Internacional Rafael Guerrero de Teatro Mínimo y al mismo tiempo obtiene el Premio María Teresa León a la mejor autora de habla hispana por “Elkafan”





y el Premio Martín Recuerda al mejor autor andaluz por su obra “Cuando Regreses a New York...”. Algunas de sus piezas teatrales se estrenan en diversas ediciones del Salón del Libro Teatral Español e Iberoamericano como muestra de la Nueva Dramaturgia Española y en la Semana Mundial de Autores Vivos, evento que tiene su sede mundial en Marsella, proyectando su carrera hacia el extranjero. Desde entonces, su obra se estrena y publica con éxito en Argentina, México, Los Ángeles o Texas y es objeto de estudio en universidades americanas. Desde el 2005, afincada en Madrid, trabaja como guionista y ha colaborado con Benito Zambrano, Félix Sabroso y Dunia Ayuso, Ángeles González-Sinde o Manuel Iborra.

En su trabajo destaca una temática constante de compromiso y denuncia social, sometiendo a tela de juicio los valores de la sociedad occidental contemporánea y lanzando un mensaje de esperanza que invita al entendimiento entre los seres humanos. Sus señas de identidad son los diálogos ágiles y fluidos; la elipsis temporal donde se entremezclan los tiempos y escenarios simbólicos a partir de elementos cotidianos; y el uso de las escenas oníricas para marcar las transiciones, lo que contrasta con el marcado realismo de los contenidos. Recientemente ha comenzado a escribir literatura infantil y juvenil a raíz del nacimiento de su primer hijo.







MAS ALLÁ DE LA LÍNEA AZUL

PERSONAJES (Por orden de aparición):

POLICÍA MELQUÍADES, 45 AÑOS

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA

FELICIANA, 50 AÑOS

ANGELITA, 25 AÑOS

JUANITA, 25 AÑOS

BEBÉ DE JUANITA

EMELIA, 45 AÑOS

BENJAMÍN, SU HIJO DE 13 AÑOS

CAPATAZ (HERNÁN), 50 AÑOS

FELIPE, MARIDO DE ANGELITA, 27 AÑOS

PRESTAMISTA (DON DIEGO), 55 AÑOS





FACTURACIÓN

El espacio está a oscura. Se oyen voces y lamentos de MUJERES que, poco a poco, se entremezclan con los ladridos de unos perros... Una tenue luz deja ver la figura imponente de un POLICÍA (Melquíades), de las patrullas mejicanas fronterizas. Tras él hay una verja metálica con un cartel desvencijado que reza: "Aeropuerto a Tijuana". Delante del POLICÍA hay una línea azul recién pintada.

POLICÍA.- No me pueden pasar acá. ¡Quietas ahí he dicho! (*Saca su porra.*)

MUJER 1.- Juanito, hijo, cuídate.

POLICÍA.-Atrás. (*Amenaza con la porra en alto.*)

MUJER 2.- Escíbame, mi amor. Escíbame.

POLICÍA.- (*Da un paso atrás.*) ¿Me quieren chingar, eh? ¡No sigan o les suelto los perros!

MUJER 3.- Ten mucho cuidado en América, hermano. Cuídese de los gringos.

POLICÍA.- Puta mierda... Esteban, suelta los perros, carajo, que ya me harté de estas pendejas.

La jauría de perros cobra intensidad y los gritos de las Mujeres, en consecuencia, se agudizan. Chillan. Lamentos. Quejas. Más lamentos.

POLICÍA.- Ya las avisé. ¿Se tienen que quedar más allá de la línea azul! ¿Es que no me oyeron?

Silencio. Sólo los perros.

Un grupo de Mujeres, con las cabezas tapadas por pañuelos y las expresiones del coro de una tragedia griega dibujada en sus caras, aparecen por el proscenio.

POLICÍA.- Vamos, los que van a embarcar que pasen de una jodida vez, que tienen que facturar primero. Y las señoras que no viajen, atrás. (*Señala la línea con la porra.*)

Ellas, el coro, todas a la vez, dan un paso hacia delante. El Policía avanza hacia ellas golpeando amenazadoramente la porra contra su mano.

POLICÍA.- Ni me pisen la línea azul o las sirvo de almuerzo a los perros... ¿me oyeron, viejas?

Los perros ladran enloquecidos. Murmullos de las Mujeres que van subiendo hasta conformar un lamento acompasado.

POLICÍA.- Me tienen ya bien enchilado, oigan...

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Cuídate mi amor. Te quiero, hijo. Escríbame, se lo suplico. Cuídate mi amor. Te quiero, hijo. Escríbame, se lo suplico. Cuídate mi amor. Te quiero, hijo. Escríbame, se lo suplico. Cuídate mi amor. Te quiero, hijo. Escríbame, se lo suplico.

POLICÍA.- No avancen... (*Reculando.*) No avancen.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- (*Avanzando.*) Cuídate mi amor. Te quiero, hijo. Escríbame, se lo suplico. Cuídate mi amor. Te quiero, hijo. Escríbame, se lo suplico. Cuídate mi amor. Te quiero, hijo. Escríbame, se lo suplico.

POLICÍA.- (*Retrocediendo.*) Más allá de la línea azul... ¡No me mamen más!

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Cuídate mi amor. Te quiero, hijo. Escríbame, se lo suplico. Cuídate mi amor. Te quiero, hijo. Escríbame, se lo suplico. Cuídate mi amor. Te quiero, hijo. Escríbame, se lo suplico.

El Policía saca el arma. Las apunta. Sube el arma al cielo.

POLICÍA.- ¡Atrás carajo!

Tres disparos.

Oscuro.

CONTROL

FELICIANA y su hija ANGELITA están en medio del prado casi seco por las escasas lluvias del año. FELICIANA, maltratada por la dureza de la vida, parece mucho mayor. Se apoya en su cayado con gesto serio y austero, mientras ANGELITA saca la comida que trajeron: pan, queso y leche.

FELICIANA.- Si este año no llueve más, el próximo verano, (*señala al horizonte*) tendremos que subir las cabras a lo más alto del monte.

ANGELITA.- ¿Y qué hacemos con los niños, madre?

FELICIANA se encoge de hombros.

FELICIANA.- Hay que ir pensando en contratar a una que nos ayude. Una que se venga conmigo al monte y tú te quedas con los niños.

ANGELITA mira a su madre con preocupación.

FELICIANA.- A ver, Angelita, me chingué, ¿oíste? Estamos solas y jodidas. Todas las Mujeres de este pueblo se han quedado solas. Ya ni me acuer-

do la última vez que este lugar tuvo hombres... Contratamos a una vieja y despedimos a la que tenemos haciendo quesos, a Hortensia. Ella también tiene niños bien chingaderitos, de no más de cuatro años el mayor. Pues no se va a querer venir al monte... Si no, bien le daba la chamba a ella. Me da lástima... Su marido le manda tan poca remesa que no le llega para alimentar a los tres chamacos que tiene... (*Mira a su hija anhelando su aprobación.*) No nos podemos permitir pagar dos jornales.

ANGELITITA.- (*Asiente, triste.*) Si, madre. Tiene usted razón.

ANGELITITA le pasa su porción de pan y queso a su madre. Por unos instantes, ambas se miran con pena por lo que van a hacerle a HORTENSIA. Pero al cabo de unos segundos, empiezan a comer... JUANITA asoma por el camino arrastrando un montón de leña que lleva sobre una tabla de madera con cuatro ruedecitas. En el otro brazo carga con su hijo de un año, que se ha quedado dormido con su pezón en la boca.

FELICIANA.- (*Grita.*) ¿Qué le pasó a la mula, Juanita?

JUANITA.- ¡Aflojó, señora Feliciana! Está huevona la mula, pero espero que se cure y me dure unos años más... Si no...

Se detiene junto a ellas y les muestra la tabla con las ruedas.

JUANITA.- Mientras se me mejora la mula, mi Abelardo me fabricó el invento.

ANGELITA.- Pero qué trucha es ese chavalo. Sería un gran ingeniero. ¿Y aún no alcanzó los ocho, verdad?

JUANITA se ha fijado en que madre e hija comen y mira con deseo sus viandas.

JUANITA.- Recién los cumplió. Es el hombre de la casa. Si no fuese por él, yo no podría ir y venir todos los días al pueblo a vender la leña.

FELICIANA bebe un poco de leche. JUANITA se relame.

ANGELITA.- Abelardo los cuida bien...

JUANITA.- (*Se emociona.*) Es un santo.

FELICIANA.- (*Señala al que lleva en brazos.*) ¿Y a ese aún no le destetaste?

JUANITA niega con vergüenza. ANGELITA mira a su madre desaprobándola. Está claro que es lo único que tiene para darle de comer. FELICIANA rectifica.

FELICIANA.- No hay nada mejor que la teta. Con eso, no te enferman nunca.

JUANITA sonríe más relajada. ANGELITA se acerca a JUANITA y le ofrece leche. JUANITA la coge con ganas y se la bebe. Madre e hija ven con pena el hambre de JUANITA porque se quita el pan de la boca para dárselo a sus hijos.

FELICIANA.- Prueba el queso, verás que bueno nos quedó.

FELICIANA le da su porción de queso. JUANITA se la come en un santiamén. El CORO DE MUJERES de la frontera llega. Las MUJERES van cargadas unas con cántaros de leche para vender, otras con cestos de fruta, otras con lana... Van, como JUANITA, al pueblo... A vender para comer.

JUANITA.- Esa Hortensia es bien padre. (A ANGELITA.) ¿Qué sabes de Felipe?

ANGELITA.- (Con añoranza.) Sigue trabajando en una obra. No lo gana mal. Nos manda buena remesa.

FELICIANA, a medida que va transcurriendo la conversación entre su hija y JUANITA, se va viniendo abajo y se aísla de las dos Mujeres.

ANGELITA.- Pero aquí somos tantos a mantener. Mis dos hijas, los de mi hermana, que trabaja en una casa cuidando los hijos de una actriz de Hollywood, en Los Ángeles.

JUANITA.- ¡Qué bueno! Conocerá a muchos famosos...

ANGELITA.- (*Orgullosa.*) Algunos... ¿Y Edgar?

JUANITA.- (*Apenada.*) Perdió el trabajo la semana pasada. Anda buscando...

ANGELITA.- Se fue tan lejos...

El CORO DE MUJERES se coloca tras FELICIANA.

JUANITA.- Es donde teníamos familia, en New Jersey.

ANGELITA.- A ver si se puede bajar. A San Diego, a Los Ángeles...

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- A San Diego, a Los Ángeles...

JUANITA.- Dios te oiga, así podría verlo más. Sólo viene cada dos años.

Juanita y Angelita quedan sólo con gestos, en una pantomima, sin hablar.

FELICIANA.- (*En voz baja.*) Y la deja preñá...

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Fresno, San José ...

FELICIANA.- Ya lleva diez años fuera. Cinco barrigas.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Más cerca, Sacramento. Más cerca, más cerca.

FELICIANA.- Deja, deja que no esté más cerca... o cinco barrigas serán diez.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- San Francisco, San Luis. Más cerca, más cerca.

FELICIANA.- Eso es lo que te hacen ellos. Vienen, te joden, te preñan y adiós muy buenas.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Fénix, Corpus Christi. Más cerca, más cerca.

FELICIANA.- Y un día, dejan de venir...

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- San Antonio, El Paso. Más cerca, más cerca.

FELICIANA.- De escribir...

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Albuquerque, Santa Fe. Más cerca, más cerca.

FELICIANA.- De llamar...

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Las Cruces... Más cerca, más cerca.

FELICIANA.- Y de mandar dinero... (*Mira a Juanita, de espaldas a ella.*) ¿para qué le quieres más cerca?

Oscuro.

PUERTA DE EMBARQUE

EMELIA, una Mujer voluptuosa y hermosa, y BENJAMÍN, su hijo, están en una polvorienta explanada cercada por una valla de alambre. Están al otro lado de la valla, sentados en unos bancos de madera y rodeados de otras Mujeres (el Coro). Los dos miran sonrientes el espectáculo mientras toman una limonada y comen unos nachos. Se trata de un rodeo local. El CAPATAZ, Hernán, un hombre de buen ver, megáfono en mano, habla al tiempo que lo hacen madre e hijo.

CAPATAZ.- Es un gusto verlas a todas un año más... (*Saluda a Emelia con una sonrisa y sacándose levemente el sombrero tejano.*) Estamos aquí en esta aldea tan requetelinda como todos los años, para presentarles a los mejores vaqueros de Rodeo, que arriesgan su vida para la clasificatoria del trofeo estatal.

BENJAMÍN.- (*Emocionado.*) Como le gustaría a Joaquín ver esto. (*Señala.*) Mira esa res mami.

EMELIA.- (*Tomando su limonada.*) Bien brava, sí.

CAPATAZ.- Este año tenemos vaqueros de todo México. De los Estados de Baja California, Sonora, Chihuahua, Nuevo León y Coahuila.

BENJAMÍN.- (*Sorprendido.*) ¿De tantos sitios? No sabía que este rodeo se había hecho tan famoso...

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Sonora, Chihuahua, Nuevo León, Coahuila... no hay hombres, no hay hombres.

CAPATAZ.- Y de los Estados de Durango, Zacatecas, Hidalgo y Guanajuato...

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Durango, Zacatecas, Hidalgo, Guanajuato... no hay hombres, no hay hombres.

BENJAMÍN.- (*Esperanzado.*) Si estuviera aquí Lorenzo... es más chingón que todos esos vaqueros, ¿a qué sí mamá? A lo mejor un año viene y se gana el trofeo... .

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- No esperes, no esperes.

EMELIA.- (*Le mira por primera vez. Con pena.*) De seguro, hijo...

CAPATAZ.- Este rodeo de hoy viene a dignificar el deporte del Rodeo. Vamos a fortalecer la cohesión familiar y social, porque el rodeo nos une. Hermanos, primos, hijos y amigos.

BENJAMÍN.- (*Mirando a su alrededor.*) Cuando me traía Tomás había más gente.

EMELIA.- Había más hombres... ya, cada vez son menos.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Aguascalientes, Tamaulipas, muchos más. No hay hombres, no hay hombres.

CAPATAZ.- Vamos a proteger a los animales, que aquí no los matamos como en la madre patria. Y sobre todo, vamos a darle espectáculo a los aficionados, a los promotores y a los patrocinadores. Un aplauso por ellos.

Todas aplauden.

BENJAMÍN.- (*Sin dejar de mirar al ruedo y aplaudiendo aún.*) Le voy a pedir a Lorenzo que me lleve al rodeo de Dallas. Él cuenta en las cartas que ya estuvo dos veces. ¿Vendrá este año mi hermano, mami?

EMELIA.- (*Le mira, triste.*) No lo sé.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- No esperes, no esperes...

CAPATAZ.- Y ahora, prepárense, señoras, niños y niñas para el espectáculo.

BENJAMÍN.- Ojalá que no sea como Alfredo, que ni le vi en persona aún...

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Dieciocho años sin verle... no esperes, no esperes.

EMELIA.- (*Mira a las Mujeres.*) Es que Alfredo no consiguió los papeles. Está ilegal y si cruza, ya no podrá regresar a América, a ganarnos la plata...

CAPATAZ.- Les noto el nerviosismo, se palpa, está en el ambiente... ¿Alguna de ustedes tiene un hijo en el rodeo de hoy? (*Las mira a todas. Se detiene en Emelia.*) ¿Usted? (*Emelia niega, pero él sigue mirándola, embelesado.*)

BENJAMÍN.- Me gustaría algún día conocer a mi hermano mayor...

CAPATAZ.- (*Repite con gestos lo que va diciendo.*) La mano derecha amarrada al pretal, los amarres revisados y el sombrero bien colocado... ¿Listos para montar?

BENJAMÍN.- ¿Te acuerdas del año que ganó Néstor?

EMELIA.- ¿Ganó? No lo recuerdo.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Olvida.. pasa el tiempo... no regresan... no regresan...

CAPATAZ.- Después de algunos minutos, una vez ya preparados, la mano izquierda da la señal. (*Hace el gesto.*)

BENJAMÍN.- Yo sí, porque fue mi primer rodeo. Tenía cinco años y él trece. Justo ese año se fue para América...

EMELIA.- Ah, cierto... ya me acuerdo.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Recuerdo... pasa el tiempo... se olvida, se olvida.

CAPATAZ.- Ocho segundos, sólo ocho hay que aguantar.

BENJAMÍN.-Yo ya tengo trece...

CAPATAZ.- Novecientos kilos de carne y músculos saltan a la arena para librar la batalla entre el jinete y el toro. ¡Esto es el rodeo, señoras! Sudor y esfuerzo.

BENJAMÍN.- Ojala yo también me fuera...

A EMELIA se le hiela la sangre. El CAPATAZ se queda congelado en la postura del vaquero: la mano derecha amarrada al pretal, la mano izquierda en alto haciendo la señal y las espuelas clavadas en el toro imaginario. EMELIA mira a su hijo con pavor. El CORO DE MUJERES también mira al niño, aterrorizadas.

EMELIA.- Tú no tienes que marchar, mi hijito. Ahora tenemos un viejo que nos cuida.

A BENJAMÍN se le hiela la sangre. Aparta la vista de su madre. El CORO DE MUJERES también le vuelve la espalda a EMELIA.



CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Cuando tú no estás...

EMELIA.- Un hombre respetable, con un buen trabajo.

BENJAMÍN.- (*Entre dientes, despectivo.*) Policía de la frontera.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Cuando tú te vas...

EMELIA.- ¿Qué fue, hijito?

BENJAMÍN.- Nada. Pero mis hermanos... Todos se fueron.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Cuando estás ausente...

BENJAMÍN.- Y con trece. Con mi edad.

EMELIA.- Y mayores también.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- No respeta, mamita, no respeta. Benjamín: ¡Con trece años ya puedo trabajar de sobra!

EMELIA.- ¡Y estudiar!

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Con el cinto, con la mano, con un palo, ¡qué más da!

BENJAMÍN.- Mis hermanos no estudiaron.

EMELIA.- Y ahora mandan dinero para que tú estudies.

BENJAMÍN.- ¿Qué dinero? Yo no veo que seamos ricos... Como todo se lo das a él...

CORO DE MUJERES.- Dinero, dinero. Cuando tú no estás, cuando tú te vas...

EMELIA.- El señor Melquíades nos lo está invirtiendo en tierras para construir. Él sabe de cuentas más que tú y que yo. Dice que nos va a multiplicar la plata... Y cuando tú estudies, mijo, serás abogado o contable... llevarás el negocio con el señor Melquíades...

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Con el cinto, con la mano, con un palo, ¡qué más da!

Llega MELQUÍADES, el POLICÍA de la primera escena, vestido de paisano pero con su pistola en el cinturón reglamentario. Viene con un botellín de cerveza y unos nachos. Empuja a BENJAMÍN de malos modos para que le deje sitio. Está claro, por el gesto, que no le tiene ningún aprecio al niño. Enseguida se engancha a EMELIA y empieza a meterle mano, achucharla, besarla. Ella se deja hacer con una sonrisa.

EMELIA.- ¿Cuántas te bebiste ya, viejo?

MELQUIADES.- Es que tuve mal día, mi vieja. Papi necesita que le des su medicina (*La achucha.*)

EMELIA.- Ay, quita, que estamos en medio de todo el mundo.

MELQUIADES.- (*Despectivo.*) Sólo hay viejas aquí... Esto del rodeo ya no es como antes. (*Otra vez sobón.*) De seguro que no les va a importar a todas estas chingadas. Más bien que te van a envidiar, viejita. A saber el tiempo que hace que nadie las aprieta como te aprieto yo. (*La besuquea.*)

EMELIA trata de zafarse, sin perder la sonrisa, mientras MELQUÍADES está cada vez más salido. BENJAMÍN no puede con la escena, se levanta de malos modos. MELQUÍADES capta el gesto y se levanta, amenazador. EMELIA intercede como puede.

POLICÍA.- Síguete y te va a cargar la chingada.

EMELIA.- Él nos protege, hijo.

BENJAMÍN mira a su madre, a quien no le queda otra que dejarse hacer...

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Cuando tú no estás...

EMELIA.- Te protege.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Con el cincho, con la mano, a palos, ¡qué más da!

BENJAMÍN mira a su madre y se acaba marchando, dolido. El CAPATAZ, HERNÁN, deja la postura que ha mantenido hasta ahora, mira a EMELIA y a MELQUÍADES.



notas

CAPATAZ.- Si miraras bien...

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Verías, Emelia, verías...

CAPATAZ.- (*Señala a Melquíades.*) Sus golpes...
(*Se señala a él mismo.*) Mi amor.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- (*Cada vez más alto.*) Sus golpes, su amor, sus golpes, su amor, sus golpes, su amor.

Oscuro.

DELAY

JUANITA hace cuentas en una mesa de madera desvencijada bajo la luz de una vela. Sigue con el niño enganchado a la teta y dormidito. En un colchón que hay en el suelo se ven, bajo una manta, cuatro bultos, sus otros cuatro hijos. JUANITA está agobiada. Lo que sacó por la leña no le alcanza y las matemáticas las lleva con gran esfuerzo.

JUANITA.- Dos más siete... nueve... y los quince de ayer, más los treinta de la semana pasada... (*Mira a sus hijos en la cama.*) Nueve, qué miseria. Al menos debí intentar cambiar la leña por comida...

Rebusca en una caja que tiene sobre la mesa y saca unos panfletos. Le habla a su hijo dormido.

JUANITA.- Si yo supiese cómo conseguir los programas de crédito... (*Suspira.*) Y no basta con que te los den... hay luego que saber utilizarlos... (*Mira a su bebé. Se recompone, se esfuerza.*) Dos más siete... nueve... y los quince de ayer, más los treinta de la semana pasada... Tengo que aprender a leer y a escribir... Y así, que me puedan dar un crédito. Y

con el crédito, montar un pequeño negocio que nos dé para vivir. (*Se emociona.*) ¡Una tienda! (*La vela se le apaga.*) ¡Qué chingada! (*A oscuras.*) Dos más siete... nueve... y los quince de ayer, más los treinta de la semana pasada... (*Enciende la vela.*) Si no lo consigo... si no consigo salir de esta... voy a perder a mis niños, como Emelia... Se me irán no más cumplir los trece... (*Mira a sus hijos.*) Emigrarán a América. (*Abraza al hijo que lleva en brazos.*) Dos más siete... nueve... y los quince de ayer, más los treinta de la semana pasada... (*Se va acelerando, cada vez más cabreada ante la impotencia.*) El banco no quiere darme una hipoteca. Dos más siete... nueve... y los quince de ayer, más los treinta de la semana pasada... No me ve como propietaria, dicen... Dos más siete... nueve... y los quince de ayer, más los treinta de la semana pasada... Ni de la tierra, ni de la casa... Dos más siete... nueve... y los quince de ayer, más los treinta de la semana pasada... Porque todo está a nombre de Edgar. Dos más siete... nueve... y los quince de ayer, más los treinta de la semana pasada... Un prestamista. Necesito un prestamista.

Oscuro.

Cuando se hace la luz, sobre la mesa hay una jarra de vino, unos vasos, un poco de pan y queso. Ya no está JUANITA ni su bebé. En el colchón tirado en el suelo, bajo las mantas, sólo se ve una figura adulta. Suenan unos golpes en la puerta. Alguien llama en mitad de la noche. ANGELITA, que es quien dormía bajo las mantas del colchón, se incorpora.

ANGELITA.- ¿Quién va? (*Nadie responde. Nuevos golpes.*) ¿Quién anda? (*Angelita saca un rifle de debajo de las mantas y apunta en dirección a la puerta.*) Si no se va, pendejo, disparo.

VOZ DE FELIPE.- ¿Angelita? ¿Eres tú?

A ANGELITA se le cambia la cara. Enseguida deja el rifle, sale de la cama y se pone una toquilla sobre el camisón con celeridad.

ANGELITA.- ¡Felipe! ¡Felipe! ¿De verdad eres tú?

ANGELITA sale de escena a abrir. Enseguida regresa andando de espaldas, espantada por lo que acaba de ver. Tras ella entra un hombre ciego y harapiento. Es FELIPE, su marido.

FELIPE.- No te asustes (*Llevando las manos hacia delante como queriéndola tocar.*) ¿Estás ahí?

ANGELITA.- ¿Qué te pasó, viejo?

FELIPE.- Un accidente... en la obra... Me votaron.

ANGELITA.- ¿Sin indemnizarlo a usted?

FELIPE.- No tengo papeles, Angelita. Me votaron sin más. A duras penas he cruzado la frontera.

FELIPE sigue avanzando a tientas. ANGELITA le saca la silla para que se siente, pero él tropieza con ella y casi cae de bruces. ANGELITA aún está conmocionada por el trágico regreso y es incapaz de reaccionar.

ANGELITA.- Tendrá hambre... Y sed.

FELIPE.- ¿No me vas a abrazar?

ANGELITA.- Sí... perdona.

ANGELITA le abraza con timidez. Él, sin embargo, la abraza fuerte. Ella se siente extraña. Él, reconfortado.

FELIPE.- Qué ganas de abrazarte, mi amor. El viaje fue tan duro...

ANGELITA.- (*ANGELITA se zafa, incómoda, y le sienta.*) ¿Cómo te dejaron pasar los gringos? No le dieron una de esas palizas que les dan para que no regresen.

FELIPE.- ¿A un ciego? Ellos saben que así no puedo volver... (*La agarra de la mano justo cuando ella iba a coger la jarra de vino. ANGELITA se siente violenta.*) Pero se equivocan. ¡A mí no me van a chingar



esos! Por el camino me hice amigo de un médico. Un viejo de Chihuahua. ¡Dice que me puede curar! Sólo tenemos que reunir la plata para pagarle... Y entonces, mi amor, me regreso a América...

ANGELITA le mira con una mezcla de pena y rabia. Le pone pan en la mano.

ANGELITA.- Anda, come viejo.

FELIPE.- ¿Y las niñas?

ANGELITA.- Dormidas.

FELIPE.- Ándate y las despiertas. Tengo ganas de verlas.

Los dos se callan. La expresión que ha usado FELIPE les hace darse de bruces con la gravedad de la situación. ANGELITA, que había cogido al fin la jarra de vino para servirle, se queda con ella suspendida en el aire. No se atreve ni a respirar. FELIPE se desmorona y rompe a llorar. ANGELITA deja la jarra y le abraza, al fin, consolándolo.

Oscuro.

LAST CALL

Tres espacios conviven en escena:

Espacio A: una cama pequeña y desvencijada.

Espacio B: una verja.

Espacio C: una mesa con dos sillas, una frente a otra.

En el espacio A, a la izquierda del escenario, duerme MELQUÍADES, el POLICÍA. Desde la pata lateral del escenario le vigila BENJAMÍN.

En el espacio B, en el centro de la escena, aferrado a la verja y con gafas de sol, está FELIPE, mirando con sus ojos ciegos al horizonte que hay más allá de la verja.

En el espacio C, a la derecha del escenario, está Juanita sentada frente al prestamista, DON DIEGO.

Las tres escenas suceden simultáneamente. Cuando el diálogo se centra en uno de los espacios, el resto de las escenas se convierten en pantomima, donde los actores gesticulan y actúan sin hablar. Así, mientras esta conversación entre JUANITA y DON DIEGO se produce, MELQUÍADES se despierta, se despereza, se levanta de la cama y se viste de uniforme, y todo ante la atenta mirada de



BENJAMÍN agazapado en el suelo... FELIPE, por su parte, mira sin ver hacia el horizonte.

JUANITA.- Verá, Don Diego, yo quería poner un puestecito no más, en el mercado de mi aldea, para no tener que venir andando el camino todos los días, cargada de leña y teniendo que dejar solos a mis chamacos.

DON DIEGO la mira lascivo. Se relame con la guapa JUANITA. Se toma su tiempo mientras la Mujer aguarda su respuesta, anhelante. DON DIEGO enciende un puro con parsimonia y se reclina en el respaldo de la silla.

DON DIEGO.- Mira, Juanita. Yo por mí, encantado de servir a una Mujer tan hermosa. Pero me tenéis que reconocer que esa chingada del puestecito es bien jodida. Tu aldea está llena de Mujeres tan pobres como tú. ¿Qué les vas a vender, eh? Todas tienen a sus viejos en América, mandándoles unas remesas, el que las manda, que poco les alcanza para andar tirando. ¿Qué les vas a vender, eh?

JUANITA.- Leña... cosas de la tierra, de mi huerto.

DON DIEGO.- Del de tu marido, Juanita, de tu marido. Que ya te me ofrecí yo para...

JUANITA.- No quiero hipotecar las tierras.

DON DIEGO.- Dan bien poco, Juanita.

JUANITA.- Porque yo sola no las puedo labrar. Pero cuando mis hijos crezcan...

DON DIEGO.- Se irán, como todos.

JUANITA.- No, ellos no. Y Edgar, volverá.

DON DIEGO.- (*Escéptico.*) Ya, ya... Pero la próxima vez que venga, que no te deje panzona... (*Se ríe sonoramente.*)

DON DIEGO aparta el puro y se acerca lascivo a la Mujer sin levantarse de la silla. JUANITA se echa para atrás, intuyendo las malas intenciones de DON DIEGO. Quedan en su pantomima, un juego de acercamientos y alejamientos, en el que DON DIEGO trata de besarla y meterle mano y ella le rehúye sin violencia.

FELIPE.- América es tan grande, hijas, que tiene todos los climas que os podáis imaginar. En el norte hay una cosa que se llama tundra ártica, y hace un frío de a morirse, mijitas. No os gustaría aquel lugar... (*Entusiasmado.*) Pero lo que sí os iba a gustar son los bosques de América... Las Montañas Rocallosas, los Apalaches... Las tres Sierras Madre... Hay árboles que, en otoño, sus hojas se ponen naranjas y rojas... Y en primavera, todos los tonos de verdes están allí, dibujados sobre las copas vistiendo el horizonte de belleza y armonía... (*Divertido.*) Oh! También hay desiertos en

América, sí, como aquí. (*Anhelante.*) Pero allí son más bellos... mucho más. Las Grandes Llanuras... Las Montañas Rocosas, tan imponentes... El Cañón del Colorado... tan rojo como el fuego. Los pantanos del sur, los grandes ríos... el Missisipi... las playas doradas de California y las verdes palmeras de la Florida... la espuma blanca de la azul Miami... América, ¡qué grande es mi América!

ANGELITA.- No le hables así a las niñas... ¿O es que quieres que emigren también?

FELIPE se gira hacia su Mujer.

FELIPE.- Yo sólo les explicaba cómo es aquello. Por si un día podemos volver, todos juntos.

ANGELITA.- ¿Volver, Felipe? ¿Otra vez con la misma cantinela? ¿No ves cómo te dejaron allá? Y te devolvieron a México como a un perro. Ya no les sirves para nada.

FELIPE.- Pero tú... podrías buscarte una casa, como tu hermana...

ANGELITA.- Y dejar a mi madre las niñas, para que ella las críe, mientras yo crío a los niños de unos gringos... ¿Dónde está la lógica de eso? Yo no puedo dejar colgada a la vieja.

FELIPE.- Tu padre lo hizo...

ANGELITA le mira, seria.

ANGELITA.- ¿Qué estás hablando, viejo?

FELIPE.- Vi a tu papá en una cantina... Quiero decir... Bueno, que estaba mamado y allí me lo contó todo. Se enredó con una piruja colombiana, y ahora tiene cuatro chamacos con ella. El mayor apenas alcanzó los once.

ANGELITA se viene abajo unos segundos. Pero luego, la rabia aflora en su sangre. Se va para FELIPE y descarga contra él su impotencia.

ANGELITA.- ¿Y esa es tu querida América? ¿A esa mierda nos quieres arrastrar? ¡Maldita sea América! ¡Y maldito seas tú!

ANGELITA sale corriendo de allí. FELIPE queda solo y desconcertado.

MELQUÍADES sale al fin de la habitación y enseguida, BENJAMÍN entra y se pone a rebuscar en la cama, debajo de la almohada, debajo del colchón y en el propio colchón hasta dar con lo que buscaba: el dinero de su madre que supuestamente el POLICÍA andaba invirtiendo en terrenos urbanizables.

BENJAMÍN.- Hijo de la chingada.

En ese momento entra el POLICÍA y al ver al niño con las manos llenas de dinero, se saca la porra. BENJAMÍN se incorpora de un brinco.

POLICÍA.- ¡Ladrón! ¡Hijo de la rechingada!

BENJAMÍN.- ¿Ladrón yo? ¿De dónde sacaste este dinero, viejo? Pinche cabrón, ¡borracho! ¡Esto es de mi vieja!

POLICÍA.- *(Se abalanza sobre él y le golpea.)* ¡Tú a mí no me insultas! Te voy a dar de tu medicina, que es lo único que te relaja a ti, moco...

MELQUÍADES comienza a pegarle. El chico, ante la imponente presencia del otro, sólo le queda protegerse con las manos. En esas llega EMELIA con unos sacos y, al ver lo que pasa, los tira y grita. Sale corriendo hacia su hijo.

EMELIA.- ¡Melquíades, qué hace usted! ¿Se me ha vuelto loco? Suelte al niño.

BENJAMÍN.- Madre, la está robando, mire al colchón. ¡Mire!

EMELIA mira y descubre el pastel. Mira al POLICÍA, que se ha detenido pero aún tiene la porra en alto.

EMELIA.- Melquíades... ¿pero qué es esto? ¿Me está usted robando? ¿Usted, un hombre de la ley?

El POLICÍA saca su pistola reglamentaria y les apunta indistintamente a uno y a otro. EMELIA corre a ponerse delante de su hijo.

POLICÍA.- Usted, vieja, chitón. Ni hombre de la ley ni nada, ¿me oyó? Usted se calla la boquita si no quiere que una noche aparezca muerto el chamacoco ése (*señala a BENJAMÍN.*)

EMELIA.- Coja el dinero y váyase. Aquí nadie le conoce.

POLICÍA.- Eso me gusta. Veo que sabe usted cumplir con sus obligaciones para con la ley, vieja.

El POLICÍA agarra el dinero que puede sin dejar de apuntarles y se va a ir.

MELQUIADES.- Mañana agarro lo que se me queda.

El POLICÍA sale. La cama queda toda revuelta, con el colchón abierto y el dinero sobrante esparcido por el suelo. Madre e hijo se miran sin hablar...

DON DIEGO consigue agarrar al fin a JUANITA y le acaricia el cuello. Se lo besa, rozando bien rozado su miembro en el de ella. JUANITA aguanta la respiración.

DON DIEGO.- ¿Y usted, qué me dice, vieja? ¿Hay trato o no hay trato?



notas

JUANITA se deja hacer por unos segundos, sin saber cómo actuar. Hasta que al fin, le echa huevos y empuja al viejo.

JUANITA.- No, Don Diego. No hay trato.

JUANITA echa a correr, alejándose del prestamista, y sale de escena.

Oscuro.



DESPEGANDO...

El espacio está a oscura. Se oyen voces y lamentos de Mujeres que, poco a poco, se entremezclan con los ladridos de unos perros... Una tenue luz deja ver la figura de MELQUIADES vestido de uniforme. Tras él hay una verja metálica con un cartel desvencijado que reza: "Aeropuerto a Tijuana". Delante del POLICÍA hay una línea azul. Al otro lado de la línea está el CORO DE MUJERES. Tras ellas, EMELIA con BENJAMÍN. Ella está visiblemente emocionada. Las manos le tiemblan mientras revisa la bolsa de su hijo. El último de sus hijos también se va... El chico, sin embargo, está ilusionado por el viaje. Se va lejos de las palizas, las miserias, la vida sin hombres, sin padre. Al otro lado están sus hermanos, aquellos que casi no conoce, pero a los que admira...

EMELIA.- Un jersey, papel higiénico, algo de comida... pan, queso, carne seca y fruta. ¿El dinero?

BENJAMÍN.- Cosido al cinturón...

EMELIA.- Ay, no sé si era el mejor lugar. Debería habértelo cosido al pantalón...

BENJAMÍN.- Ya está bien así, vieja.

EMELIA.- ¿Y si se te pierde el cinturón? ¿Si te lo roban? ¿Si se te suelta?

BENJAMÍN.- No me lo voy a quitar, madre. Se me cae el pantalón si me lo suelto.

EMELIA.- (*Suspira. Al cabo de unos segundos.*) ¿Y el número de teléfono de tu hermano?

BENJAMÍN.- Lo llevo... pero ¿cómo le voy a reconocer?

EMELIA.- (*Acariciándole el pelo.*) Te pareces mucho a él, mijito...

MUJER 1.- (*Da un paso adelante.*) Rafael, hijo, cuídate.

POLICÍA.- Atrás. (*Amenaza con la porra en alto.*)

MUJER 2.- (*Da un paso adelante.*) Escríbame, mi amor...

POLICÍA.- (*Da un paso atrás.*) ¿Me quieren chingar, eh? ¡No sigan o les suelto los perros!

MUJER 3.- (*Da un paso adelante.*) Ten mucho cuidado en América, hermano...

POLICÍA.- (*Acojonado.*) ¡Qué huevos! Las voy a chingar a todas... Esteban, suelta los perros... ¡Esteban!

MUJER 4.- Esteban se fue.

MUJER 5.- A América...

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- A San Diego, al Paso... Fresno, San José, Sacramento, San Francisco. A Fénix, Corpus Christi. San Antonio, Albuquerque o Santa Fe.

MELQUÍADES, asustado ante la fuerza que parecen tener hoy las Mujeres, sale corriendo en busca de los perros. FELIPE se abre paso entre las Mujeres y llega hasta la verja. Se agarra a ella con añoranza.

CORO DE MUJERES.- Desde Sonora, Chihuahua, Nuevo León, Coahuila... no hay hombres, no hay hombres. Durango, Zacatecas, Hidalgo y Guanajuato...

Escribe, ten cuidado...

EMELIA se abre paso entre las Mujeres con su hijo. Cuando llegan a la altura de FELIPE, éste les siente y les detiene.

FELIPE.- ¿A dónde van?

EMELIA.- A Tijuana.

FELIPE.- (*Felipe palpa al niño.*) ¿Va a cruzar?

EMELIA.- (*En un susurro.*) Sí...

FELIPE.- ¿Cuántos años tienes, hijo?

BENJAMÍN.- Trece.

FELIPE.- Qué joven...

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Tan joven, tan joven...

FELIPE.- (*A su madre.*) ¿Y de la frontera, a dónde?

BENJAMÍN.- (*Orgullosa.*) A Reno, con mi hermano mayor.

Llega MELQUÍADES con un rifle. Las Mujeres dan un paso atrás. EMELIA protege a BENJAMÍN.

POLICÍA.- Hoy no hay perros. Pero encontré algo mejor. (*Repara en Emelia. Señala con el rifle al niño.*) Tú, piojo. ¿Dónde está el resto del dinero? Me robase. Seguro que lo llevas cosido en algún sitio... (*Se le acerca y le rebusca.*)

EMELIA.- (*Protege al niño.*) No le toque.

BENJAMÍN.- Ese dinero es nuestro.

MELQUÍADES le abofetea. EMELIA grita y tras ella, el resto de Mujeres.

FELIPE.- ¿Qué pasa?

POLICÍA.- Quiero mi dinero. ¿Dónde se lo cosiste, perra?

MELQUÍADES zarandea al niño. EMELIA trata de arrebatarle a su hijo de las manos. Las Mujeres dan un paso

atrás, asustadas. MELQUÍADES empieza a pegarle con la porra para que suelte el dinero.

EMELIA.- (A las Mujeres.) ¡Ayúdenme!

FELIPE.- ¿Pero qué carajo pasa?

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- el rifle, el rifle.

EMELIA.- ¡Mi hijo, mi hijo!

EMELIA se abalanza sobre MELQUÍADES, pero éste la aparta golpeándola con la culata del rifle en la cabeza. EMELIA cae al suelo.

BENJAMÍN.- ¡Madre!

FELIPE.- ¿Qué fue, qué pasó?

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Con el cinto, con la mano... Tiene un rifle, está armado.

POLICÍA.- Dame mi dinero, cabrón.

BENJAMÍN.- (Llorando.) Es mío. Es de mi madre.

POLICÍA.- Después de todo lo que hice por ustedes.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA.- Con el cinto, con la mano, a palos, qué más da.

FELIPE.- ¡Ya basta!

Silencio. Todas las Mujeres se miran.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA. - Ya basta. Somos más. Ya basta, Ya basta. ¡Basta ya!

Las Mujeres se abalanzan sobre MELQUÍADES. FELIPE es arrastrado por ellas. Hay confusión y revuelo. EMELIA se incorpora levemente, malherida. No se ve nada, sólo Mujeres que rodean a MELQUÍADES, quien ya tampoco se ve. Las Mujeres levantan las manos, empujan. Es imposible saber qué está pasando. De pronto, se oyen un par de disparos.

EMELIA. - ¡Benjamín!

De entre las piernas de las Mujeres sale BENJAMÍN, que ha conseguido escapar y corre, corre hasta más allá de la línea azul, sin mirar atrás, cruzando la verja del aeropuerto. EMELIA, en el suelo aún, alza la mano como si quisiese acariciarle una última vez.

EMELIA. - Suerte, mijito, suerte...

El CORO DE MUJERES se abre. En medio de todas ellas está FELIPE, con el rifle en la mano. En el suelo, muerto accidentalmente, está MELQUÍADES. Las Mujeres poco a poco se van apartando, caminan de espaldas y hablan, primero en un susurro hasta que su coro se va haciendo más audible.

CORO DE MUJERES DE LA FRONTERA. - A Reno, a San Diego, Fresno, San José, Sacramento, San Luis,



notas

Corpus Christi, San Antonio, Fénix, El Paso, Alburquerque, Santa Fe. ¡América, América! ¡Escribe, llámame!

Oscuro.

TELÓN





notas

PROPUESTAS DE DEBATE

1. ¿Crees que el problema de la desigualdad entre mujeres y hombres afecta igual en todos los países?





notas

PROPUESTAS DE DEBATE

2. ¿Crees que Emelia hace bien dejándose proteger por el policía?



notas

PROPUESTAS DE DEBATE

3. ¿Es consecuente la actitud de Juanita?







ÍNDICE

DESPERTANDO A LA PRINCESA	9
LA NOCHE NO DUERME	41
EL DÍA QUE MI HIJA ME LLAMÓ PUTA	93
RITA	113
COMO SI FUERA ESTA NOCHE	145
MAS ALLÁ DE LA LÍNEA AZUL.....	187







Instituto Andaluz de la Mujer
CONSEJERÍA PARA LA IGUALDAD Y BIENESTAR SOCIAL







